



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

RETRATOS RIOBOBEROS

UN SERIADO BÁSADO EN CRÓNICAS DE PERSONAJES EMBLEMÁTICOS DEL MUNICIPIO FRANCISCO DE MIRANDA, ESTADO TÁCHIRA

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador Social

Realizado por:

Juliet Álvarez Chacón

Tutor:

Eritza Liendo

Caracas, octubre de 2014

DEDICATORIA

A Dios todo poderoso, por permitirme estudiar esta profesión, y a lo largo de ella darme la paciencia y sabiduría necesaria para afrontar las dificultades y cumplir mis objetivos.

A mi madre, Yudith Chacón, por ser mi mayor guía y brindarme el apoyo, la educación y experiencias para resolver cada uno de los problemas que se me presentan y por estar a mi lado en cada meta que alcanzo.

A mi prima Carolina Labrador, sin la cual este sueño no hubiese sido posible y quien ha estado a mi lado en los momentos más tristes y felices de mi vida.

A mi tía Carmen Chacón, por alimentarme y darme un techo dónde vivir durante mis cinco años de estudio y por toda la paciencia que me ha tenido durante este tiempo.

A mi hermana y mejor amiga, Sarait Álvarez, por estar siempre a mi lado y ayudarme en cada proyecto que me he trazado en la vida.

A toda mi familia en general, por brindarme su apoyo incondicional y confiar en cada paso que doy en la vida.

A María Andreina Pérez Jaimes, por iluminarme desde el cielo y ser mi motivación para seguir mi carrera universitaria.

A todos mil gracias por estar ahí y ser parte de mi vida.

Juliet Álvarez

AGRADECIMIENTOS

A “La Casa que vence las sombras”, especialmente a la Escuela de Comunicación Social (UCV), por brindarme cinco años de educación y permitirme ser parte de ella.

A mi tutora, Eritza Liendo, quien con dedicación y responsabilidad se hizo cargo de la asesoría de mi trabajo de grado.

A cada uno de los profesores que han participado en mi preparación profesional.

A todos aquellos profesionales que de manera desinteresada me han echado su mano amiga en el desarrollo de mi trabajo especial de grado.

A todos ellos, muchas gracias.

Juliet Álvarez

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

RETRATOS RIOBOBEROS

**UN SERIADO BÁSADO EN CRÓNICAS DE PERSONAJES
EMBLEMÁTICOS DEL MUNICIPIO FRANCISCO DE MIRANDA,
ESTADO TÁCHIRA**

Autor (a): Álvarez Juliet

Tutor (a): Liendo Eritza

RESUMEN

El presente trabajo busca rescatar la memoria histórica del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, a través de un seriado de crónicas de sus personajes emblemáticos. Para esto, se contará con un sustento teórico que defina la crónica como género periodístico, historia, tipos y clasificación, aportes del Nuevo Periodismo, el Periodismo Narrativo Latinoamericano, diferencias y semejanzas con otras disciplinas, papel del cronista, técnicas de redacción, objetividad y subjetividad y la crónica en la reconstrucción de la memoria histórica. Además, las bases teóricas desarrollarán los aspectos físicos del municipio Francisco de Miranda, su historia, economía, educación, salud, actividad deportiva, aspectos teóricos y comunicacionales, costumbres y festividades, gastronomía del pueblo y las representaciones artísticas. El método de investigación será cualitativo-etnográfico con un trabajo de campo de carácter exploratorio, que utilizará la entrevista como instrumento de recolección de información. La herramienta de recopilación de datos se utilizará de manera directa con las personalidades sobresalientes, para conseguir testimonios minuciosos sobre la trayectoria de vida de los símbolos de la región para plasmarlos así en un relato escrito que preserve el pasado de San José de Bolívar. El resultado de este proceso investigativo dará como fruto un seriado de crónicas sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, para preservar con ello la memoria histórica de esta población.

Palabras claves: Personajes, Pueblo, Memoria Histórica, Género Periodístico, seriado de crónicas.

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

RETRATOS RIOBOBEROS

UN SERIADO BÁSADO EN CRÓNICAS DE PERSONAJES EMBLEMÁTICOS DEL MUNICIPIO FRANCISCO DE MIRANDA, ESTADO TÁCHIRA

Autor (a): Álvarez Juliet

Tutor (a): Liendo Eritza

Summary

This work seeks to rescue the historical memory of the municipality Francisco de Miranda, State Tachira, through a serial of Chronicles of their emblematic figures. For this, a theoretical basis that you define will be: the Chronicle how journalistic genre, history, types and classification of them, contributions of the new journalism, the Latin American narrative journalism, differences and similarities with other disciplines, role of the chronicler, technical writing, objectivity and subjectivity and the Chronicle in the reconstruction of the historical memory. In addition, the theoretical bases will develop the physical aspects of the Francisco de Miranda municipality, its history, economy, education, health, sports activity, theoretical and communicational aspects, customs and festivals, cuisine of the people and artistic performances. The research method will be cualitativo-etnografico with field work exploratory in nature, that will use the interview as a means of collecting information. The data collection tool will be used directly with outstanding personalities, to get detailed testimonies about the trajectory of life of the symbols of the region for and translate them into a written narrative that preserves the past of San José de Bolívar. The result of this research process will give as a result a serial of Chronicles on the emblematic figures of the municipality Francisco de Miranda, State Tachira, to preserve this historical memory of this population.

Keywords: characters, people, historical memory, gender journalistic, serial of Chronicles.

ÍNDICE GENERAL

Dedicatoria.....	III
Agradecimientos.....	IV
RESUMEN	V
Índice General.....	VII
INTRODUCCIÓN	IX

CAPITULOS

I EL PROBLEMA

1.1 Planteamiento del problema.....	15
1.2 Objetivos	
1.2.1 Objetivo general.....	20
1.2.2 Objetivos específicos.....	20
1.3 Justificación.....	21
1.4 Alcance.....	25
1.5 Limitaciones.....	26

II MARCO TEÓRICO

2.1 Antecedentes.....	28
2.2 Bases teóricas.....	31
2.2.1 La crónica.....	31
2.2.1.1 ¿Qué es la crónica?.....	32
2.2.1.2 La historia de la crónica.....	33
2.2.1.3 Nuevo Periodismo.....	35

2.2.1.4 Técnicas del periodismo narrativo.....	37
2.2.1.5 Periodismo Narrativo Latinoamericano.....	39
2.2.1.6 La crónica en Venezuela.....	42
2.2.1.7 El cronista.....	45
2.2.1.8 Tipos de crónica.....	47
2.2.1.9 Características de la crónica.....	49
2.2.1.10 Técnicas para un buen texto.....	53
2.2.1.11 ¿Realidad o ficción?.....	57
2.2.1.12 Semejanzas, diferencias y aportes de Otras disciplinas.....	60
2.2.1.13 La crónica en la reconstrucción de la memoria histórica.....	63
2.3 Municipio Francisco de Miranda.....	65
2.3.1 Aspectos físicos.....	65
2.3.2 Historia.....	66
2.3.2.1 Primera Fundación.....	66
2.3.2.2 Segunda Fundación.....	68
2.3.2.3 Municipio Autónomo.....	69
2.3.3 Desarrollo económico del pueblo.....	69
2.3.3.1 Ganadería de altura.....	70
2.3.3.2 Truchicultura.....	70
2.3.3.3 Agricultura.....	71
2.3.3.4 El turismo.....	72
2.3.4 Actividad deportiva.....	74
2.3.5 La Educación en San José de Bolívar.....	75
2.3.6 Aspectos tecnológicos y comunicacionales.....	78
2.3.7 Costumbre y festividades.....	79

2.3.8 La Salud en la región.....	82
2.3.9 Gastronomía riobobera.....	83
2.3.9.1 Platos típicos.....	84
2.3.9.2 Bebidas típicas.....	85
2.3.9.3 Dulces típicos.....	85
2.3.10 Riobobo un espacio del arte.....	86
2.3.10.1 Vestimenta.....	87
2.3.10.2 Vasijas y pesebres.....	88
2.3.10.3 El chimó.....	88
2.3.10.4 Música.....	89
III MARCO METODOLÓGICO.....	91
3.1 Nivel y diseño de la investigación.....	92
3.2 Técnica e instrumentos de recolección de datos.....	94
IV SERIADO DE CRÓNICAS	
Ecos de un pueblo	97
Las gorras de un niño viejo.....	110
Páramos de acuarela.....	123
Las reliquias de un novato.....	134
Los castigos de la maestra Ana.....	149
¡A su salud doña Victoria!	172
En la antigua panadería del centro.....	188
El atelier de Mamalena.....	199
Las imágenes de mi pueblo.....	213
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	227

ANEXOS.....	233
--------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Para Cabrujas (1995) “A la crónica, más que a ningún otro género periodístico, la escribe la vida”.

A partir de esto, debe acotarse que todo país, estado, pueblo o cualquier espacio geográfico trae consigo una historia que merece ser contada. El cronista se encarga de plasmar este tipo de relatos desde las mismas anécdotas de sus protagonistas y recrea ante el lector imágenes que aparecen unas tras otras, a través de un discurso narrativo-descriptivo.

Como población, el municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, posee su propia historia. San José de Bolívar como poblado nace a finales de 1805, en lo que se conoce como la Primera Fundación. Desde allí ha venido construyendo su propia cultura.

Las personas que habitan esta región comparten un mismo estilo de vida, participan de las mismas actividades y festividades, coinciden en la gastronomía, la música y el arte en general y, sumado a esto, el reducido número de habitantes con los que cuenta (no mayor a cinco mil) hace que cada persona se halle interconectada con el resto de la comunidad.

Martínez (2006) señala que indagar, investigar, preguntar e informar son los grandes desafíos de siempre. Pero el nuevo desafío es cómo hacerlo a través de relatos memorables, en los que el destino de un solo hombre o de unos pocos hombres permita reflejar el destino de muchos o de todos.

De allí que las crónicas sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, fácilmente resumen la historia del pueblo a través de la experiencia individual de cada uno de los símbolos de la región, especialmente si se trata de esos hombres y mujeres que dedicaron su vida al progreso de la población.

Esta comunidad se ha encargado de mantener en alto el nombre de estas figuras representativas, por lo que han adoptado la oralidad como principal recurso comunicacional. Sin embargo, carecen de un registro escrito que contenga la trayectoria de vida de las personalidades emblema y su aporte a San José de Bolívar, lo que ha dificultado el acceso a esta información por parte de investigadores, estudiantes e interesados en el tema en general.

Es precisamente por esta ausencia que se ha seleccionado la elaboración de una serie de crónicas sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, con el objetivo de dar a conocer la trayectoria de estas figuras a las nuevas generaciones para rescatar la memoria de los colectivos y hacerla perdurable en el tiempo.

En este sentido, la investigación ha estructurado el marco teórico en torno a la definición de la crónica como género periodístico, su historia y elementos, además de resaltar los aportes que ha adoptado de otras disciplinas, el papel del cronista, los aportes del Nuevo Periodismo, el Periodismo Narrativo en Latinoamérica, entre otras. Por su parte, la historia y geografía del municipio serán desarrolladas, al igual que la economía, la salud, la actividad deportiva, el arte, la tecnología y la comunicación de San José de Bolívar, entre otros aspectos de esta entidad.

La estrategia metodológica forma parte de un trabajo cualitativo de orden etnográfico, cuyo diseño de investigación será exploratorio y de campo, debido a que el objetivo de la investigación es elaborar una serie de crónicas sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, y para ello se utilizará la entrevista como principal herramienta de recolección de datos.

Las entrevistas se realizarán a través del diálogo directo con los actores destacados del pueblo y con las personalidades de mayor peso informativo de San José de Bolívar con el objetivo de conseguir testimonios minuciosos sobre la trayectoria de vida de las personas que han dejado una huella imborrable en este municipio, ya sea por su aporte al desarrollo de la comunidad o por su comportamiento característico, para rescatar la memoria histórica del pueblo y lograr con esto su perdurabilidad en el tiempo, a través de la crónica como recurso comunicacional y el seriado como soporte tangible.

Teniendo esto en cuenta, la construcción de cada una de las crónicas se realizará pensando en un lector determinado que en este caso lo representan los pobladores del municipio Francisco de Miranda y todos los rioboberos que viven en otras ciudades, pero que aun así conocen parte de la historia de la población.

Cada una de estas personas conoce la existencia de los personajes emblemáticos de San José de Bolívar, aunque desconocen los detalles que rodean sus historias de vida, motivo por el que existe la necesidad de crear estos relatos.

Este público posee un sentimiento en común que es el pertenecer a San José de Bolívar, por lo que se ven afectados emocionalmente ante sus diferentes realidades.

El seriado de crónicas sobre algunos de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda cerrará esta investigación que busca rescatar la memoria histórica de esta población para hacerla perdurable en el tiempo.

Capítulo 1. EL PROBLEMA

1.1 Planteamiento del problema

La comunicación, vista como la base de la sociedad, ha estado envuelta en un proceso evolutivo en el que fueron apareciendo nuevas formas de notificar las necesidades del ser humano. De allí, que los individuos pasaran de comunicarse con sonidos y dibujos rupestres al lenguaje oral y, posteriormente, a la escritura, que llegó para perpetuar la memoria de los colectivos.

“La función que el documento posee de informar sobre el pasado y de ensanchar la base de la memoria colectiva, la fuente de autoridad del documento, como instrumento de esta memoria, es la significancia vinculada a la huella.” (Ricoeur, 1999, p.806). Precisamente es este recurso comunicacional el que permitiría perpetuar la memoria de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.

Este municipio de los andes venezolanos se encuentra ubicado en el norte del estado Táchira, a 87 Kilómetros (Km) de distancia de San Cristóbal (capital tachirense), con una superficie de 226 kilómetros cuadrados (km²) y una temperatura que oscila, a lo largo del año, entre los 17° y los 24 °C en la zona baja, y en los páramos de 0° a 12 °C. Su población es de 5200 habitantes, según el Censo Población y Vivienda realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el 2011.

San José de Bolívar es la capital del municipio Francisco de Miranda, que a su vez se divide en cuatro aldeas, cada una con sus respectivos caseríos. La aldea Los Paujiles, cuya superficie es de 62, 17 km²; La Colorada con 49,58 km²; Mesa de San Antonio con 21,96 km² y Río Azul con 126,93 km².

La población de este territorio andino ha ido tejiendo labores para contribuir con el desarrollo del municipio en su totalidad, motivo por el que se habla de personajes emblemáticos o símbolos de la región, pues su destacada participación en la actividad educativa, económica, deportiva y cultural los han situado en la palestra de la opinión pública del municipio Francisco de Miranda.

El nombre de estos personajes representativos se ha mantenido vivo a través del recurso de la oralidad, saber que ha viajado desde los antepasados para asentar este conocimiento en las comunidades más jóvenes con el objetivo de preservar la memoria histórica del pueblo.

Según Herrera (1991, p.15), “Antes de la escritura, la expresión oral fue el medio para difundir las malas y buenas nuevas (periodismo); transmitir las tradiciones, usos y costumbres de generación en generación y preservarlas en la memoria colectiva (historia)...”. La oralidad fue adoptada por los rioboberos, gentilicio de este pueblo del estado Táchira, para resaltar la trayectoria de estas personalidades emblema.

Sin embargo, esta población carece de un registro escrito que incluya la trayectoria de estas personalidades representativas dentro del

municipio Francisco de Miranda. Esta carencia supone un vacío de información tangible a la hora de iniciar un proceso de investigación acerca de este poblado debido a la inexistencia de fuentes documentales que puedan reflejar esta parte de la historia de San José de Bolívar.

La construcción de un soporte escrito que contenga relatos de vida de estos personajes haría perdurable una parte de la memoria histórica de esta población. “La historia revela por primera vez su capacidad creadora de refiguración del tiempo gracias a la invención y uso de ciertos instrumentos de pensamiento...” (Ricoeur, 1999, p. 783).

Ante la carencia de un registro que contenga la trayectoria de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, y el aporte que estos le han otorgado a la comunidad surge la necesidad de capturar esta parte de la historia en un relato escrito que muestre de manera dinámica y creativa el recorrido de estos símbolos rioboberos.

Pulido (Vivas, 2009), al hablar de los registros históricos de San José de Bolívar, resalta que muchos estudian la historia y no la escriben. Esta población guarda en su archivo histórico algunos documentos, sin embargo, la historia de sus personajes emblema no ha sido plasmada en tinta, por lo que se hace indispensable la creación de un relato que preserve la trayectoria de estas personalidades.

A través de la reconstrucción histórica de los personajes del municipio Francisco de Miranda, fácilmente se resume la historia de la

población. Según Martínez (2006, p. 235) “...las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber”.

El rescate de estos personajes sugiere una reconstrucción de los hechos desde el acercamiento directo con los personajes símbolo de la región, de manera que el texto no se quede en la simple redacción de una biografía de vida más. Por el contrario, debe ofrecer la posibilidad de presentar, a través de un lenguaje fresco y dinámico, una parte de la historia del pueblo que hasta entonces se ha mantenido en la mera informalidad oral.

White (Martínez, 2006) ha establecido que lo único que el hombre realmente entiende, lo único que conserva en la memoria, son los relatos. Al narrar la vida de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, y su aporte a la comunidad, se logrará ahondar en la historia de la población, para conocer así aquel pasado que originó lo que se observa hoy día.

De acuerdo a la reconstrucción de hechos históricos, Herrera (1997) señala:

La crónica histórica siempre ha ocupado un lugar en la prensa. Gracias a ella, los profanos en la historia como disciplina, penetran en los hechos del pasado y se hacen una visión de lo que ocurrió: del ayer que originó el hoy.

Tal y como lo expresa Caparrós (2006, p.08) “La crónica es el género de no ficción donde la escritura pesa más. La crónica aprovecha la

potencia del texto, la capacidad de hacer aquello que ninguna infografía, ningún cable podrían: armar un clima, crear un personaje, pensar una cuestión”. Salcedo (2006) agrega que la crónica es la licencia para sumergirse a fondo en la realidad y en el alma de la gente.

Con respecto a este género periodístico, Herrera (1991) describe:

La crónica parte de un hecho pero no se queda en él como manda la objetividad: lo trasciende y lo recrea: lo presenta en todas sus dimensiones, las visibles y las ocultas. Las que están a la vista y las que sin estarlo nos afectan: psicología de los personajes, entorno social o ambiental, atmósfera que los rodea, etc.

Para Leñero y Marín (2009, p.156), la crónica representa una de las más literarias expresiones periodísticas: describe a los personajes desde muy distintos ángulos y, a su vez, emplea recursos dramáticos para enganchar al lector.

Sin pretensiones de hacer historia, pero con el enfoque en dirección a su recate, esta investigación observa la crónica como el género que busca reconstruir realidades a partir de los testimonios de sus protagonistas y de los personajes que forman parte de su entorno social.

Este género periodístico engancha al lector con el uso eficiente de recursos tomados de la literatura, incluyendo la subjetividad, pero sin olvidar que se trata de un hecho real. García Márquez (Vargas, 2008) la define como un cuento que es verdad.

Hecho este planteamiento, la investigación queda orientada a la elaboración de una serie de crónicas que sirvan como soporte tangible de la trayectoria de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, y el aporte que ellos le han dado a la población, con el objetivo de rescatar la memoria histórica de sus pobladores a través del lenguaje escrito y permitir con ello su perdurabilidad en el tiempo.

1.2 Objetivos

1.2.1 Objetivo genera

Elaborar un seriado de crónicas de los personajes más emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira para rescatar y preservar su memoria histórica.

1.2.2 Objetivos específicos

- Seleccionar a los personajes más significativos en la historia del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.
- Identificar a los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.
- Describir los aportes que otras disciplinas le ofrecen a la crónica para el rescate de la memoria histórica del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.

- Narrar, a través de la crónica, la trayectoria de los personajes emblemáticos de San José de Bolívar y su aporte al desarrollo de la comunidad.

1.3 Justificación

La elaboración de un seriado de crónicas sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, dejará un aporte histórico en la población, debido a que rescatará testimonios directos y minuciosos sobre la trayectoria de vida de las personalidades representativas y su aporte en el desarrollo de la población, con el objetivo de rescatar la memoria histórica de sus pobladores.

Aunque la crónica vista como un género periodístico no se encarga de hacer historia, es importante recordar que los primeros cronistas de la historia se encargaron de perpetuar los tiempos pasados en la memoria colectiva.

“En América, conquistadores y misioneros, al dar testimonios de sus descubrimientos, se van a convertir en cronistas y así inauguran lo que corriendo los días adquirirá el auténtico rango de un oficio...Felipe II crea el cargo de Cronista Mayor de Las Indias en 1751...” (Herrera, 1991, p.22).

“...el cronista narra con tal nivel de detalles que los lectores pueden imaginar y reconstruir en su mente lo que sucedió.” (Salcedo, 2006, p.02).

Es por ello que la crónica es el género seleccionado como recurso comunicacional, debido a que es capaz de plasmar con detalle la vida de los personajes símbolos de San José de Bolívar.

La necesidad de contar con un registro impreso que recoja la trayectoria de aquellos personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda se hace cada vez más notoria en un pueblo que apenas contabiliza 16 años como municipio, debido a que San José de Bolívar y las aldeas que lo conforman contienen un pasado con muchas anécdotas por contar. Es un pueblo que en sus inicios fácilmente pudo haber sido comparado por sus pobladores con “Macondo”, ese pueblo que describe Gabriel García Márquez en *Cien Años de Soledad* (1967), cuando nos dice:

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y caña brava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos...

Eso era el Valle del Espíritu Santo, hoy municipio Francisco de Miranda, un pequeño poblado rodeado de altas montañas, en donde sólo existían dos únicas calles de tierra pisada y unas cuantas casas construidas con barro y caña brava, pero que con el pasar de los años y con el esfuerzo y trabajo de sus pobladores ha ido evolucionando para estar hoy conformado como municipio.

Exactamente aquí recae la importancia de realizar un seriado de crónicas que contengan la trayectoria de los personajes emblemáticos del

municipio Francisco de Miranda, estado Táchira; un relato que permita desnudar al personaje por completo para darlo a conocer desde diferentes ángulos: sus logros y derrotas, qué lo hace emblemático, su aporte a la comunidad, lo que le gusta hacer y lo que detesta, cómo se ve él ante la gente y cómo la gente lo ve a él.

La crónica como género periodístico puede asemejarse a la noticia, al reportaje, a la entrevista, a la encuesta, al editorial y al artículo, debido a que cada uno de ellos trabaja con el flujo de información. “El periodismo nació para contar historias...” (Martínez, 2006, p.238).

Sin embargo, cada género posee sus propios elementos, lo que hace posible que cada situación sea relatada con el más adecuado. Respecto a las características de la crónica como texto periodístico, Herrera (1997) expone lo siguiente:

La crónica se pasea por aquellos escenarios y nos cuenta, como en una conversación, los hechos y fenómenos pretéritos. Trae el pasado al presente y nos permite penetrar en él y en la vida de personajes que, físicamente desaparecidos en el tiempo, se nos hacen familiares. (p. 91).

Al reconstruir una realidad a través del uso adecuado del lenguaje, la crónica, a pesar de estar íntimamente relacionada con el orden del tiempo por su origen etimológico, se presenta como un género adolescente que rompe con la camisa de fuerza llamada objetividad periodística, para dar paso a un estilo propio que, al adoptar recursos de otras disciplinas, recreará atmósferas a través de la descripción y la narración de los personajes.

“La crónica, más allá de sus propósitos informativos y de opinión, busca convertir al lector en un espectador de lo que no vio ni oyó, reproducir los acontecimientos y los aconteceres con su atmósfera, su emoción y su proyección espiritual.” (Herrera, 1991, p.74).

De allí que la crónica sea el género adecuado para el rescate de la memoria histórica de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.

“...más que echar el cuento, es revivirlo en el texto, insuflarle nueva vida o lo que ocurrió, por virtud del uso creativo del lenguaje.” (Herrera, 1997, p. 91). El relato escrito ofrece la libertad de recrear hechos en la mente del lector, limitación para los demás formatos que sólo muestran hecho a través de pixeles u ondas sonoras y no demuestran a través del detalle que ofrece la palabra.

Además de ello, este trabajo de grado funciona como un aporte a los profesionales y estudiantes de Comunicación Social, debido a que trata un tema de controversia, como es la crónica periodística, por ser un género tan libre y flexible, que incluye la subjetividad, tan rechazada por el periodismo informativo.

De la misma forma, ofrece herramientas a los nuevos estudiantes a la hora de realizar una crónica, ya que además del contenido referencial y explicativo sobre el género expuesto a lo largo del trabajo de grado, ofrece ejemplos de su realización en cada uno de los relatos de los

personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira.

1.4 Alcances de la investigación

La investigación está enfocada en la elaboración de un seriado de crónicas, cada una con su propia historia de vida, sobre los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, debido a que en la población, además de algunas biografías sueltas, no existe otro registro histórico que contenga la trayectoria de estos actores y el aporte que le han dado a la región.

El objetivo de este trabajo de grado se puede ubicar en un escenario a tres tiempos. A corto plazo, se debe contar con una lista amplia de personalidades significativas que hayan dejado un legado en la población. Esta lista debe reunir a las personalidades de mayor renombre en diferentes áreas, ya sea economía, cultura, educación, deporte y tecnología, entre otras disciplinas.

Las personalidades retratadas serán seleccionadas a través de una investigación exploratoria, de relación directa con las autoridades del municipio Francisco de Miranda, los representantes de los institutos y fundaciones culturales existentes en el poblado y a través de conversaciones directas con los abuelos de la región, que han servido

como fuentes vivas de información en otras investigaciones sobre este poblado andino.

A mediano plazo, los relatos comenzarán a cobrar vida por sí solos a medida que las fuentes de información vayan siendo entrevistadas para la recopilación de datos sobre los cuales se reconstruirán las historias de vida. Estas narraciones, una vez que se encuentren bajo tinta, esperan rescatar la memoria histórica de la población y, al mismo tiempo, lograr su perdurabilidad en el tiempo.

A largo plazo, este trabajo de investigación espera servir de motor para que otros estudiantes de la carrera de Comunicación Social o de otras disciplinas se motiven a realizar crónicas, con el objetivo de registrar historias que ante los ojos del escritor o investigador merezcan ser contadas.

1.5 Limitaciones

La ausencia de documentos que incluyan la trayectoria de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, representa una de las mayores limitaciones al momento de realizar este trabajo investigativo.

Para enfrentar esto las autoridades municipales, los encargados del área cultural dentro del poblado y aquellas personas que han servido como oradores de la historia para otras investigaciones de San José de

Bolívar serán consultados para la obtención de datos que contribuyan a la construcción escrita de estos relatos.

Sin embargo, al trabajar directamente con entrevistas a las personalidades representativas puede presentarse la falta de cooperación por parte de alguna de estas fuentes de información, lo que genera otra limitación en la reconstrucción de la trayectoria de los personajes emblema.

Esto último no frena la elaboración de este trabajo investigativo debido a que además de entrevistar a las personalidades emblemáticas serán consultadas todas esas personas que forman parte de su entorno social y familiar. Además esta especie de comportamiento cerrado refleja parte de la forma de ser del personaje, por lo que aporta información valiosa que debe ser incluida en la reconstrucción de su trayectoria.

Capítulo 2. MARCO TEÓRICO.

2.1 Antecedentes

Después de una revisión de trabajos especiales con referencia al rescate de la memoria histórica del municipio Francisco de Miranda, se consideraron como antecedentes de la investigación los siguientes trabajos:

El primero de ellos, realizado por los estudiantes y profesores de la Escuela Nacional Bolivariana “Regina de Velásquez” (2008), con el objetivo de rescatar los valores culturales de la población en las nuevas generaciones.

Duque, N.; Pulido, J. y García M. (2008). *Estrategias de animación de escritura dirigidas a promover a la identidad desde la historia local*. Trabajo concebido en el marco de una intervención educativa, como una integración curricular. Alcaldía del municipio Francisco de Miranda y la Escuela Nacional Bolivariana “Regina de Velásquez”, estado Táchira.

Esta investigación tenía como objetivo aplicar estrategias de animación de escritura para fortalecer la identidad desde la historia local. Su resultado fue la elaboración de un encartado denominado “Raíces Rioboberas”. Revista que permitió la participación de niños en la búsqueda de información sobre la historia del pueblo.

La sustentación teórica utilizada estuvo apoyada en temas como: la escritura en el contexto escolar, el papel de la historia, la historia local,

textos para escribir la historia local, entre otras temáticas. Para la obtención de la información del pueblo, los estudiantes y profesores utilizaron el género de la entrevista, la cual fue aplicada a los adultos mayores del pueblo que son portavoces de la historia de la comunidad.

Una vez recabada toda la información necesaria, se inició la creación de artículos con contenido histórico. Temas como la fundación del pueblo, la música en el Río Bobo, leyendas rioboberas y algunos poemas propios de la población se encuentran descritos a lo largo del encartado.

En su trabajo para promover los valores culturales y artesanales de la población, Labrador, B. y Labrador, O. (2010), dentro de la Misión Cultura del municipio Francisco de Miranda, forman parte de los antecedentes tomados en cuenta en esta investigación.

Labrador, B. y Labrador, O. (2010). *Rescatar la artesanía y el arte culinario de nuestro pueblo*. Trabajo de ascenso de la Universidad Experimental Simón Rodríguez. Núcleo San José de Bolívar, estado Táchira.

Esta investigación tuvo como objetivo el rescatar la artesanía y el arte culinario de San José de Bolívar, por lo que se realizaron talleres para fortalecer las habilidades de los estudiantes artesanos en los que cada participante elaboró piezas de barro y arcilla, construcción de tejidos de enea, guinchos y junco, elaboración de platos y bebidas típicas, entre otras actividades.

La sustentación teórica estuvo basada en la descripción de los indígenas venezolanos, su artesanía y gastronomía, además de la

inclusión de un recetario con la elaboración por pasos de los platos y bebidas típicas y la construcción de piezas artesanales.

Como tercer antecedente, esta investigación tomó como base un trabajo realizado por Vivas, A. (1994), cuyo objetivo fue lograr que los alumnos de la Escuela Básica “Regina de Velásquez” y la comunidad de la parroquia San José de Bolívar rescaten el ambiente de su población.

Vivas, A. (1994). *Proyecto en rescate del ambiente riobobero*. Concurso conservacionista Bolívar Niño. Escuela Básica “Regina de Velásquez. San José de Bolívar, estado Táchira.

Para lograr su objetivo general esta investigación tuvo como sustentación teórica temas como los parques nacionales, la contaminación, los métodos de recolección y clasificación de desechos sólidos, entre otras temáticas relacionadas con la conservación ambiental.

Al abordar cada uno de las temáticas sobre conservación, los estudiantes que participaron durante el proceso de investigación realizaron diversas actividades entre las que destaca la elaboración de abono orgánico, la creación de huertos escolares y familiares, la ambientación de la Escuela “Regina de Velásquez” con temas alusivos a la conservación y la protección de las áreas verdes de la institución.

También visitaron el parque La Cimarronera y sembraron truchas en ríos y lagunas, entre otras tareas conservacionistas, para culminar su labor con la promulgación y divulgación de las experiencias vividas con la

comunidad en general para concientizar a la población sobre la importancia que tiene el rescate de su ambiente.

2.2 Bases teóricas

Una vez mencionados los antecedentes de esta investigación, se procederá a explicar detalladamente las bases teóricas que la sustentan. En este apartado se abordarán dos ejes temáticos. Por un lado, la crónica como género periodístico y, por otra parte, los aspectos históricos y geográficos del municipio Francisco de Miranda.

2.2.1 La crónica

Al hablar de la crónica inmediatamente surge un gran número de definiciones que la traducen como un género híbrido que en su evolución ha adoptado elementos de diversas disciplinas, motivo por el que numerosos autores se atreven a conceptualizarla con la intención de ubicarla bajo una sola mirada.

Sin embargo, son muchos los investigadores que se han dedicado a debatir este tema, lo que ha arrojado como resultado una multiplicidad de conceptos que la posicionan como uno de los géneros periodísticos más complejos.

A continuación se abordarán los aspectos teóricos que hacen de la crónica un género tan importante en el periodismo, así como también se dará a conocer su historia y evolución, sus características, sus diferencias y similitudes con otras disciplinas, sus herramientas y todos aquellos elementos que forman parte de ella.

2.2.1.1 ¿Qué es la crónica?

Para el autor Gabriel García Márquez: “Una crónica es un cuento que es verdad.” (Jaramillo, 2012, p.16). A esta definición se le puede agregar la concepción de Carlos Monsiváis (Jaramillo, 2012, p: 12), cuando indica que la crónica es la reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre toda urgencia informativa.

Por su parte, Martínez Albertos (1983) agrega:

La crónica es un género difícil. Hay reglas para su redacción, que en líneas generales suelen resumirse así: síntesis (generalmente suele ocupar poco más de media columna), objetividad, neutralidad, fuerza expresiva, humanidad y belleza; pero no debe olvidarse que la crónica es, también, un arte. El cronista debe ser capaz, cuando menos, de hacer pensar al lector, de conmoverlo, de hacerle vivir y sentir” (p. 136).

Martín Caparrós (Jaramillo, 2012) acuña una definición sobre este polémico género en un intento de explicar la libertad que él supone:

Me gusta la palabra crónica. Me gusta, para empezar, que en la palabra crónica aceche cronos, el tiempo. Siempre que alguien escribe, escribe sobre el tiempo, pero la crónica (muy en particular) es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que

uno vive. Su fracaso es una garantía: permite intentarlo una y otra vez, y fracasar e intentarlo de nuevo, y otra vez. (p. 16).

Jorge Carrión al hablar de la crónica señala: “No es un género, es un debate” (2011, p. 26). Cada uno de estos autores expone su propia definición de este “ornitorrinco”, como lo dice Villoro (Jaramillo, 2012, p.14) y, como ellos, muchos otros se han aventurado a participar en la búsqueda de un concepto único que logre abrazar todo lo que guarda la crónica. Sin embargo, el resultado es una gran cantidad de definiciones dispersas que en ocasiones se contradicen y aumentan el enredo.

A pesar de la situación, esta investigación supone el uso de un género del periodismo que adopta rasgos de la historia, la literatura, el arte, la música y otras disciplinas que logran posicionarlo como uno de los géneros más laboriosos, en donde la realidad acompaña a la ficción, pero sin confundirse con ella, para exponer la vida de personas corrientes, pero con significación dentro de un entorno específico.

2.2.1.2 La historia de la crónica.

Earle Herrera (1991, p. 22) expresa que: “La crónica nace estrechamente vinculada con la historia”, así lo demuestran los registros de conquistadores y misioneros que dieron testimonio de sus descubrimientos en América, y se convirtieron posteriormente en cronistas e inauguraron lo que mucho después adquirió el auténtico rango de un oficio.

Felipe II, rey de España para el año 1571, detecta la necesidad de instituir el cargo de manera oficial, por lo que crea el cargo de Cronista Mayor de Indias. Desde ese momento muchos de aquellos hombres deslumbrados por el descubrimiento de un nuevo continente escribirán desde España. Unos recopilando documentos y entrevistando a conquistadores y misioneros. Otros se atrevieron a viajar hasta América para ver con sus propios ojos y relatar lo que vieron y vivieron en el lugar de los hechos.

Herrera (1991, p. 22) agrega que:

La crónica (...) queda como relación de hechos, estampa, testimonios donde el cronista no toma, como el historiador, distancia de lo que narra. Por el contrario, está inmerso en su propia relación y cuenta desde adentro, lo que vio y oyó.

En los textos de estos cronistas se dejaban colar los delirios y la fabulación, las visiones e invenciones de los cronistas. Sin embargo, la ordenanza real que lo instituía estableció las reglas del oficio para que se escribiera la historia general con la mayor precisión y verdad.

El oficio de cronista, según estas reglas, suponía servir al estado de la mejor manera posible. El cronista mayor debía ser un hombre de cultura, buen escritor, de vida honrada en público y en privado, pues el oficio requería una responsabilidad alta y noble.

A pesar de la ordenanza, pocas crónicas podrían resistir ser evaluadas a la luz de estas normas, debido entre muchas situaciones, según explica Herrera (1991, p.23), "...al etnocentrismo, los combates entre los conquistadores, las ambiciones de oro y poder, el dogma

religioso, los extremos de la leyenda negra y la dorada, los mitos de la época medieval y, sin lugar a duda, el impacto que dejó el descubrimiento de un nuevo continente”.

“No obstante, las fuentes primigenias de nuestra historiografía se la debemos a estos primeros cronistas, que orgullosos de sus hazañas, escribieron impulsados por su vocación de historiadores y dejaron registro de los descubrimientos” (Herrera, 1991, p.23). Estos navegantes y soldados intuyeron que sólo la palabra escrita las podía perpetuar en el tiempo. Jorge Carrión (2011, p. 22) afirma que: “La historia de la crónica es la historia de la memoria”.

Tener cronista y que la crónica defienda con vehemencia una causa, familia noble o doctrina eclesiástica era un hecho común en toda la Europa medieval. Es de recordar que en la Baja Edad Media e inicios del Renacimiento había otros modos de difusión de los hechos, como las formas orales de comunicación, los escritos poéticos, entre otros.

Sin embargo, y a pesar de estas formas de comunicación, los historiadores y cronistas deciden pasar el contenido histórico de esas formas de comunicación a un género idóneo, es decir, a la crónica.

2.2.1.3 Nuevo Periodismo

Las características que posee la crónica periodística de hoy día en Venezuela y el resto de Latinoamérica reflejan muchos rasgos observables en aquello que se conoció con el nombre de “Nuevo

Periodismo”. Jaramillo afirma que: “La crónica ha sido caracterizada desde cuando se llamaba con el viejo nombre de nuevo periodismo” (2012, p. 17).

A mediados de la década de los 60 surge una nueva manera de recrear los hechos noticiosos, debido a que: “Para muchos periodistas se hizo evidente una prensa demasiado apegada a la verdad oficial, con escasa disposición a verificar noticias medianamente complejas y con una notoria pérdida de la credibilidad”, (Luengo, 1984, p.139).

La cultura hippie, las revueltas universitarias, la rebelión de los negros y una ruptura profunda de la identidad nacional estadounidense de los años 60 hacen surgir en una generación de periodistas norteamericanos la inquietud por experimentar nuevas técnicas de reporteo y escritura.

A partir de estas realidades comienzan a publicarse en América Latina y Estados Unidos relatos apegados fielmente a la realidad, pero narrados al estilo de una novela o de un cuento. Autores como Rodolfo Walsh con *Operación Masacre* (1957) y el estadounidense Truman Capote con *A Sangre Fría* (1965) son la muestra de esa corriente narrativa conocida como Nuevo Periodismo, Periodismo Literario o Periodismo Narrativo.

Luengo (1984, p. 141) indica que se trata de una nueva actitud, cuyas razones de origen se deben a tres factores: en primer lugar a los escritores que buscaban un nuevo tipo de literatura de “no ficción”,

como en el caso de Truman Capote y Norman Mailer. Por otra parte, los periodistas de medios establecidos descubrieron las insuficiencias de las técnicas tradicionales, como Tom Wolfe, Gay Talese y Jimmy Breslin y los individuos no periodistas provenientes de alguna de las numerosas sub culturas que florecieron en los años 60.

2.2.1.4 Técnicas del periodismo narrativo

El Nuevo Periodismo supone el uso de técnicas que lo hacen llamativo ante una nueva generación de autores. Aparece la costumbre de pasarse días enteros con la gente que investigan (semanas en algunos casos), con el objetivo de capturar a los personajes en momentos dramáticos. Captan diálogos, gestos, expresiones faciales, detalles de ambiente, entre otros elementos.

Algunas veces a la hora de redactar sus escritos se elegía la primera persona, en otros momentos se escogía la forma del narrador distante, características innovadoras para el periodismo de la época.

Los llamados nuevos periodistas tenían una evidente predilección por los de índole “antropológico social” (Jaramillo, 1984, p. 146), como la cultura pop, el mundo de las drogas, los homosexuales, entre otros temas, normalmente desconocidos por el lector promedio de clase media.

Tom Wolfe, conocido como uno de los precursores del género, también se preocupó por analizarlo desde una perspectiva literaria, por lo que manifiesta la existencia de una serie de procedimientos comunes en la mayoría de las obras referentes al género.

Wolfe (Luengo, 1984, p. 147) habla de la construcción escena por escena, que consiste en describir en detalle una escena y luego, como en el cine, saltar a otra y luego a otra. El autor también hace mención al registro completo del diálogo entre los personajes del artículo, lo que implica estar en el lugar de los hechos y tomar nota en el momento exacto que se producen los diálogos.

Otro de los rasgos distintivos en estos escritos tiene que ver con el empleo del detalle significativo, que describe gestos, objetos, colores, etc. Todos estos rasgos existen en la realidad, para simbolizar el ambiente general donde se desarrollan los hechos o develar la personalidad de los entrevistados.

La utilización del punto de vista de los personajes, ya sea en todo el artículo o en parte de él, para dar al lector la sensación de estar metido en la mente del otro individuo también forma parte de las características a las que Wolf describe.

En la descripción que realiza el autor se asoma el monólogo interior en el que el escritor deja ver lo que dice o piensa un personaje sin recurrir a la cita directa. Además de estas técnicas se utilizaba la

creación de un solo personaje con los elementos individuales de varios personajes reales para crear uno imaginario.

Holowell (Luengo, 1984, p. 142) indica que este nuevo periodista parece estar luchando por una clase más alta de objetividad, superior a la del periodista que imagina una falsa imagen de sí mismo como un ser incontaminado, neutro, capaz de prescindir, tanto él como su periódico, de toda carga ideológica.

Luengo (1984, p. 152) manifiesta que el aporte del Nuevo Periodismo consiste en haber logrado insuflar una nueva vida a la forma tradicional del reportaje, entregándole al periodista importantes herramientas para ir más allá en su búsqueda de la verdad y para transmitir con mayor efectividad los mensajes recogidos.

2.2.1.5 Periodismo Narrativo Latinoamericano

Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Onetti, José Lezama Lima, Carlos Fuentes y Carpentier son algunos de los nombres que se vienen a la cabeza cada vez que se habla de la crónica latinoamericana.

Carrión (2011, p. 24) dice que es precisamente García Márquez, junto con Rodolfo Walsh, quienes dan a la crónica (periodística) la ambición y la estructura de la novela.

Sin embargo, Mario Jursich, director de *El Malpensante*, revista de crónicas colombiana, (Jaramillo, 2012, p. 11), dice en uno de sus discursos que después del boom de la narrativa latinoamericana de los años sesenta se dieron intentos de fabricar un fenómeno parecido al boom de Cortázar y Onetti, García Márquez y Vargas Llosa, pero este intento no pasó de la etapa del plan de mercadeo.

Ante esta situación, el mismo Jaramillo (2012) expone:

...Para que este nuevo auge se produjera de nuevo, lo que se necesitaba era que no se pareciera en nada al fenómeno de hace cincuenta años: que cambiara el modelo del lector, que cambiara el arquetipo de la escritura y, por lo tanto, que las técnicas de los escritores fueran diferentes. Tal cosa parece estar ocurriendo con la crónica de nuestro continente. (p. 11).

“La llegada del periodismo narrativo latinoamericano hay que leerla como la vanguardia silenciosa o el prólogo discreto a lo que después se llamará New Journalism”, (Carrión, 2011, p. 24).

Gabriel García Márquez, (Carrión, 2011, p. 31), evoca en su discurso “El mejor oficio del mundo” a ese grupo de periodistas que andaban siempre juntos, de café en café, y que sólo conversaban del oficio que los unía. Ese tipo de comunicadores se puede rastrear en la literatura desde su esplendor a finales del siglo XIX hasta su decadencia hoy día.

En las representaciones cinematográficas se ha observado a través de los años la creación de un personaje casi inmodificable que ejercía el papel del periodista casi como un detective privado (ese de cigarrillo en

los labios, whiskey sobre la mesa, de sombrero y impermeable color kaki), tal y como lo expone Carrión (2011, p. 31).

Los nuevos patrones económicos y la llegada del internet pusieron en crisis a este tipo de comunidades, motivo por el que muchos cronistas clásicos formados en redacciones de su época ahora sólo existen cumpliendo labores de free-lance.

Sin embargo, con la aparición de una serie de instituciones que nacen del afán de salvaguardar el oficio, existe un grupo de comunicadores que todavía le apuestan a este tipo de comunicación a través de la crónica.

La Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano es una de ellas. Fue establecida en Cartagena en 1994 por iniciativa de Gabriel García Márquez, quien es actualmente el presidente de su junta directiva, y su misión es trabajar por la calidad del periodismo, la formación de periodistas y su contribución a los procesos de democracia y desarrollo de los países iberoamericanos y del Caribe.

Además de esto, y ya entrados en el siglo veintiuno, la crónica latinoamericana ha creado su propio universo, una extensa red de revistas que circulan de manera masiva y que se editan en diferentes ciudades del continente.

A través de estas revistas los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de tener que inventar nada.

Entre las revistas que recogen estos trabajos se encuentran: *Etiqueta Negra* (Perú), *Gatopardo* (comenzó en Colombia y ahora también en Argentina y México) *El Malpensante* y *Soho* (Colombia), *La Mujer de mi Vida* y *Orsái* (Argentina), *Pie izquierdo* (Bolivia), *Letras Libres* (México), *The Clinic* y *Paula* (Chile) y *Marcapasos* (Venezuela).

Ante la creación y existencia de estas revistas especializadas en crónicas, Jaramillo (2012) explica:

No cabe duda que con semejantes antecedentes, de García Márquez a Truman Capote, de Monsiváis a Wolfe, de Elena Poniatowska a Oriana Fallaci, estaba dado el caldo de cultivo para que el periodismo narrativo latinoamericano creara sus territorios para desarrollarse y para adquirir sus propias características.

2.2.1.6 La crónica en Venezuela

El carácter de cronista como empleo, más que un oficio, se deja evidenciar en Venezuela, en donde el Gobierno municipal refleja la necesidad de designar una especie de historiador local que fuese capaz de registrar la historia de la localidad.

La municipalidad de Caracas fue la primera corporación del siglo XX en nombrar por Ordenanza a Enrique Bernardo Núñez como el primer “Cronista de los Techos Rojos” un 15 de enero de 1945.

Enrique Bernardo Núñez nació en Valencia el 20 de mayo de 1895 y murió en Caracas el 1 de octubre de 1964. A la edad escolar fundó el periódico *Resonancia del pasado*, y reflejó de esta manera su inquietud por escribir y su pasión por la historia.

Ya en 1909 se traslada a Caracas, en donde colabora asiduamente en algunos periódicos y en 1915 visita las aulas de Medicina y Derecho en calidad de oyente. En 1920 contrae nupcias con Mercedes Burgos y ya para el año 1924 se traslada a Margarita donde funda el periódico *El Herald*.

Por otra parte, seducido por la magia de la isla y por las lecturas solitarias de cronistas de Indias, comienza a gestarse en su imaginación lo que habría de ser su más acabado fruto intelectual: la novela *Cubagua*. Esta obra fue culminada en Panamá en el año 1930.

Núñez culminará su labor narrativa con dos novelas que dejó inconclusas: *Atardecer sobre el mundo* y *La Ninfa del Anauco*. A partir de 1943 se inclina hacia la investigación y publica *El hombre de la levita gris*, biografía de Cipriano Castro. En 1945 es nombrado por primera vez cronista de Caracas, cargo que, con un ligero paréntesis, ejercerá hasta su muerte.

En 1947 escribe *La ciudad de los techos rojos*, conocido como uno de los libros más hermosos que se hayan escrito sobre Caracas. Al siguiente año es elegido miembro de la Academia Nacional de la Historia. Entre sus escritos también figura una lista de trabajos ensayísticos que despertaron críticas entre importantes firmas.

Enrique Bernardo Núñez muere en Caracas el primero de octubre de 1964 a la edad de 69 años, después de haber enriquecido las letras nacionales. En honor a su fecha de nacimiento se celebra en Venezuela el Día del Cronista.

El ejemplo de este nombramiento lo seguirán después las municipalidades de Mérida, San Cristóbal, Valera, Boconó, Trujillo, Maracay, Puerto Cabello, Barquisimeto, Cumaná, Porlamar, San Felipe, Churuguara, San Carlos, Valencia, Maracaibo, Barcelona, Barinas, Petare y Araure.

Durante la I Convención de Cronistas realizada en Valencia entre el 23 y 25 de marzo de 1968, se dictó “la Carta de Valencia”, en donde se establecieron las doctrinas del oficio de cronista dentro de la estructura de Gobierno Municipal de Venezuela.

En el año 1985, la Ley Orgánica de Régimen Municipal (LORM) sancionó por primera vez en la jurisprudencia nacional la obligatoriedad de que en cada municipalidad se nombrase un cronista.

El artículo 187 de la vigente LORM así lo establece (Bolívar, 2003, p. 13): “En cada municipio habrá un cronista, cuyas funciones y requisitos de idoneidad para el ejercicio del cargo se establecerán en la Ordenanza”.

Sin embargo, todavía son muchos los municipios que no le han dado cumplimiento a este artículo y, en otras situaciones, “se ha mal entendido tanto el oficio, que han considerado esta labor como un cargo honorífico, con sueldos escasos, y en el peor de los casos, con aportes tan pobres que no dignifican su labor dentro de determinada municipalidad”. (Bolívar, 2003, p. 13).

2.2.1.7 El cronista

Jaramillo (2012, p.40), al hablar del cronista, resume su oficio de la siguiente manera: “Trabajo para valientes”. Esta labor tan debatida por literatos, periodistas e historiadores requiere de firmantes comprometidos con su tarea investigativa y sobre todo con el público que los lee.

Gil (2004, p. 04) dice: “...debemos matizar la preponderancia del firmante. Éste como ya dijimos no es una persona cualquiera, sino que es un creador nato”. El cronista es el encargado de seleccionar el orden en el que irá narrado el relato, el tema a tratar, el estilo de la redacción, la inclusión de diálogos, descripciones y otras herramientas del género, además de la omisión de técnicas que no sean oportunas para el escrito.

Además de ello, Herrera (1991, p.86) agrega que: “En un buen cronista no sólo se halla un especialista, un conocedor a fondo de la materia que trata, sino también un gran observador de los detalles”.

Álex Grijelmo (Ramos, 2006, p. 02) se refiere a la crónica como el género en el cual se combinan la información y la visión personal del autor.

Cebrián (Gil, 2004, p.10) indica: “El cronista es un observador excepcional que otea los hechos desde un lugar privilegiado, desde el conocimiento de los antecedentes y da su visión personal sin engañarse a sí mismo”.

La tarea del cronista, según la autora Leila Guerriero (Salcedo Ramos, 2012, p.02), se resume a través del método de “volverse voluntariamente opaco”. La autora expone:

El arte del buen cronista empieza a la intemperie o, al menos, fuera de su casa, con los días, semanas o meses que pasa junto al objeto de su crónica, cazando situaciones, tomando nota de cada detalle y volviéndose voluntariamente opaco. Sin esa actitud de asecho discreto, nunca traicionero, no hay crónica posible. Yo he permanecido semanas junto a personas tan disfuncionales como una pesadilla agónica de Marilyn Manson, completamente olvidada de mí –de mi incomodidad, de mi cansancio, de mi hastío-, sólo concentrada en ser, lo más pronto posible, cincuenta kilos de carne sin historia : alguien que no está ahí; alguien que mira. Son semanas de eso. Y después hay que volver a casa, y escribir diez páginas, y aspirar a que sean diez páginas perfectas.

Foucault (Gil, 2004, p.04) dice: “Hay que entender al autor como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia”. La firma del autor en determinado escrito le inyecta credibilidad al lector en la historia que se le presenta, pues el receptor logra establecer con el tiempo una especie de fidelidad ante el narrador que escribe historias.

Gil (2004, p.04) manifiesta que la firma de un texto significa que se tiene un responsable que es el encargado de reflexionar o deleitar a los receptores con su mensaje. El autor indica:

...Ese singular lenguaje, esos juicios de valor, esas expresiones de sentimiento o actitudes, aunque no sean verificables, no son fruto del capricho del cronista sino de su saber y experiencia y por tanto, el autor del texto pone en juego su prestigio y credibilidad cada día en cada crónica. (p.10).

2.2.1.8 Tipos de crónica

Muchos autores han buscado la manera de categorizar el género, por lo que hablan de diversos tipos de crónicas. Earle Herrera, Vicente Leñero y Carlos Marín son sólo algunos de los autores que han intentado sub dividir la crónica en distintos tipos.

Leñero y Marín (2009) dividen la crónica en tres clases particulares: la crónica informativa, la crónica opinativa y la crónica interpretativa. Ambos autores exponen:

La información cronológica y pormenorizada de un acontecimiento, sin que en el escrito intervengan las opiniones y juicios del periodista, es una crónica informativa...amplía, desmenuza el hecho noticioso...La crónica opinativa es el relato de un suceso presenciado o reconstruido por el reportero. Los elementos "objetivo" y "subjetivo" encuentran en este tipo de crónica su equilibrio...La crónica interpretativa es, fundamentalmente, un relato subjetivo, más que informativo...el cronista toma la realidad como punto de referencia para interpretar los fenómenos sociales.

Por su parte, Herrera (1997, p.91) al hablar de la crónica indica que es el género más libre y flexible del periodismo y, por eso mismo, el más reacio a cualquier tipo de perspectiva, momento en que el autor la divide en tres categorías: la crónica histórica, la crónica costumbrista y la crónica de actualidad.

Herrera (1997, p. 91) al referirse de la crónica histórica explica:

La historia hurga, analiza, recompone e interpreta para sacar conclusiones y explicar el devenir de la humanidad. La crónica se pasea por aquellos escenarios y nos cuenta, como en una conversación, los hechos y fenómenos pretéritos. Trae el pasado al presente y nos permite penetrar en él y en la vida de personajes que, físicamente desaparecidos en el tiempo, se nos hacen familiares. Esto, por supuesto, lo logra el buen cronista. Aquel que conoce bien y ha investigado minuciosamente los hechos que narra y tiene el don y el talento para expresarlo en palabras.

"El costumbrismo, como corriente literaria, jugó un papel de primer orden en este sentido, a través de la comedia y la novela española y, en nuestra América, de la crónica costumbrista...en Venezuela la crónica costumbrista rescató nuestro pasado reciente del olvido", (Herrera, 1997, p. 96).

Por su parte, al hablar de la crónica de actualidad, Herrera (1997, p. 100) expresa que: “La crónica de actualidad nos permite vivir donde no hemos estado y participar de las emociones de momentos ya pasados”.

Sin embargo, esta investigación supone el uso de la crónica en general, sin sub divisiones de clases o categorías específicas, pues aunque intenta perpetuar la memoria histórica de un determinado espacio geográfico, por lo que pareciera referirse a la crónica histórica, este trabajo incluye los demás rasgos vistos en los otros tipos de crónicas que exponen los autores anteriores, y reafirma una vez más la flexibilidad que supone el género.

2.2.1.9 Características de la crónica

Alfred Hitchcock (Ramos, 2006, p.13) dice que: “La crónica es la vida sin los momentos aburridos”, y esto sólo se logra con la mezcla de tres ingredientes esenciales: un buen tema, un buen trabajo de investigación y una redacción impecable.

Martín Caparrós (2006) indica que lo primero que se debe hacer es descubrir qué contar y cómo contarlo, pues tal y como él expone “no hay malos temas sino malos periodistas”. Además, agrega que, un buen tema ayuda mucho.

Además Salcedo Ramos (2006, p.04) aconseja elegir un tema que sea de interés humano y que, para bien o para mal, afecte al mayor número de personas. Una buena opción para este autor es que el tema apasione al periodista, debido a que al escribir algo que no tenga ningún tipo de interés para el autor, puede resultar frío, distante y errático.

Una vez se haya elegido y delimitado el tema a tratar continúa el trabajo de campo.

Gay Talese (Ramos, 2012), al hablar del trabajo de campo del cronista a la hora de acceder a los personajes para entrevistarlos y obtener información, explica:

A veces es un proceso largo. Tengo que venderme. Si algún talento tengo, es saber meter el pie por la rendija de la puerta. Esto proviene de tener un interés auténtico en la gente y de tratarlos con respeto. No soy abusivo. No hay una sola persona –haya yo escrito sobre ella de forma favorable o desfavorable- a quién no pudiera volver a ver. (...) Las entrevistas que hago no son polvo de una noche. Las personas que entrevisto tienen que entender que nos estamos embarcando en una relación de largo plazo. (...) De modo que para responder su pregunta sobre cómo obtengo todo el acceso que necesito, lo obtengo un paso a la vez. Me vendo gradualmente en cada paso. Lo esencial es estar allí y conocer a la gente. (p,01).

El etnógrafo polaco Bronislaw Malinowsky, citado por Juan José Hoyos (Salcedo Ramos, 2006, p.08), resume la forma de acceder a los personajes como la capacidad de sumergirse sin prejuicios en la cultura de los otros, con el fin de comprenderla y aprehenderla.

En el trabajo de campo la observación también juega un papel fundamental, debido a que a través de esta el investigador tiene la

oportunidad de captar detalles que un simple grabador encendido no podría capturar.

“Es necesario saber observar...observar va más allá de las meras pupilas. No es un ejercicio del ojo sino de la inteligencia y la sensibilidad...es poder ver más allá de lo aparente” (Salcedo Ramos, 2006, p. 09).

A la hora de emprender una tarea investigativa se debe ser curioso, ir más allá, no quedarse en lo evidente, seguir escudriñando lo que no está a simple vista. Estos son sólo algunos de los consejos que brindan los autores de la crónica. Salcedo Ramos (2012) resalta:

Intentarás descubrir la totalidad del iceberg. Hemingway nos enseñó que los datos que aparecen publicados en las buenas historias son una fracción mínima de la investigación que recopiló el autor. La parte del iceberg que sobresale en el mar – nos recordó- es tan sólo un octavo de lo que mide en total ese tempano de hielo. Los siete octavos restantes están sumergidos en el agua. No se ven pero son los que sustentan la punta que está por fuera, a la vista de todo el mundo. Lo que le permite a uno escribir veinticuatro mil. Y no lo olvides: aquí no basta con saber que bajo el agua están escondidas las siete octavas partes del iceberg: hay que conocerlas.

Una vez terminada la fase investigativa llega el momento de crear el arte, pues resulta que es a la hora de escribir cuando comienza a ocurrir la magia.

“Un buen texto periodístico puede estar hecho de megagigas de conocimientos previos, horas y horas de búsquedas y charlas, descubrimientos increíbles, esperas infinitas, análisis sesudísimos,

revelaciones súbitas, pero nada de eso sirve para nada si no está bien contado” (Martín Caparrós, 2012).

Leila Guerriero (2007, p. 04) explica lo que significa una buena entrada en un texto de periodismo narrativo:

Un buen principio debe tener la fuerza de una lanza bien arrojada y la voluntad de un vikingo: ser capaz de empujar a la crónica a su mejor destino, y caer con la brutalidad de un zarpazo en el centro del pecho del lector. Con un buen principio lo demás es fácil: sólo hay que estar a la altura, hacerle honor a esos párrafos primeros...

Jaramillo (2012) manifiesta que el mayor respeto que se le debe tener a un lector es al evitarle el bostezo, por lo que resalta que esta especie de periodistas también conocidos como periodistas literarios nunca se olvidan de ser entretenidos.

Martín Caparrós (2012), al hablar de la estructura de los textos, expresa:

La lectura o no lectura de una nota, en general, se juega en el primer párrafo: La cabeza. Ahí es cuando uno capta la atención del lector...Encontrar esa cabeza es el foco del periodista cuando se sienta ante su máquina. Un buen truco consiste en qué le contaríamos a un amigo imaginario, mujer, marido, concubinos diversos a la vuelta de un viaje o una noche agitada. Qué nos impresionó más, qué nos llamó más la atención: qué puede llamarle la atención al interlocutor, como para que nos deje escuchar...A partir de allí, la receta es simple...desplegar información, datos y más datos, procurar que cada párrafo tenga por lo menos uno. Por supuesto que los datos no son sólo números y declaraciones, la camisa a rayitas de un ministro puede serlo, una mueca, el cuadro de detrás...tantas cosas, si ayudan a entender lo que se está contando. Y, al final, bandera roja de remate. Los textos no se desvanecen; acaban, culminan con un remate digno. Remate no significa moraleja, consejo...sino un dato que funcione como síntesis, paradoja...chanchán.

Salcedo Ramos (2006, p. 18) manifiesta que la historia no está en el diccionario sino en la vida corriente, motivo por el que el autor debe seguir una escritura que refleje claridad, sencillez, concisión y precisión. Tal y como lo expresa el autor, si no se tiene la preparación adecuada para escribir en lenguaje literario, es preferible narrar de forma directa y no caer en una floja poetización.

2.2.1.10 Técnicas para un buen texto

“Nada nos importa tanto como construir un texto que produzca placer, asombro, risa, indignación, ganas, respeto, envidia, malhumor –o algo...eso es lo que hacemos: captar la atención de nuestro lector y producirle algo con cada texto que escribimos” (Martín Caparrós, 2012).

Para lograr un buen texto periodístico de corte literario e histórico muchos autores se han dedicado a recomendar técnicas para mejorar la escritura y no caer en el cliché en el que muchos principiantes suelen caer.

Salcedo Ramos (2006, p. 19) entre sus recomendaciones más notorias dice: “Húyele a los lugares comunes y a las frases obvias como si fueran el mismísimo diablo. Evita expresiones de este corte: era un día como cualquier otro, la trágica muerte, negro como la noche...”

Martín Caparrós (2012) en un intento de brindar un orden en la escritura que unifique los criterios de redacción brinda ciertas

recomendaciones, entre las que destaca el uso de la tercera persona. Sin embargo, considera que hay historias que justifican el uso de la primera, pero teniendo presente que existe una diferencia entre escribir en primera persona y escribir sobre la primera persona.

Muchos autores satanizan el uso de la primera persona dentro de la crónica; sin embargo, hay quienes hacen uso de este recurso literario para aproximarse mejor al tema que tratan en sus relatos.

Valentina Jiménez (2012) afirma que no se trata de citarse de manera vanidosa, sino de manera que la presencia del autor enriquezca el texto, aportando datos nuevos o por estar en una situación reveladora que no sería creíble si el escritor no apareciera dentro de la escena.

Además, se debe entender que la crónica es recordada como un género libre a través del cual, los autores pueden hacer uso de los recursos literarios para manifestar ciertas valoraciones de interés.

Para Alberto Salcedo Ramos (2012) no se puede ser un buen contador de historias si los mismos autores no se aventuran a vivir la realidad visceralmente; lo que para él significa apropiarse de la realidad que experimenta el propio personaje sobre el que se escribe.

También hay quienes sitúan a la crónica como “periodismo de autor”. Para María Angulo (2013):

...no hay tal diferencia: mientras más personales sean las crónicas de Leila Guerriero, de Caparrós, de Villoro... más garantía tenemos de su honestidad. Ahora bien, hay un tipo de relatos breves que, en términos generales, contienen poco o cero reporterismo, y no narran acontecimientos periodísticos, sino paisajes o vivencias del periodista... en Latinoamérica bien podrían llamarse crónicas, porque en esta parte del mundo el término es más laxo y acoge una variedad más amplia de relatos...

En ocasiones la veracidad que pueda tener una crónica no radica en que si esta está escrita en primera o tercera persona, sino en el interés que esta pueda tener en el público para la cual va dirigida y en la confianza que presente el lector con el autor del texto.

Hay quienes hablan de este estilo de crónica como si se tratara de una especie de periodismo de inmersión, también llamado por muchos como periodismo Gonzo; es decir, cuando el periodista funciona como una especie de personaje dentro del relato.

Dentro de este periodismo muchos autores se sitúan como los protagonistas del relato y hay quienes solo se incorporan como un personaje más para rescatar las características de un personaje central.

“...por supuesto que vale la primera persona. Toda crónica parte de un yo y tiene una primera persona bien delimitada y desde la que escribe. En su carácter testimonial radica el poder de la crónica” (María Angulo, 2013).

Por otra parte, cuando se habla de técnicas usadas para un buen texto, Caparrós (2012) define el uso de las palabras como materia prima, y explica:

Es triste –es tan triste- ver cómo tantas veces tanta gente escribe lo que no quería escribir: cuando usa una palabra que no dice lo que quería decir sino otra cosa. Hay que tratar de dominar a las palabras, para no dejarse dominar por ellas...En los textos periodísticos abunda lo que alguien llamó las “segundas palabras”, o sea: esos exabruptos que aparecen cuando el periodista piensa hospital y escribe nosocomio, piensa llegó y escribe arribó, piensa entró y escribe ingresó...y así de seguido...Esas segundas palabras –o lugares comunes, muy comunes- llegan a la jerigonza de prensa por contagio: suelen venir de jergas policiales, políticas, deportivas. Pero un texto periodístico no es un campeonato de sinonimia, y en general las segundas palabras, son muchísimo más imprecisas, feas y berretas que las primeras. Así que, salvo error u omisión: ¡usen las primeras palabras, que también dicen lo que dicen!

Leila Guerriero (2007) afirma que la descripción arranca en la imaginación del escritor, pero debería acabar en la del lector, y para que este se sienta dentro de la historia, se le debe conceder más importancia al escenario y el ambiente que a la descripción de personajes. Según la cronista argentina el primer paso te lo dará lo que quieres hacerle vivir al lector.

Al hablar del uso de los adjetivos, Caparrós (2012), manifiesta: “...los adjetivos: para que sirvan, para que adjetiven, no debe ser una costumbre sino un sacudón que aparece cada tanto...dos o más adjetivos sobre un solo sustantivo lo destruye”.

“–Los verbos tienen tiempos y los tiempos son tiranos. No al libertinaje: cuando uno empieza a escribir en un tiempo debe sostenerlo a

lo largo del texto. Puestos a elegir, el pasado suele ser el más útil, manejable, creíble” (Caparrós, 2012).

Entre las técnicas de las que hace uso la crónica, también se asoma la entrevista para acceder a los personajes y la inclusión de diálogos implícitos y explícitos.

Aunque la entrevista es vista como un género independiente, que funciona por sí sólo, es también utilizada por cronistas para la obtención de información en el acceso a los personajes investigados.

Nelson Hippolyte (1992, p. 04) la define:

La entrevista es un acto sexual, caminar el ser de otra persona, traspasar sus zonas claras y oscuras, descubrir sus máscaras, retirarlas, y dejar que ese personaje “represente” su vida: actúe, se mueva, gesticule, alce la voz y permanezca vivo, natural, sobre un trozo de papel.

Colocarse en los zapatos del entrevistado es tal vez la mejor opción para intentar entenderlo, comprenderlo y analizarlo mejor a la hora de estudiar a un determinado personaje.

2.2.1.11 ¿Realidad o ficción?

Muchos periodistas mantienen un debate sobre la crónica por su carácter de subjetividad, pues este género contiene muchos rasgos de la literatura que algunos confunden con la mera ficción, sin embargo, la

crónica periodística se caracteriza por reconstruir historias reales tomando herramientas utilizadas por la literatura.

Leila Guerriero (2007, p. 02) dice:

Excepto el de inventar, el periodismo puede, y debe, echar mano de todos los recursos de la narrativa para crear un destilado, en lo posible, perfecto: la esencia de la esencia de la realidad. Alguien podría preguntarse cuál es el sentido de poner tanta dedicación en contar historias de muertos reales, de amores reales, de crímenes reales. Las respuestas a favor son infinitas, y casi todas ciertas, pero hay un motivo más simple e igual de poderoso: porque nos gusta.

Jaramillo (2012) indica que también los cronistas latinoamericanos han reflexionado sobre la extraña dicotomía entre lo objetivo y lo subjetivo, pues en ocasiones pareciera que la pelea del periodismo convencional versus lo que anteriormente fue llamado nuevo periodismo se ha convertido, equivocadamente, en la pelea de la verdad y la irresponsabilidad con la verdad.

Ante esta dicotomía tan debatida en el género de la crónica, Jaramillo (2012) afirma:

Se puede ser un reportero seco, objetivo, imparcial, sintético y, encima de todo, embustero. Y se puede ser el más literario, el más imaginativo, el más impresionista escritor y, además, ser fiel a la verdad de los hechos y de las descripciones y de los diálogos.

La crónica, tal y como lo expresa Latorre (2009), rompe con los esquemas periodísticos clásicos al aplicar técnicas narrativas propias del mundo de la imaginación.

Según Gil (2004, p. 10),...la fragmentación de la realidad en diversos hechos, la selección de lo que entra y de lo que no, su redacción... son los elementos que conforman la parte subjetiva de la crónica, estos deben combinarse con la parte objetiva, es decir, con el referente de la realidad, que se presenta como narración.

Caparrós (Jaramillo, 2012) expone que: “El lenguaje periodístico habitual está anclado en la simulación de la famosa objetividad que algunos,...para ser menos brutos,...llaman neutralidad. La prosa informativa (despojada...impersonal) es un intento de... simular que aquí no hay nadie que te cuenta...”

Estas afirmaciones demuestran que, a pesar de la libertad que supone el género, el cronista tiene un deber moral para con sus lectores, por lo que el ser fiel a los hechos reales es lo que le va a garantizar la confianza que el público tenga ante sus escritos.

“...no es admisible que el cronista falsee la realidad, narre hechos que no ocurrieron o invente cifras y datos. Si se diese ese fraudulento uso del género, no nos encontraríamos ante una crónica periodística sino ante un ejercicio de propaganda” (Gil, 2004, p.11).

En la tarea de resolver el grado de objetividad y subjetividad que guarda la crónica periodística, Jaramillo (2012) expone:

El truco ha sido equiparar objetividad con honestidad y subjetividad con manejo, con trampa. Pero la subjetividad es ineludible, siempre está. Es casi obvio: todo texto (aunque no lo muestre) está en primera persona. Todo texto, digo, está escrito por alguien, es necesariamente una versión subjetiva de un objeto narrado: un enredo, una conversación, un drama. No por elección; por fatalidad: es

imposible que un sujeto dé cuenta de una situación sin que su subjetividad juegue en ese relato, sin que elija que importa o no contar, sin que decida con qué medios contarlo.

Los diarios impusieron esa escritura “transparente” para que no se viera la escritura: para que no se viera su subjetividad y sus subjetividades en esa escritura: para disimular que detrás de la máquina hay decisiones y personas. La máquina necesita convencer a sus lectores de que lo que cuenta es la verdad y no una de las infinitas miradas posibles.

2.2.1.12 Semejanzas, diferencias y aportes de otras disciplinas

Montoro (Marín, 2001) expresa: “El periodismo es la historia del presente y la literatura es el periodismo del pasado”. De esta manera se resume la relación que existe entre el periodismo, la literatura y la historia y, a su vez, se comienzan a asomar las diferencias que existen entre estas disciplinas, pues cada una existe para cumplir determinadas funciones, pero se unen al adoptar algunos rasgos de las otras.

Jaramillo (2012) habla de la crónica latinoamericana como un género autónomo que tiene tratados de límites. Por un lado, aparece la información neutra del periodismo establecido y, por otro lado, se asoma la literatura.

Muchos autores coinciden en que la crónica es un género periodístico que adopta elementos de otras disciplinas para su conformación tal y como se observa al género hoy día.

Villoro, por ejemplo, (Jaramillo, 2012), al hablar de los rasgos que contiene la crónica de otras disciplinas expone:

...la crónica es un ornitorrinco porque..., bueno, mejor que parafrasearlo es citarlo: Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la “voz de proscenio”, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la relaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser.

Al igual que Villoro, Donado (2011) encontró similitudes entre varias disciplinas de las cuales se alimenta la crónica. El autor indica que la crónica toma del cine sus técnicas de contar, como la ruptura de secuencias cronológicas, saltos en el tiempo, lo que agiliza las escenas, dinamiza las historias.

Al hablar de las semejanzas y los aportes que adopta la crónica de la literatura, Tomás Eloy Martínez (Jaramillo, 2012) dice: “Antes, los periodistas de alma soñaban con escribir aunque sólo fuera una novela en

la vida, ahora, los novelistas de alma sueñan con escribir un reportaje o una crónica tan inolvidable como una bella novela”.

“La función de la literatura es distinta a la del periodismo, pero el lector puede ser el mismo, incluso el autor...tanto el periodismo y la literatura se presentan como aliados inseparables”. (Marín, 2001).

La crónica desde sus comienzos ha estado estrechamente vinculada con las herramientas usadas por la literatura. Gil (2004, p. 03) menciona que las crónicas dedicadas a difundir los viajes de los aventureros renacentistas, las tomas heroicas de ciudades, los descubrimientos del Nuevo Mundo introducen narraciones, descripciones, creación de mundos imaginarios y alternativos, diálogos, retratos de personajes, comparaciones...más propios de la ficción literaria que de la rigurosidad histórica.

Al hablar de la relación que existe entre el reportaje y la crónica, Gamboa (Donado, 2011) manifiesta que el reportaje viene siendo una fotografía de la realidad, mientras que la crónica sería una pintura.

Por su parte, Leila Guerriero (2007) dice:

Yo no creo en las crónicas interesadas en el qué pero desentendidas del cómo. No creo en las crónicas cuyo lenguaje no abreve en la poesía, en el cine, en la música, en las novelas. En el comic y en Sor Juana Inés de la Cruz. En Cheever y en Quevedo, en David Lynch y en Won Kar Wai, en Koudelka y en Cartier-Bresson. No creo que valga la pena escribirlas, no creo que valga la pena leerlas y no creo que valga la pena publicarlas. Porque no creo en crónicas que no tengan fe en lo que son: una forma del arte.

Como forma del arte, la crónica, en tanto género periodístico, se caracteriza por ser creativa, debido, entre otras cosas, a que arroja elementos de varias disciplinas sin dejar de cumplir su función, que es la de informar sobre determinados acontecimientos, escenarios, personajes, entre otras situaciones reales, narradas con técnicas propias de la ficción, para dejar registros históricos de diversos momentos de la vida, de allí, su valor periodístico, histórico y literario.

2.2.1.13 La crónica en la reconstrucción de memoria histórica

Un gran número de autores manifiesta que el fuerte de la crónica consiste en narrar situaciones, escenarios y personajes. Pocos apuestan a su función en la reconstrucción de la memoria histórica, a pesar de que los antecedentes del género recaen en la historia.

Sin embargo, muchos otros autores apuestan por la crónica como relato valedor en la reconstrucción de la memoria colectiva, incluso en Venezuela, tal y como lo expresa Bolívar (2003, p. 15), la labor del cronista ha dejado de convertirlo en “el hombre que contaba historias” para transformarlo en un “profesional de la reconstrucción histórica”.

“Si al historiador se le ponderó o calificó de profeta del pasado, a quien cultiva la crónica histórica lo podríamos llamar reportero del ayer o corresponsal de la historia” (Herrera, 1997, p. 92).

Hayden White (Martínez, 2006, p. 38), afirma que: “Lo único que el hombre realmente entiende, lo único que de veras conserva en su memoria, son los relatos”.

Con el uso de las técnicas que recoge la crónica de la literatura, como el uso de descripciones y diálogos, con las herramientas que aporta el cine, como la ruptura del tiempo y la musicalidad en cada momento de drama y con las técnicas del arte, como la creatividad e imaginación del observador, se puede lograr un texto bien narrado que reconstruya la memoria del municipio Francisco de Miranda, a través de la trayectoria de sus personajes emblemáticos.

Al hablar de la memoria y la diferencia entre memoria histórica y memoria colectiva, Aguilar (1991, p.11) indica:

La memoria es un hecho y un proceso colectivo...la memoria histórica es una y se cierra sobre los límites que un proceso de decantación social le ha impuesto; la memoria colectiva es múltiple y se transforma a medida que es actualizada por los grupos que participan de ella: el pasado nunca es el mismo.

Ahora bien, al tener en cuenta que este trabajo busca la reconstrucción de la memoria del municipio Francisco de Miranda a través de un seriado de crónicas de sus personajes emblemáticos y, al tener en cuenta que cada municipio necesita hombres que tengan interés por la elaboración de la historia de sus pueblos, tal y como lo expresa Bolívar (2003, p. 15), se observa la necesidad de realizar una labor de investigación en este poblado que incluya la reconstrucción de relatos narrados a través de la crónica para el rescate de la memoria histórica y colectiva de San José de Bolívar y las aldeas que lo conforman.

2.3 Municipio Francisco de Miranda

2.3.1 Aspectos físicos

San José de Bolívar, capital del municipio Francisco de Miranda, es un poblado agroecológico localizado a unos nueve kilómetros de Queniquea y está situado al Sur del municipio Jáuregui, hacia el centro del estado Táchira, en pleno macizo montañoso de la Cordillera de los Andes, ubicado en el valle conocido como “Valle del Espíritu Santo”.

Se encuentra ubicado a 98 kilómetros de la ciudad de San Cristóbal, vía el Páramo El Zumbador. Las vías alternas por las que se tienen acceso a San José de Bolívar son: La Grita-Páramo El Rosal, Pregonero-La Laguna de García y El Piñal-Chururú San Pablo.

Este poblado tiene una altura de 1441 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m), cuyas coordenadas geográficas son: latitud de 7° 41' N. y cuenta con una longitud de 71°57' E. Cuenta con un clima predominante de bosque pluvial montañoso.

El espacio político-territorial de este municipio limita al norte con el municipio Jáuregui, al sur con el municipio Sucre, al este con el municipio Uribante, y por el oeste también con el municipio Sucre. Con una superficie de 262 km².

Su población es de 5200 habitantes, (según el censo nacional realizado en el 2011). El municipio Francisco de Miranda se encuentra dividido en cuatro aldeas y varios caseríos: Aldea Los Paujiles, La Colorada, Mesa de San Antonio y Río Azul.

2.3.2 Historia

2.3.2.1 Primera Fundación

Antes de la fecha de la Primera Fundación del Valle de Espíritu Santo (1807-1811) hoy San José de Bolívar, el pueblo ya existía como un pequeño caserío de casas dispersas. Sin embargo, su historia puede comenzar a relatarse desde esta primera fecha registrada en la historia de la población.

Un 2 de diciembre de 1805 el obispo de Mérida, Monseñor Santiago Hernández, observó la necesidad de crear una parroquia para las comunidades de Queniquea y el Valle de Espíritu Santo (hoy San José de Bolívar). Motivo por el que desde esta fecha se comenzaron a dar los primeros pasos para lo que después los rioboberos (gentilicio de esta población), conocerían como la Primera Fundación.

Los registros históricos que guarda este poblado cuentan que para el año de 1806, el Valle del Espíritu Santo tenía una capilla y una casa construida para el cura de turno. Sin embargo, los habitantes de

Queniquea, poblado vecino de la comunidad, solicitan el traslado de la iglesia.

Desde allí, comenzó a generarse una cierta rivalidad entre los habitantes de ambos poblados, según cuentan sus habitantes más viejos. Varios grupos de cada lado peleaban y ofrecían sus argumentos para quedarse con la parroquia dentro de su caserío. Los queniqueos expusieron que la Mesa de Queniquea era llana, seca y con agua suficiente y abundante en tierras. Además los vecinos Enrique Roa y Antonio María Contreras, de Queniquea, ofrecen dar el terreno para la iglesia.

Además de esto, los pobladores de Queniquea enviaron la solicitud del traslado al obispo por intermedio del vicario Fernando José García, quien había llegado al Valle del Espíritu Santo en el año 1814 tras ser perseguido por los españoles por la pérdida de la República, por lo que tuvo que refugiarse en las montañas del hoy San José de Bolívar.

A pesar de que el vicario se encontraba en tierras rioboberas, apoyaba vehementemente la solicitud de los queniqueos y, a pesar de que los vecinos del Valle del Espíritu Santo se opusieron a dicha solicitud, el 21 de diciembre de 1817, desde Maracaibo, el obispo decreta el traslado de la capilla a Queniquea y el vicario García se traslada a este poblado un 8 de abril de 1818 para continuar con la construcción de la nueva parroquia.

Además de esta situación, el doctor Antonio Bernabé Noguera se hizo dueño de los terrenos del Valle del Espíritu Santo y se negó a dar el

permiso para continuar el poblamiento. Después de esta negación varios vecinos se opusieron y pelearon en defensa de la fundación de este poblado, a pesar de no contar con una capilla eclesiástica.

El señor Eugenio Vivas se opuso de manera directa ante el doctor Noguera, pero Vivas murió mientras iba en camino a buscar un abogado que solucionara el conflicto, por lo que el doctor Noguera, ya sin opositor alguno, recuperó sus tierras y eliminó el nombre de Valle del Espíritu Santo, por el de Río Bobo (de allí, el gentilicio de los habitantes de San José de Bolívar).

2.3.2.2 Segunda Fundación

El caserío de Río Bobo empezó a surgir rápidamente y ya para el año de 1883, considerado el año de la Segunda Fundación, al visitar el caserío Río Bobo, el general Adolfo Fráganés, jefe civil de La Grita (poblado del estado Táchira) y presidente del consejo, acompañado de Don Pantaleón Contreras, padre del presbítero Eloy Contreras, quedaron impresionados por las aspiraciones de los rioboberos de construir una iglesia y un pueblo.

De allí, el jefe civil trazó los límites del poblado y el 15 de febrero de ese mismo año de 1883 los vecinos del Río Bobo redactaron el acta de la Segunda Fundación y le dieron el nombre de San José de Bolívar.

Este nuevo nombre fue puesto por el sacerdote Fernando María Contreras, y se agrega “de Bolívar”, por petición de Don Ramón de Jesús Pulido, habitante de la población, por estar celebrándose el centenario del Libertador.

2.3.2.3 Municipio autónomo

En el año 1904 el sacerdote José Ramón Salcedo comienza la lucha para fundar el municipio autónomo “Francisco de Miranda”. Esta comunidad adquiere su autonomía a partir del 19 de febrero de 1995, con la aplicación de la actual Ley de División Político Territorial del estado Táchira.

A partir del nombramiento de la autonomía de esta población como municipio Francisco de Miranda, quedó dividido en cuatro aldeas: Los Paujiles, La Colorada, Río Azul y Mesa de San Antonio y su capital San José de Bolívar.

2.3.3 Desarrollo económico del pueblo

La actividad económica de San José de Bolívar circula alrededor de la ganadería de altura, la agricultura, el turismo, la truchicultura y los diversos comerciantes cuyos negocios se distribuyen por los sectores de San José de Bolívar y las cuatro aldeas que lo conforman.

2.3.3.1 Ganadería de altura

La ganadería de altura se caracteriza por ser la principal entrada económica de la población, especialmente al hablar de la producción de leche (Moreno, 1982). Los ganaderos de la región son familias que en su mayoría integran una asociación denominada “Unión de Productores de los Valles Altos del Táchira” (Uprolevalta), la leche que producen es vendida a otros pueblos y permite el sustento de un gran número de familias rioboberas.

Los productores que no integran esta asociación tienen su propia producción independiente de leche, que también es vendida a los pueblos vecinos y a la capital del estado Táchira, San Cristóbal. La producción de leche circula alrededor de los tres mil litros diarios.

Por su parte, hay quienes se encargan de la producción de ganado de ceba, que no es más que la venta del ganado vacuno para el consumo, el cual es vendido en el Táchira y a otros estados vecinos. Sin embargo, esto se hace de manera independiente.

También hay quienes se encargan de la cría de cochinos, gallinas, conejos, entre otros, para el sustento familiar, por lo que la producción es vendida en los comercios de la misma población.

2.3.3.2 Truchicultura

Horacio Moreno, en su libro Monografía de San José de Bolívar, nos habla sobre la producción de truchas. Él indica que es muy característica de la zona. Actualmente existen dos trucheras totalmente equipadas. La primera de ellas se fundó en los años 80' como campo experimental truchícola, por iniciativa del Instituto Nacional de Investigación Agrícola.

Actualmente esta truchera todavía existe, pero como convenio entre el Inea y la comunidad de San José de Bolívar y lleva por nombre: "Estación Truchícola San José de Bolívar INEA", la cual se encuentra en la aldea Los Paujiles.

En la aldea la Colorada se encuentra la otra estación truchícola, conocida con el nombre de "Mi Refugio", en la cual realizan la cría de truchas de manera privada y la venden a otros pueblos y estados de Venezuela. Las otras producciones de trucha se realizan de manera independiente en distintas fincas de la zona.

2.3.3.3 Agricultura

En el caso de la agricultura, predomina la siembra de hortalizas, papa, fresa, mora, café y caña de azúcar, que es realizada en las diferentes fincas de la región, especialmente en las aldeas del municipio

Francisco de Miranda, para su venta y distribución en los pueblos del estado Táchira.

La producción de caña de azúcar sigue realizándose, aunque con menos empuje que hace unos 20 años. Sin embargo, todavía hay familias que poseen trapiches para la producción de panela o papelón.

El cultivo de café también se observa en picada, pero todavía algunas familias conservan este estilo de vida, por lo que siembran café para vender su cosecha en los negocios del poblado.

Las hortalizas, papas, fresas, moras y tomates de árbol son cultivados en las zonas más altas de la población y son vendidos a otros pueblos del estado, especialmente a los comerciantes de La Grita.

2.3.3.4 El Turismo

En los últimos 10 años se ha observado al municipio Francisco de Miranda como un pueblo turístico, pues años atrás muy pocas personas lo conocían por la distancia que lo separa de la capital, y la peligrosidad de las vías de acceso. Sin embargo, últimamente el turismo se ha incrementado, y ya son varias las familias que se encargan de trabajar para fomentarlo.

Actualmente existen ocho posadas turísticas y nueve residencias más para visitantes, las cuales completan sus cupos totalmente en temporadas altas como diciembre, semana santa, durante las ferias del pueblo (del 11 al 19 de marzo), carnavales y durante las vacaciones escolares.

El turista que llega al municipio Francisco de Miranda puede visitar diversos paisajes como La cascada La Honda, ubicada en la aldea Los Paujiles; La Cimarronera, perteneciente al Parque Nacional Juan Pablo Peñaloza, en donde además de la caminata entre frailejones y montañas se pueden visitar ríos y lagunas y disfrutar de espacios de camping.

También cuenta con un balneario ubicado en la aldea Mesa de San Antonio en donde la familia realiza hervidos y parrillas, mientras los niños participan de un día de piscina natural con tobogán incluido, el cual fue inaugurado en el mes de octubre de 2012.

El parador turístico El Frailejón es otro de los espacios para la recreación de propios y visitantes. Es un lugar en el que además de disfrutar de la gastronomía de la zona, se puede participar de las actividades agrícolas y ganaderas que allí se realizan.

La iglesia y la plaza Bolívar forman parte de la historia del municipio, por lo que muchos turistas visitan estos espacios para conocer el contenido histórico que guardan ambos lugares (Pulido, 2013). Además de estos, existen otros espacios propios del turismo de la zona.

2.3.4 Actividad deportiva

El deporte dentro de la población se ha mantenido con mucha fuerza a través de los años. Actualmente el Instituto Municipal del Deporte se encarga de entrenar a los niños de San José de Bolívar y las cuatro aldeas que conforman al municipio en las diferentes disciplinas deportivas, según informan las autoridades del Instituto de Deporte de la localidad.

El fútbol, el fútbol sala, el voleibol y el basket son las diferentes disciplinas practicadas por los géneros masculino y femenino. Tanto niños como niñas, jóvenes y adultos practican diariamente en las seis canchas deportivas con las que cuenta el municipio Francisco de Miranda.

El polideportivo José Manuel Franciscony representa el principal centro de deporte del pueblo. Es el lugar en el que se realizan dos campeonatos de fútbol y fútbol sala al año. Uno de apertura y otro de clausura. Las aldeas del pueblo también gozan de estos dos campeonatos denominados Inter-aldeas para atraer al mayor número de jóvenes para que se involucren en la actividad deportiva.

Los viernes y sábados las prácticas se trasladan desde el polideportivo José Manuel Franciscony hasta la cancha “Karina Arena”, ubicada en la parte más alta de San José de Bolívar para brindarle la oportunidad de inclusión a una mayor cantidad de jóvenes.

El Polideportivo recibe el nombre de “José Manuel Franciscony” en conmemoración de quien en vida fuese un destacado deportista de la comunidad en las disciplinas de fútbol, específicamente en la posición de arquero. Además practican también maratón y baloncesto.

Por su parte, la cancha deportiva Lethy Karina Carrero Chacón fue bautizada con ese nombre por quien en vida fuese una destacada deportista del pueblo en la disciplina de voleibol, quien dejara muy en alto el nombre del municipio como atleta integrante de las distintas selecciones de las que formó parte desde sus inicios en el voleibol.

2.3.5 La educación en San José de Bolívar

Ante la preocupación de la población de San José de Bolívar por la falta de una Institución educativa en la zona y tras el crecimiento poblacional que se estaba presentando en la época, el 5 de septiembre de 1904 José Contreras, habitante de la comunidad riobobera, envía una carta al Consejo de La Grita para solicitar una escuela para esta comunidad (Moreno, 1982).

El Consejo de La Grita en su informe a la Asamblea Legislativa señala la necesidad de crear una escuela primaria de ambos sexos en San José de Bolívar y San Simón.

A pesar de dicha solicitud, no fue sino hasta el 6 de mayo de 1907 cuando el Ministerio de Instrucción Popular y de Bellas Artes por

disposición del general Cipriano Castro, restaurador de Venezuela y Presidente Constitucional de la República, que se crea la Escuela Nacional de Primer Grado para varones con destino al estado Táchira, San José de Bolívar.

Desde la creación de la primera escuela construida en esta población se han ido creando otras instituciones educativas para solventar la falta de entidades educativas en la zona y facilitar el estudio a los habitantes del pueblo, entre ellas:

- 1956, 1957 Grupo Escolar “Regina de Velásquez”.
- 1971, Escuela Nacional N° 845 Mesa de San Antonio.
- 1971, Escuela Unitaria N°146 Las Cruces. Aldea La Colorada.
- 1973, Escuela R.1 Caserío Caricuena. Aldea Mesa de San Antonio.
- 1974, Construcción de la Escuela Unitaria N° 313 de la Aldea Los Paujiles.
- 1974, Construcción Escuela Unitaria N° 337. Las Mesas de Quebrada Grande.
- 1974, Construcción del Liceo San José de Bolívar.

- 1976, Construcción de la Escuela Unitaria Estatal R-1 N°48. Los Pozuelos. Aldea Río Azul.
- 1976, Construcción de la Escuela R-1 N°143 Estatal Unitaria. Aldea Río Azul.
- 1976, Construcción Escuela R-1 N° 320 Aldea Mesa de Guerrero.
- 1977, Construcción de la residencia para estudiantes “Profesor Pedro Contreras Pulido”.

Otras instituciones que funcionaron en la institución fueron la Escuela Unitaria Rotativa creada en el año 1945, la Escuela Nocturna del estado N°144 y la Academia de Comercio para jóvenes y señoras casadas creada el 15 de septiembre de 1974.

Entre las misiones que han funcionado en esta población se encuentran:

- Misión Robinson I y II.
- Misión Ribas: para obtener el título de Bachiller Integral.

- Misión Sucre: estudios a nivel universitario en: Educación, Gestión Social, Gestión ambiental, Sistemas, Turismo, Administración y Agroalimentaria.

Actualmente la Escuela Básica “Regina de Velásquez”, escuela primaria de la capital del municipio Francisco de Miranda, tiene una matrícula de 239 estudiantes, de los cuales 122 son varones y 117 son hembras.

Por su parte, La Escuela Técnica Agropecuaria “San José de Bolívar”, dedicada a la educación secundaria de la población suma 37 promociones de Bachilleres en Ciencias, 26 promociones en Fitotecnica y 5 promociones en Ciencias Agrícolas.

2.3.6 Aspectos tecnológicos y comunicacionales

El municipio Francisco de Miranda es una especie de pueblo escondido entre montañas, que hasta hace poco se encontraba desconectado de las redes sociales, los buscadores de internet y hasta de la cobertura móvil.

Actualmente este pueblo cuenta con tres emisoras radiales: Tropical Bolívar 98.7 FM, fundada en el año 2002; Florenta Stereo 99.9 FM, fundada en el 2006 y Cima Radio 100.9 FM, fundada en el año 2009, tal y como lo dan a conocer las autoridades del municipio.

Los habitantes de San José de Bolívar se mantienen informados a través de los mensajes que emiten estas tres emisoras radiales, pues actualmente funciona como único medio conector entre sus pobladores.

Sin embargo, a través de los años se han ido creando centros de internet para mantener actualizados a los hombres y mujeres de este poblado con el resto del mundo. En el 2003 se inauguró el primer Cyber llamado “CyberMarla.com” el cual continúa funcionando en la actualidad.

Otros centros de internet que funcionan en la actualidad son: “Fullnet”, el cual abrió sus puertas a finales de 2005 y CyberRock, inaugurado en abril de 2012.

A finales del año 2007 comenzó a funcionar la cobertura móvil, con dos líneas de telefonía específicamente. Momento desde el cual la población comenzó a disfrutar del servicio celular para acortar distancias y mantenerse comunicados.

2.3.7 Costumbres y festividades

San José de Bolívar y las cuatro aldeas que lo conforman se caracterizan por ser un pueblo con muchas festividades durante el año. La primera de ellas se celebra el primero de enero con la llegada del año nuevo. Momento en el que la población se concentra en la plaza Bolívar (plaza principal del poblado rodeada del comercio riobobero) para participar de toda una noche de baile hasta el amanecer.

El seis de enero muchos jóvenes se reúnen para celebrar el día de reyes, la paradura del niño Jesús y la parranda de negros, por lo que realizan un “casa a casa” por todo el municipio en busca de donaciones para realizar la fiesta en honor a estas tres conmemoraciones.

El dos de febrero se festeja el Día de la Candelaria, momento netamente eclesiástico en donde se realiza la bendición de velas y se hace una procesión por las principales calles de San José de Bolívar.

En carnavales, niños y jóvenes salen a las calles para mojar con agua y pintura a todo el que salga de sus casas. Además, los más pequeños salen a la plaza Bolívar disfrazados para compartir en familia.

En marzo llega la celebración de las Ferias y Fiestas de San José de Bolívar en honor al patrono San José. Momento en el que se realiza la elección de la reina, cabalgatas, carrozas con temas alusivos a las tradiciones del pueblo, la misa en honor al santo patrono, presentación de cantantes y grupos de danzas en la noche de la serenata a San José, además de exposiciones ganaderas y actividades deportivas.

Durante la Semana Mayor o Semana Santa se realizan oficios religiosos y la escenificación de La Pasión y Muerte de Jesucristo. En mayo para la festividad del Día de las Madres se realiza una fiesta en honor a ellas y se entregan regalos.

La navidad comienza con el encendido de luces el día del Pregón navideño, noche en la que se realizan actos culturales en el atrio de la iglesia. Además de esto cada uno de los habitantes de las aldeas, caseríos y sectores del pueblo realiza las vísperas de la navidad, y decoran carrozas con el tema decembrino y realizan las misas de aguinaldo desde el 16 hasta el 24 de diciembre.

El 26 y 27 de diciembre realizan el amanecer campesino y llanero. Los habitantes participan de la fiestaailable con estos dos géneros musicales en la pista de baile de la plaza Bolívar.

Además durante el 26 y 30 de diciembre se llevan a cabo Los Juegos de Antaño, momento en el que niños y jóvenes participan de diversos juegos típicos como: jaleo de cabuya, carrera de encostalados, la papa en la cuchara, siete piedritas, el fusilado, el palo encebado, el cochino engrasado, el encuentro de futbol masculino y femenino entre casados y solteros, entre otras actividades.

El 31 de diciembre las familias se reúnen primero en sus casas para percibir la quema de pólvora, darse el Feliz Año y reunirse en la pista de baile de la plaza Bolívar para la fiestaailable.

Además de estas festividades, en la población existe una costumbre denominada “el velorio del angelito”, que es cuando muere un niño y la población se encarga de llevar cintas de colores para cubrirlo, mientras diversos grupos de cantantes y músicos de la población entonan

cantos por el alma del pequeño, tal y como lo expresan los abuelos de San José de Bolívar.

2.3.8 La Salud en la región

Actualmente el municipio Francisco de Miranda cuenta con varios ambulatorios distribuidos por su capital y por las aldeas que la conforman para brindar asistencia médica inmediata a la población en general.

El Ambulatorio Rural Tipo II “San José de Bolívar” atiende a un aproximado de seis mil pacientes anualmente, según un estudio realizado por la Dirección de Desarrollo Social y Salud de la Alcaldía del municipio Francisco de Miranda.

Este ambulatorio cuenta con dos doctores, siete enfermeras, un bionalista, un odontólogo, dos vigilantes nocturnos, dos aseadores, cinco camareras y cinco choferes para las dos ambulancias con las que cuenta este centro de salud. Sin embargo, el estudio realizado por la Dirección de Desarrollo Social y Salud de la Alcaldía determinó la falta de un transporte rústico para el traslado de médicos y pacientes a las aldeas y caseríos más alejados.

Otro de los centros de salud existentes en el pueblo es el Ambulatorio Rural Tipo I “Mesa de San Antonio”, que atiende, según el estudio realizado por la Dirección de Salud de esta entidad, a un aproximado de 1200 pacientes anualmente.

Este centro cuenta con una enfermera, un vigilante, dos aseadoras y una camarera, debido a que el médico que atiende en estas instalaciones es el mismo del Ambulatorio Rural Tipo II de San José de Bolívar.

El Ambulatorio Rural Tipo I de Río Azul es otro de los centros médicos del municipio Francisco de Miranda, en el cual laboran una enfermera, un vigilante, un aseador y una camarera.

Barrio Adentro Tipo I: Consultorio Popular Las Tres Marías se encuentra ubicado en la capital San José de Bolívar y, según el estudio realizado por la Dirección de Desarrollo social y Salud, atiende a unas 1524 personas al año. Cuenta con una enfermera, un vigilante, un aseador y una camarera.

Las emergencias de mayor complicación médica son tratadas en el Hospital Central de San Cristóbal, por lo que el paciente es trasladado en alguna de las dos ambulancias hasta la capital del estado, ubicada a unas dos horas y media de la población de San José de Bolívar.

2.3.9 Gastronomía Riobobera

Este pueblo del estado Táchira se caracteriza por contar con una gastronomía muy particular; entre sus platos emblemáticos se encuentran:

2.3.9.1 Platos típicos

- Pizca andina.
- Morcilla.
- Morcón relleno.
- Hallacas de maíz.
- Mute.
- Pasteles.
- Perico.
- Hervido de gallina.
- Ajiaco.
- Mazamorra.
- Cochino frito.
- Sopa de arveja.
- Sopa de guineo negro.
- Caldo de papa.

- Arepa de maíz tierno.
- Chinchurria.

2.3.9.2 Bebidas típicas

- Masato.
- Calentado.
- Mistela.
- Guarapo de caña.
- Chicha andina.
- Piñita.
- Agua miel.

2.3.9.3 Dulces típicos

- Dulce de piña.
- Dulce de Cabello de Ángel.
- Dulce de guayaba.

- Dulce de arequipe.
- Melcocha.
- Dulce de leche.
- Bizcochuelo.

2.3.10 Riobobo un espacio del arte

Los habitantes del municipio Francisco de Miranda poseen su propio código a la hora de la vestimenta, de sus ritmos musicales y de la confección de piezas artesanales, de pesebres, entre otros objetos.

Sin embargo, las generaciones más jóvenes se han ido contaminando con las costumbres de las grandes ciudades, lo que ha ido cambiando algunas de las marcas más características de esta población, así lo dan a conocer sus habitantes más viejos.

A pesar de esta situación, la población se ha encargado de llevar la enseñanza de su artesanía a las generaciones más jóvenes a través de diversas técnicas, entre las que se pueden mencionar la elaboración de carrozas con temas artesanales del pueblo. Los profesores tienen entre sus funciones rescatar las costumbres de las generaciones rioboberas,

por lo que entre sus actividades envían trabajos, obras de teatro, entre otras asignaciones que contengan la enseñanza del arte riobobero.

2.3.10.1 Vestimenta

La vestimenta, según cuentan las generaciones más viejas, se caracterizaba en las mujeres por un vestido corriente de falda larga y corpiño apretado; con el tiempo apareció la moda del chalequito que tenía muchas borlitas.

En los niños se utilizaba una especie de camisón largo que les llegaba hasta las rodillas en el caso de los varones y a las hembras hasta los tobillos. La tela para las niñas era una “holandilla” y para los niños se llamaba “Pan de Pobre” (Moreno, 1982).

Los hombres utilizaban el típico pantalón color kaki, acompañado de una camisa blanca de botones y a tres cuartos y un sombrero tejido con una planta llamada junco.

Para el calzado se usó mucho la llamada “alpargata” y luego las chinelas que tenían punteras de cuero. Con el tiempo legaron los botines que se llamaban “brecas”, tal y como lo cuentan las generaciones más viejas del pueblo.

2.3.10.2 Vasijas y pesebres

A la hora de hablar de las fiestas navideñas, los habitantes de esta población realizan los pesebres confeccionados con lama, musgo y flores. En su mayoría estas elaboraciones son de grandes tamaños y se encuentran situadas en la sala de estar de las familias.

Para comer, usaban vasijas de barro, cucharas de palo y los pocillos eran chúcaras o jícaras. El agua era cargada en calabazas de un saliente que corría por la mitad del pueblo (Moreno, 1982).

En “pilones” molían el maíz o el trigo para sacar la harina, y asaban las arepas sobre piedras. Con el tiempo, comenzaron a usar el “budare”.

2.3.10.3 El chimo

Los antepasados del municipio Francisco de Miranda dieron a conocer una sustancia derivada del tabaco llamada “Chimú” cuyo verdadero nombre es “Chimó”.

Para su elaboración se recolectaban hojas de tabaco, se extendía en cadenas sobre pieles de ganado o sobre pisos limpios hasta secar.

Cuando las hojas estaban marchitas las recogían en un montón y les ponían una prensa de piedra para que tomara más fuerza el “chimó”.

Sus pobladores cuentan que después de dos días del proceso anterior, lo ponían a coser con agua en una caldera o paila de trapiche. Al estar desechas, sus hojas se exprimían y el jugo, que lo llamaban “amiche”, era de nuevo cocido a fuego lento hasta mermar.

Una vez que llegaba a su punto de cocción, que se determinaba cuando se despegaba totalmente del caldero o cuando se alzaba un poco de la paleta o al aparecer unas burbujas, se aliñaba.

El aliño consistía en preparar unas conchas de plátano al humo o al sol y al estar bien secas se molían y se les agregaban al chimó. La primera ceniza cambiaba de color pero al ser batida volvía a tomar su color original, es decir, negro. Este chimó era elaborado para el consumo particular.

2.3.10.4 Música

Según Moreno (1982, p.214) el primer instrumento musical mecánico que llegó a San José de Bolívar se llamaba “vitrola”, y fue traído en el año 1915 por el señor Estanislao Caro. Después, un clarinete propiedad del señor Luis Romero. Otros instrumentos usados fueron el tambor, el cacho, la charrasca de madera, el cuatro, las maracas y el triple.

“Actualmente es el grupo musical Los Guacharacos quienes representan la esencia musical, que nos dejaron nuestros antepasados, que ahora llevan los hijos y nietos con nuevos acordes de lo que hoy se conoce como merengue campesino, pero sin perder la esencia del olor al campo riobobero” (Ramón y Rivera Aretz, 1961:15).

Esta agrupación se encarga actualmente de animar fiestas, matrimonios, cumpleaños y todas las actividades realizadas dentro de la población y hasta en los demás pueblos del estado Táchira, que piden ritmos como el merengue campesino para mantener la costumbre de escuchar música de campo y no otros ritmos venidos de otras zonas del país o del mundo.

Capítulo 3: MARCO METODOLÓGICO

Este trabajo investigativo está orientado a un procedimiento cualitativo, de carácter etnográfico debido a que la construcción de las crónicas de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, buscará rescatar la memoria histórica de sus pobladores para hacerla perdurable en el tiempo a través de las técnicas que ofrece este método de investigación.

La etnografía, (del griego, *ethnos* —εθνος, "tribu, pueblo"— y *grapho* —γραφω, "yo escribo"—; literalmente "descripción de los pueblos"), como parte del método cualitativo, proviene de la antropología social ya que facilita la comprensión de un ámbito sociocultural con identidad propia.

Este método que insiste en la recolección de datos desde el propio terreno tiene como fuentes de información los propios habitantes de determinadas comunidades para describir sus costumbres, tradiciones y su forma de vida.

“Una etnografía es, en primer lugar, un argumento acerca de un problema teórico-social y cultural suscitado en torno a cómo es para los nativos de una aldea... vivir y pensar del modo en que lo hacen.” (Gúber, 2001, p.121).

Con relación al método etnográfico, Guerrero (2002) señala:

La investigación cualitativa y el método etnográfico como parte de esta se han revalorizado por la necesidad de entender “al otro”, como resultado de las emergencias sociales que han provocado el resurgimiento, la construcción, revitalización de nuevos actores y de nuevas identidades sociales...

“Los investigadores cualitativos usan el método cualitativo para captar el conocimiento, el significado y las interpretaciones que comparten los individuos sobre la realidad social que se estudia y es definida como un producto histórico...” (Bonilla y Rodríguez, 2005, p.92).

De allí que, para mantener viva la trayectoria de estos actores símbolos de esta región andina, se hace necesaria la comprensión del modo de vida de los pobladores de San José de Bolívar, momento en el que toma fuerza la observación que proporciona la etnografía en la comprensión de la manera de vivir de los rioboberos.

3.1 Nivel y diseño de la investigación

Una investigación científica, vista como un proceso orientado a la solución de un problema determinado, posee diversos niveles investigativos de acuerdo al grado de profundidad. Según Arias (2006), la investigación científica, según sus niveles y diseños, se define en exploratoria, descriptiva, explicativa y documental, de campo o experimental.

“La investigación exploratoria es aquella que se efectúa sobre un tema objeto desconocido o poco estudiado, por lo que sus resultados constituyen una visión aproximada de dicho objeto, es decir, un nivel superficial de conocimientos.” (Arias, 2006, p. 23).

En la descripción de la investigación de campo Arias (2006) señala:

...es aquella que consiste en la recolección de datos directamente de los sujetos investigados, o de la realidad donde ocurran los hechos (datos primarios), sin manipular o controlar variable alguna, es decir el investigador obtiene la información pero no altera las condiciones existentes. De allí su carácter de investigación no experimental.

De acuerdo a lo anterior, esta investigación corresponde a un estudio de campo de carácter exploratorio. En primer lugar, las personalidades emblema del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, corresponden a un instrumento investigativo poco estudiado, debido a que la comunidad de San José de Bolívar se ha encargado de mantener vivo el nombre de estos actores representativos en el desarrollo de la población a través de la palabra hablada, pero no existe un texto escrito que registre la trayectoria de los símbolos rioboberos y el aporte que estos le han otorgado a la comunidad.

Tras la ausencia de material documental sobre el tema, este trabajo sugiere la recolección de datos desde el testimonio directo de sus protagonistas. Lo que traerá consigo información innovadora para darla a conocer a las nuevas generaciones y con ello rescatar y preservar la memoria histórica del municipio Francisco de Miranda.

3.2 Técnica e instrumentos de recolección de datos

Esta parte de la investigación se divide en dos fases. La primera fase corresponde a la selección de las personalidades que serán objeto de estudio para la crónica. La segunda tiene que ver con la obtención de los testimonios para la elaboración de los relatos.

Como no existe un documento que contenga el total de figuras representativas, el instrumento seleccionado es la entrevista directa con las autoridades del municipio, quienes por su peso dentro de este espacio histórico y geográfico deben ser entrevistadas. También se buscará la opinión de todas aquellas personas que dirijan fundaciones o instituciones dedicadas a la cultura del Municipio Francisco de Miranda y, por último, aquellos adultos mayores que hayan sido objeto de consulta para otros trabajos de investigación de San José de Bolívar también servirán como fuentes de información directa.

Para la información sobre la trayectoria de vida de los personajes seleccionados, se hace oportuna la escogencia de la entrevista como instrumento de investigación.

Arias (2006) señala:

La entrevista, más que un simple interrogatorio, es una técnica basada en un diálogo o conversación “cara a cara”, entre el entrevistador y el entrevistado acerca de un tema previamente determinado, de tal manera que el entrevistador pueda obtener la información requerida.

Una vez descrito lo anterior, este trabajo utilizará la entrevista para la recolección de los datos. Sin embargo, las entrevistas serán aplicadas desde su clasificación informal o no estructural, debido a que se espera captar la confianza del entrevistado a través de un diálogo fluido en el que la personalidad hable de su vida de una manera despreocupada, sin limitaciones de tiempo o de estructuras rígidas que interrumpen la conversación con los personajes.

Arias (2006) explica que en la entrevista no estructurada no se dispone de una guía de preguntas elaboradas previamente. Sin embargo, se orienta por unos objetivos pre-establecidos, lo que permite definir el tema de la entrevista. Es por eso que el entrevistador debe poseer una gran habilidad para formular las interrogantes sin perder la coherencia.

Las entrevistas serán aplicadas directamente a cada uno de los personajes emblemáticos del municipio Francisco de Miranda, estado Táchira, que formarán parte del seriado de crónicas. En el caso de los personajes ya fallecidos se entrevistará a los familiares directos o vecinos que posean una gran vinculación y un conocimiento amplio de la obra y vida del personaje seleccionado.

Arias (2006) manifiesta que la entrevista como técnica de recolección de datos se caracteriza por su profundidad, pues indaga de forma amplia en gran cantidad de aspectos y detalles mientras que, a diferencia de la encuesta oral, el abordaje se realiza de manera superficial y se abarca uno o muy pocos aspectos.

A través de cada entrevista se ofrecen pequeñas historias sobre el desenvolvimiento de la población riobobera a través de los años, debido a que cada personaje tiene la particularidad de desempeñarse en diferentes áreas.

A la hora de hablar de la lista de personalidades emblema, San José de Bolívar y las cuatro aldeas que lo conforman no poseen una lista que reúna a la totalidad de símbolos de esta región. Motivo por el cual la selección está basada en la escogencia de un representante por área de actividad, por lo que se construirán diez crónicas específicamente.

Para la construcción de los relatos se utilizarán las técnicas descritas por los teóricos de la crónica como género periodístico de no ficción, con el objetivo de crear la trayectoria de vida de estos personajes. Además, se pondrá especial énfasis en la huella que cada personaje ha marcado dentro del municipio Francisco de Miranda.

CAPÍTULO IV. SERIADO DE CRÓNICAS

ECOS DE UN PUEBLO



I

Unas montañas enormes que acarician el cielo. Un verde pasto, casi fluorescente. Un cielo a veces azul celeste y en ocasiones blanco espuma. Un lugar escondido en el corazón del Táchira.

Unas casitas diminutas al final de 87 kilómetros de curvas y barrancos peligrosos. Muchas capillas de muertos en la carretera, más tres horas de viaje; y de repente, por fin aparece. Escondido de la gente, como si no quisiera que lo encontraran. Ahí está: detrás de los árboles, después de un viejo puente, olvidado y oxidado, él aparece.

Es un valle, no cabe duda. Es una pintura a escala real, una fotografía en la cámara de un turista. Es el retrato de su gente. Es la abuelita que hace pan y la que confecciona artesanías. Es el señor que vende lotería, es el apodo de sus familias. Son las casitas de bahareque y de tierra pisada. Es todo.

Es un minúsculo espacio que contiene vida, una vida tranquila y diferente al resto del país. Es un lugar sin violencia y sin tráfico. No hay estrés, ni hay horas picos.

Tampoco hay cifra de asesinatos, ni una morgue atiborrada, pero sigue siendo un valle, como la Caracas que muchos adoran, pero no es Caracas, está 24 horas más allá, varios estados después de la ciudad de los techos rojos. Está en el Táchira, en la mitad de su mapa geográfico, pero sus techos no son sólo rojos; son coloridos, tienen un rubor natural, como las mejillas de su gente.

Este lugar apartado es el Valle del Espíritu Santo, hoy San José de Bolívar. Un pueblito de asfalto empedrado con gente gocha. Muy gocha. Con potreros y matas de café, con pan campesino remojado con café serrero y aguamiel clarita. Con arepa y pizca andina al desayuno. Con

olor a ordeño y a fogón de leña y con música campesina: un pueblo que baila al ritmo del cuatro, las maracas y la bandolina. Ese es el pueblo de los rioboberos y ese también, es el pueblo de Armando. De Armando Vivas.

Ese paisaje es el que le inspira. De ahí salen sus letras y sus melodías y a él mismo le canta. No hay verde que él no sienta, ni hay olor que no perciba. No hay sabor que para Armando no contenga su propia historia y ritmo. Una música que no pueda llamarse de otra manera como que lo que es: *música campesina*.

Armando no es músico de profesión, nunca vio en la música un trabajo y ni siquiera una manera de ganarse la vida. Él es músico porque le gusta. Sólo por eso. También hace música porque le apasiona su pueblo; por eso sus letras y melodías son todas sobre San José de Bolívar y sobre la magia que lo rodea.

Cada rincón es una fuente de inspiración: Una piedra sobre el Rio Bobo, mientras la vista se pierde sobre su caudal lento y silencioso; Una montaña perdida entre tanto verde, una tarde de lluvia, una ventana con vista hacia la neblina baja. La fachada de una casa vieja, el recuerdo de un momento especial o quizá, también, una cúpula desgastada por los años.

Desde allá arriba todo es diferente. Hasta la brisa es menos densa. Desde aquella cúpula la vista es la mejor de todas. Es un balcón único.

Son 360 grados de pueblo; del nuevo y del viejo. Es el primer anuncio de la lluvia. La primera brisa de la mañana, la primera mirada hacia la luna y el último reflejo del sol. Allá arriba se nota el antes y el después. Se recuerda mejor. Se compara. Se borra y se vuelve a dibujar; se borra y se vuelve a escribir; se calla y se sigue cantando.

Desde aquella cúpula pueden salir las mejores ideas, las mejores canciones y las mejores melodías y desde allá arriba se escucha el sonido de una canción y la voz de su cantante. Desde allá arriba entran y salen los ecos de un pueblo y se esparcen por todos lados.

Entran por las ventanas de las diminutas casitas, se propagan con el aire, llegan hasta las aldeas y se escuchan en otras ciudades, donde están los otros rioboberos: los que emigraron, los que ya no están, pero que aún siguen siendo rioboberos fuera de su Riobobo.

Desde aquella cúpula se puede ver el San José de Ahora, el de antes y el de siempre y desde aquella misma torre solitaria se escucha la voz de Armando: el cantante, el músico, el Vivas, el Guacharaco, como sea que lo conozcan; como sea que le digan, pero sigue siendo el mismo: Armando, el que le canta a San José de Bolívar. El que le canta a su gente.

II

Tres pisos más arriba del templo; después de varios escalones desprendidos y el vaivén de un pasamanos suelto; más una pared

escamada y varios pedazos de concreto huecos, está la cúpula de la iglesia.

Desde este diminuto espacio, dos por dos, se puede tener una vista espectacular. Desde allá arriba se ve en su totalidad todo San José de Bolívar y hasta las casitas lejanas de las aldeas que lo bordean y desde allá mismo se escuchan los sonidos del pueblo.

Al fondo de aquella vista, si se mira hacia abajo, están las casas del pueblo, los negocios, las escuelas y liceos, la alcaldía, la plaza Bolívar, la heladería de la esquina; la nueva panadería del centro y la vieja panadería del centro, la antigua oficina de correos, los dos nuevos bancos, las tres emisoras radiales y su gente ocupada, y la desocupada también, y desde allá arriba se escucha como alguien desde su casa sintoniza una de las tres emisoras y desde su radial salen como escupitajos las voces de varios rioboberos; entre ellos la voz de Armando.

La canción suelta versos sobre San José y sus pueblos vecinos. También habla sobre el cariño hacia su gente y sobre su trabajo. El tema trae un ritmo guacharachero pero pegajoso; es un ritmo particular; un sonido único; es un tema riobobero. Una canción que sólo se escucha aquí y en las casas de los rioboberos de afuera.

Esta canción es de Los Guacharacos. De Armando y los familiares de Armando. Todos músicos. Todos de oído. Ninguno estudiado. Su música es la herencia de su padre: Don Amador Vivas, conocido en San José de Bolívar por la música de su bandolina. Él era el mejor con este instrumento. No tenía padrote. Ahora sus hijos lo imitan y lo hacen bien y hoy alguien en su casa los sintoniza.

Hasta allá arriba suena su melodía y se esparce por todo el pueblo.

Hoy, un día nublado como cualquier otro. Un día de esos que muchos llaman gris pero ¡No de tristeza, sino de color! De puro color, se emociona con las cuerdas de un merengue campesino.

Son las dos y media de la tarde. De cualquier tarde en San José de Bolívar y desde allá arriba se ven las cantinas abiertas y dentro de ellas los tomadores hacen vida a diario.

Para ellos, tal vez es un viernes o un sábado; pero no, hoy es martes y desde sus asientos se beben sus botellas de miche cañero, de ese que preparan por la zona y que hoy lo beben mientras celebran por cualquier cosa: un matrimonio, un nuevo trabajo, un dinerito extra, un despecho o simplemente porque sí, porque les provoca y lo hacen con un fondo musical, un fondo en el que la voz de Armando sigue sonando con fuerza.

A veces su voz pareciera estar en cualquier parte. En las emisoras los ponen a cada tanto. Es talento riobobero. Es música local y las leyes de la radiodifusión exigen que cierto porcentaje de su sintonía sea para el tributo de sus propios talentos y en San José de Bolívar eso es Ley y se cumple.

Armando y sus letras y la de sus hermanos suenan muy seguido. En las casas de los rioboberos, en las oficinas de los empleados públicos, en los sonidos de los carros y en las cantinas del pueblo, en las que un martes cualquiera o un lunes o quizá un jueves, alguien lo sintoniza para brindar por cualquier cosa y por la música misma; para que viva y para siga viviendo la música de Los Guacharacos, la música de Armando, el merengue campesino, el merengue campesino riobobero, el merengue que toca Armando para sus rioboberos.

Armando Vivas, ese de estatura media, ojos azul aguamarina, delgado, cabello rubio, toca instrumentos desde que tenía 14 años de edad, cuando vivía en La Playa, de donde viene toda su familia, un caserío de Queniquea, el pueblo vecino.

Cuando era joven decidió junto a sus hermanos y primos (Ramiro, Terecio, Ítalo, Elías y el propio Armando) formar un grupo: **Los Five de La Playa**, así se llamaban. Five porque eran cinco y Playa porque de ahí venían y desde entonces comenzaron a formarse en la música.

En aquella época todo era sobre ritmos urbanos, algo de rock, algo de baladas, un poco deailable y muy poco de campesino; pero con el tiempo eso cambio y ahora todo se trata de la música del pueblo, de uno sólo: de San José de Bolívar, de sus aldeas y de los lugares vecinos, más nada. Eso es lo que muestran y eso lo que son.

Este músico riobobero también esconde otra pasión. Ama las cámaras y los recuerdos y lo que pueden hacer ambos juntos. Desde hace años colecciona momentos especiales: cumpleaños, festivales, tradiciones, misas, primeras comuniones, matrimonios y reencuentros.

En su casa, ubicada en un sector del pueblo llamado Campo Alegre, tan alegre como su música, esconde un archivo de momentos rioboberos. Una biblioteca repleta de pasado y de música. De la música de antes, de la de ahora y de nuevas inspiraciones para las que vendrán.

Armando también es maestro, pero tampoco de profesión. Él le enseña música a todo el que llega hasta su puerta para pedirle el favor. Su hija menor, Leydi Yuleima, es su orgullo como estudiante, juntos han llevado la música campesina a muchos rincones venezolanos.

Han ganado festivales, voces rurales y estatales, han participado en concursos nacionales y todos sus temas hablan del pueblo y de su magia.

Sus letras nombran al río y su caudal, a sus calles tapizadas con piedras, a sus enormes montañas y a sus paisajes irreales.

Sus melodías en cambio esconden aromas, sabores y sensaciones. Sus canciones no son más que eso. Armando y su música no son más que San José de Bolívar con su gente, con sus ritmos y sus ecos.

III

Desde allá arriba, desde aquella cúpula, en voz baja. Total silencio. Quizá uno que otro murmullo, se escucha y se ve todo lo que pasa allá abajo en dónde está la magia, en dónde está el trabajo; en dónde transcurre la vida riobobera y desde allá mismo se puede recordar el pasado o intuir el futuro.

Allá arriba se ve y se compara. Desde aquella cúpula se ven las nuevas casas, las nuevas calles, los nuevos cambios. Se puede ver donde antes había potreros y ahora hay negocios; en donde había trapiches paneleros y ahora sobresalen los escombros de sus recuerdos.

Desde aquella cúpula se ven los detalles de tres campanas de hierro que conviven solitarias ante el recuerdo de un sonido obsoleto que fue sustituido por las bocinas de un parlante pre grabado.

Desde allá arriba donde todo pasa y todo se ve pasar, también se puede recordar. Es como echar a andar a la imaginación para donde ella quiera. En retrospectiva tal vez, o un poco hacia delante o en el momento actual, para donde sea.

Desde allá arriba se ve la plaza Bolívar, con sus cuatro bordes, con sus bancos repletos de pensamientos de su líder insigne, con sus pinos recortados, con sus faroles de luz y con sus recuerdos de épocas pasadas.

Aquella plaza es y ha sido el centro de todos los acontecimientos rioboberos. Desde ella se ve la cúpula y en ella los niños y jóvenes pasean cada tarde. Todos los días. Todo el año. Una vida.

En aquella misma plaza hay un pedazo de asfalto que no tiene piedras, que es diferente al resto y sobre este pedazo los rioboberos han bailado por años cada fiesta que se hace en el pueblo.

En primera fila los rioboberos han podido disfrutar de los conciertos de Los Guacharacos, ese grupo en el que está Armando, ese que se fundó en el 99 y que desde entonces no ha parado de sonar entre sus calles.

El zapateo de la música campesina no es nada complicado, pero para bailarlo se debe llevar al pueblo en las venas, en la sangre y si sale en la partida de nacimiento el baile saldrá mucho mejor.

Se empieza en pareja. Una mano en la cintura y la otra en la mano del acompañante. Ambos pies van separados el uno del otro y así comienza el zapateo.

La pista se inaugura con un primer brinco y de ahí se sigue con pasos largos de un lado a otro.

El ritmo de esta especie de “son campesino” es de dos pasos a la derecha y dos a la izquierda con brincos suaves hacia ambos lados y mientras los pies hacen lo suyo, los brazos, semi- flexionados, suben y bajan como en forma de aleteo de gallina y así hasta que el cuerpo aguante.

Desde aquella cúpula todo se ve y todo se recuerda.

Cuando el paisaje deja de ser color sepia, el recuerdo termina y el presente aparece; entonces, ya no hay fiesta; ya no hay gente vestida con pantalones color kaki arremangados, ni camisas de botones; tampoco usan alpargatas ni usan ruanas y pasamontañas; aquella forma de vestir se queda guardada en el pasado riobobero y la gente cada vez se parece más a las modas citadinas, a esas que se copian de la televisión y que en nada se parecen a la forma de vestir de los páramos venezolanos.

Cuando el pasado se va, cuando la neblina lo borra; llega el presente y con él los sonidos cambian y ahora en la cúpula se escucha otra melodía, algo más lenta y reflexiva que viene de sus propias paredes.

Tres pisos por debajo de aquel balcón está el templo en el que los rioboberos asisten a misa y al fondo de sus escaleras, más allá de las butacas de madera, está un hombre frente a un teclado.

Su índice derecho presiona con firmeza y suavidad una tecla color blanco y su idéntico izquierdo presiona otra; de inmediato ambas manos adoptan una postura erguida y seductora que se desliza por el conjunto armonioso de fichas blancas y negras.

Una melodía comienza a invadir las cuatro esquinas de aquella estructura y llega hasta la cúpula del templo, en donde se esparce con el aire por cada calle, por cada casa y llega a todos los rincones del pueblo.

Ya se no escuchan las campanas que hace cinco segundos retumbaban dentro de la iglesia, tampoco se oyen los murmullos de los feligreses que acudieron a misa y que chismorrean un rato antes del sermón litúrgico.

Ahora todos están en silencio, sólo oyen la música de un teclado al fondo de la iglesia y miran como un par de manos blancas avisan, como en una señal, que la misa ya comenzó

Ese también es Armando: el hombre al final del templo, el de las manos blancas sobre el teclado. Él también canta dentro de aquella estructura inspiradora, lo hace desde hace años. Gratis. Porque quiere, porque le gusta. Solo por eso.

Y desde aquella cúpula su voz se sigue escuchando. La del templo con sus hombres de fe, la de la cantina acompañada con un sorbo de miche, la de las fiestas en la plaza, la del recuerdo de su padre: don

Armador Vivas y la de cualquier riobobero que la sintoniza desde su casa para recordar que eso es música riobobera, que así suena su pueblo, que eso es San José de Bolívar: un pueblo escondido entre cuatro montañas que baila con la música de Armando; un pueblo que se mueve al ritmo de los Guacharacos. Ese es el eco de este pueblo, ese es el eco de San José de Bolívar.

LAS GORRAS DE UN NIÑO VIEJO

Incluso antes de que naciera ya el doctor le había detectado algo inusual. “El niño viene con problemas, no le va a servir para nada”, fueron las palabras del experto de bata blanca.



Cada vez que se la quita, destapa su edad. Los que están sentados a su lado tienen la sensación de estar junto a un niño de unos ocho años, pero de repente él decide quitársela y en su cabeza aparecen un montón de hebras plateadas que muestran unas facciones muy maduras.

Entonces, se la pone de nuevo.

Desde hace varios años, Cheo: Estatura baja, ojos café, delgado y cabello corto, colecciona gorras. Es raro, verlo sin una puesta. Siempre lleva una; pero no lo hace para esconder su edad; esa es una ventaja asociada a su extraño hábito de coleccionar gorras ajenas.

Hoy lleva puesta una camisa de rayas rojas con azul marino, unos zapatos negros casuales que parecieran recién estrenados, un pantalón color kaki, mal cortado al estilo pescador, pues seguramente el que se lo regaló era mucho más alto que él y una gorra azul un poco más nueva que la de hace un par de días.

-¿Qué te regalaron hoy?- le pregunta una mujer de tez blanca, cabello rubio y ensortijado que se sentó a su lado.

Cheo no le respondió, pero se quitó la gorra como para indicarle que ese era su regalo de cumpleaños, aunque en realidad desde hace varios días lleva puesta la misma gorra azul.

Hoy es 18 de mayo y Cheo está cumpliendo años; por eso cada vez que alguien se le acerca se quita la gorra y se la muestra a todo el mundo.

Él no pasa más de tres o cuatro días con la misma gorra, siempre se le ve con una diferente, pero ninguna es nueva; casi siempre usa gorras anémicas y desgastadas que consigue en la calle. A veces hay quienes se las regalan.

Su colección no tiene una cifra, ya que cada vez que consigue una nueva, deja la gorra de turno en cualquier lugar, pero cuando pasa el tiempo regresa por ella y la vuelve a usar.

Hoy luce una gorra algo nueva, es color azul marino y combinan un poco con las franjas de su camisa. En el centro lleva estampado un símbolo que él desconoce, pero que la hace ver diferente a las otras azul marino que ya tiene.

A pesar de estar cumpliendo años, nadie parece estar celebrando con él. Hoy no hay torta, ni regalos. Tampoco hay globos ni fiestas sorpresas y, en cambio, Cheo está como todos los días sentado en el muro, al final de la calle uno del pueblo, viendo a todo el que pasa por su cuadra.

Su mirada muestra la inocencia de cualquier niño, pero sus facciones parecen decir otra cosa. Su rostro muestra las arrugas de un hombre mayor de 40 años; además ya tiene canas y el oído le falla desde hace ya bastante tiempo. También está un poco ciego, camina pausado y ya se le ve una postura algo encorvada; pero aun así él sigue siendo un niño.

En San José de Bolívar todo el mundo lo conoce, él es algo así como: ***el niño eterno de los rioboberos.***

Cheo todavía juega metras, trompo y perinola, además le teme a la oscuridad. Aún vive con su mamá y cada vez que oye un trueno mete la cabeza debajo de las cobijas. No hay discusión. Cheo sigue siendo un niño ¡Viejo, pero niño!

Mientras los de su generación trabajan como oficinistas, maestros, obreros o en cualquier otro empleo, Cheo continúa jugando con los niños de las nuevas generaciones. A veces, pareciera que se quedó estancado en alguna época de su vida en la que sólo existe una infancia eterna.

Pero hoy, él no juega. Mientras un grupo de niños juegan a las muñecas en la casa de su tía, una mujer de estatura baja, cabello negro, de amplio abdomen que se encarga de él desde hace varios años; Cheo, sólo espera callado hasta que alguien se le acerque y le regale una gorra por su cumpleaños número 43.

San José de Bolívar es un pueblo pequeño de tan solo seis calles. Sus pobladores viven de la ganadería de altura y de la siembra de ciertas hortalizas de la zona paramera del estado Táchira. También hay quienes se encargan de la cría de gallinas, cochinos y truchas y algunos sólo se dedican al comercio.

A los alrededores de la plaza Bolívar, frente a la iglesia de la población, se encuentran ubicados los principales comercios rioboberos.

Hoy existen algunas zapaterías, tiendas de ropa, pizzerías y hamburgueserías. También hay venta de dulces típicos y algunos restaurantes y el resto de la población trabaja como maestro, obrero o dependen de la alcaldía del municipio.

No hay gran variedad de empleos, lo que hace que muchos emigren hacia otras ciudades en busca de progreso; pero el caso de Cheo es diferente.

Él nunca ha trabajado y una vez, hace unos diez años, decidió ir a la escuela y fracasó. Tan sólo aprendió a rayar las hojas blancas de los cuadernos sin ningún tipo de orden ni lógica.

Cheo es uno de los pocos casos con síndrome de Down que existen en San José de Bolívar, según los directivos del Instituto de Educación Especial del poblado. Actualmente se habla de tres niños con esta diversidad funcional (término propuesto por la Organización de las Naciones Unidas ONU a finales de 2006).

El primero de los casos es el de Cheo y los otros dos niños tienen entre cuatro y dos años de edad, por lo que apenas están iniciando su vida escolar. Sin embargo, en San José todavía persiste una cultura muy pobre en cuanto a este tema.

Aunque existe una escuela para la diversidad funcional conocida como Escuela Bolivariana para la Diversidad Funcional, antes Instituto de

Educación Especial, ninguno de los niños con síndrome de Down asiste a ella.

Actualmente hay una matrícula de más de 20 niños con diferentes diversidades funcionales, (según datos del Instituto de Educación Especial), pero sólo van a clases unos ocho o nueve estudiantes, de los cuales más del 50% ya superó la edad adulta (25 años en estos casos), por lo que deberían ser insertados en algún oficio, pero en San José esta normativa parece ser un fantasma.

Sólo uno de estos niños trabaja y recibe remuneración inmediata por sus labores y lo hace en el mismo Instituto de Educación Especial como bedel y jardinero.

El resto de las instituciones educativas del pueblo, los dos únicos bancos que allí funcionan y la alcaldía del municipio, parecen haber ignorado la Ley para Personas con Discapacidad, que exige que cada órgano de la administración pública y las empresas privadas deben incorporar a sus planteles de trabajo, no menos, de un 5% de su nómina a personas con diversidad funcional.

Sin embargo, ninguna de las fuentes de empleo rioboberas cumplen con esta ley aprobada por la Asamblea Nacional, por lo que estos niños, incluyendo Cheo, quedan totalmente desamparados, sin ningún tipo de oficio en el que puedan desarrollar alguna destreza que les dé sentido a sus vidas.

Por lo que Cheo, como muchos otros, no hacen nada productivo durante el día y siguen siendo niños eternos, que dependen y dependerán de sus padres y familiares por siempre o por lo menos hasta que se comiencen a cumplir estas leyes en el pueblo.

Hace un par de días un grupo de niños se reunió en los alrededores del terminal de pasajeros de San José de Bolívar para jugar con sus bicicletas y Cheo sólo los miraba desde lejos.

Eran las cinco de la tarde y el último turno de pasajeros hacia San Cristóbal ya había salido, por lo que aquella parada de autobuses parecía más un solitario parque infantil, en el que sólo revoloteaban tres niños con sus bicicletas, que un terminal de pasajeros.

Cheo llevaba más de media hora viéndolos jugar. Cuando los pequeños se reían, él también soltaba grandes carcajadas que estampaba con sus dos únicos dientes delanteros y cuando alguno se caía él mostraba una cara de asombro esperando que se levantara con tan solo unos pequeños moretones y nada más.

Aunque no decía nada, ya que Cheo no sabe hablar y solo balbucea, en el rostro se le notaban las ganas que tenía de jugar con esos niños.

Cada vez que le pasaba una de las bicicletas por el frente, de inmediato se le iluminaban los ojos, pero en el fondo sabía que no podía jugar con ellos. Por tres simples razones: Cheo no tiene una bicicleta, nunca aprendió a andar en ellas y la edad ya se le pasó, por lo que subirse en una resultaría una actividad algo peligrosa para él. Por eso, ese día sólo se reía a lo lejos.

Esa tarde sólo los miraba y jugaba con su gorra gris; esa parecía ser su única distracción. Se la quitaba y la colocaba a un lado de sus piernas; entonces, le sacaba algunos hilos sueltos y se la volvía a poner.

Estaba en eso cuando de repente se desapareció por unos minutos y cuando regresó traía puesta otra gorra diferente. Esta llevaba una bandera de Venezuela en el centro y estaba hecha con los mismos colores de este símbolo venezolano.

Aunque nadie le había dicho nada, esta última combinaba más con su chaqueta azul y amarilla, seguro por eso se la puso; aunque Cheo no sabe distinguir colores.

Ya la edad parece estar afectándole. A pesar de ser *el niño eterno de los rioboberos*, ya Cheo, o Cheíto, como muchos le dicen de cariño, no puede jugar como lo hacen los demás, por lo que en ocasiones se le ve triste y apartado de los otros niños.

Hace muchos años, cuando Cheo tenía menos arrugas y todavía podía correr a la par de los demás jóvenes del pueblo, se lo vivía de un maratón en otro.

En la época decembrina los rioboberos tienen como tradición realizar las vísperas de navidad, que no es más que un desfile de carrozas alusivas a la época durante nueve días, desde el 15 hasta el 24 de diciembre, y Cheo participaba en todas.

Cada aldea y sector del pueblo se encarga de organizar los desfiles, y entre una decoración y otra, visten a un San Nicolás que reparte caramelos por todas las casas del pueblo y que siempre va acompañado de un grupo grande de niños, alrededor de unos 30, 40 o 50, que corren tras el disfraz para recoger del piso los caramelos gratis.

Cheo siempre estaba entre ese grupo de niños. No había carroza en la que él no estuviera recorriendo las calles de San José detrás del San Nicolás, pero desde hace ya varios años no ha podido seguir con su tradición por lo que ahora solo ve pasar la caravana desde su casa o desde la plaza Bolívar, en donde muchos se reúnen para verlos pasar. En ocasiones el sacerdote lo monta en su carro y juntos inauguran cada desfile.

Sin embargo, continúa recogiendo caramelos y utiliza su gorra como una bolsa almacenadora, pues todos los que atrapa van a parar hasta ella. Lo curioso de aquella tradición es que a él no le gusta el dulce y sólo lo hace por diversión, pues cada caramelo que recoge se lo termina

regalando a los niños que no pudieron agarrar dulces durante la caravana.

En el año 2009 fue seleccionado como padrino de los vigésimos (XX) juegos de antaño del pueblo.

En San José de Bolívar, a finales de año, realizan una especie de encuentro con el ayer, en el que niños, jóvenes y adultos participan en unos juegos tradicionales que buscan rescatar las costumbres de los rioboberos y Cheíto quedó estampado en cada una de las medallas de premiación de aquella temporada.

Cada uno de aquellos aros de oro, plata y bronce que entregaban en las premiaciones tenían trazos alusivos a juegos tradicionales como el trompo, los sacos encostalados, la papa en la cuchara, la rueda, el runche y muchas otras tradiciones infantiles en las que Cheo compartía espacio.

Aquella imagen mostraba al niño viejo de las gorras, sin gorra; pero le hacían honor a una de las cosas que él más disfruta. Aunque estos juegos seleccionan un padrino por año, es quizá José Demesio, su nombre de pila y el que casi nadie conoce, una de las más acertadas elecciones para representar estos juegos.

Cheo es, quizá, el único niño que todavía se divierte con juegos tradicionales. Es todo un experto en el trompo, lo suelta a girar hasta sin

cordel. Muchos niños, de distintas generaciones, aprendieron a darle vueltas gracias a él.

Cuando de metras se trata ya se sabe todos los trucos y muchos lo conocen como el niño de la perinola. Además, era él el que empezaba la moda de un juego durante el año.

En ocasiones se ven a grupos de niños reunidos mientras se divierten con juegos tradicionales. Cada juego pareciera tener una temporada distinta; unos meses es el trompo, en otros llega la moda de las metras y de repente le toca a la perinola y así durante todo el año, y siempre es Cheo de los primeros en empezar con el juego de turno.

Cheo mide metro y medio de estatura y su peso no supera los 60 kilos. Tiene un rostro plano, ojos grandes y una nariz chata; además su piel tiende a verse un poco amarillenta, señales claves del síndrome.

Sin embargo una de las maestras que le dio clases durante su permanencia en el Instituto de Educación Especial afirma que solo se trata de un Síndrome de Down leve, también conocido como Mosaico.

El Síndrome de Down es, según los expertos, una de las discapacidades psíquicas cognitivas más comunes, se habla de uno de cada mil recién nacidos.

Según la ONU se trata de la existencia de un cromosoma adicional, llamado cromosoma 21 que se traduce en discapacidad intelectual; de ahí a que Cheo nunca desarrollara su parte académica.

A pesar de ello, cada niño con Síndrome de Down puede desarrollar diversas habilidades para ser reinserado en la sociedad, pero en el caso de Cheo fue introducido a la vida escolar muy tarde, después de los 30 años, lo que retrocedió su proceso de aprendizaje.

Sin embargo, Cheo ha ido aprendiendo diferentes tareas comunes, poco a poco.

Cuando nació parecía más un anciano que un bebé, pero a medida que fueron pasando los años fue recuperando su condición física. Primero no sostenía ninguna de sus extremidades. No tenía el control de ellas; y seis años después de su nacimiento, el 18 de octubre de 1971, aprendió a caminar.

Benarda, su mamá, una señora de 89 años, ciega, viuda, casi sorda y postrada en una cama, cuenta que Cheito aprendió a caminar gracias a un milagro del Santo Cristo de La Grita. Ella que era muy devota

a los santos ofreció, por años, varias promesas por la salud de su hijo, y un día y de la nada, Cheo ya caminaba.

Benarda le agradece a la vida el haberle dado un hijo bajo la condición de Cheo y con rabia recuerda las palabras de aquel médico que alguna vez la atendió.

Incluso antes de que naciera ya el doctor le había detectado algo inusual. “El niño viene con problemas, no le va a servir para nada”, fueron las palabras del experto de bata blanca. Ella lo miró de reojo y se marchó de aquel consultorio.

Hoy, aunque ya no lo puede ver, está feliz de celebrar un año más de vida con su pequeño y mientras ella lo espera en su casa, él continúa esperando por su regalo de cumpleaños: Una gorra que luego irá a parar a cualquier casa riobobera en donde esconde las otras que tiene.

Seguro debe tener muchas, más de 100 a lo mejor, y mientras permanece sentado en el muro de siempre, a dos cuadras de su casa, desconoce que mañana alguien le dará una sorpresa. Mañana recibirá: *su regalo de cumpleaños*.

PÁRAMOS DE ACUARELA



Él todavía estaba en el mismo lugar en el que ella lo había dejado en su último encuentro. Ahí permanecía fiel, como de costumbre. Como siempre lo había hecho. Y ella sabía que ahí mismo se volverían a encontrar.

Él la tentaba y ella se dejaba tentar.

Aquel encuentro era único. Sólo eran ella, él y aquel momento mágico. También lo era la lluvia de fondo, la soledad de aquella habitación, los recuerdos colgados de la pared y las ganas que sentía. Aquellas ganas tan evidentes.

De repente todo comenzaba. La adrenalina invadía el corazón de Marlene y su pulso se aceleraba muy rápido. Era inevitable. Su pasión era demasiado obvia. No podía ocultarla.

Marlene entró a la habitación y allí lo encontró. Estaba en la mitad de un cuarto repleto de recuerdos. Estático, pálido. Por un largo rato se quedó mirándolo sin pronunciar ni media palabra. No hacía falta decir ni un solo verbo.

Entonces agarró una paleta y la llenó de colores. Abundaban los tonos verdes y azules. Comenzó a imaginar realidades con olor a óleo.

Marlene sentía la necesidad de crear un mundo, un paisaje, un lugar. Algo que le diera paz y tranquilidad. Una realidad que fuera su propio reflejo y que, al mismo tiempo, la hiciera viajar hasta donde ella quería. Entonces decidió comenzar a pintar con la mente en blanco.

Aquel encuentro seguro la haría llegar a donde ella quería sin tener que forzarlo.

Poco a poco comenzaron a aparecer las montañas, las curvas de la carretera, las capillas de los muertos al borde de los abismos. Era una vía peligrosa, pero fascinante. Morir entre aquellos paisajes resultaría una especie de don divino. La oportunidad de estar inmortalizado entre aquellas acuarelas cubiertas de neblina.

Sus dedos se deslizaban con facilidad sobre aquel fondo blanco y le daba vida.

La luz comenzaba a sobresalir entre las cuatro montañas que ahora rodeaban a las diminutas casitas al fondo. Con el dedo índice retocaba las paredes de las casas coloniales. Les dibujaba tejas color naranja, columnas hechas con troncos extraídos de cedros y cínares. La gama de marrones era tan exquisita que el olor a madera recién cortada inundaba la soledad de aquella habitación, ahora cubierta de magia. Y Marlene respiraba profundo.

Cada vez se sentía más cerca de aquel paisaje. Ese que tanto anhelaba y añoraba y que ahora estaba descubriendo a través de aquella inspiración en lienzos y óleos.

Esta vez se dejó llevar por completo. Era una conexión extraña con aquel pedazo de tela blanca llamado lienzo. Y mientras la magia ocurría se daba cuenta que aquel retrato era su propio reflejo. No era su imagen ¡No, para nada! Por el contrario, eran sus pensamientos, sus deseos y sueños. Era todo lo que quería hecho en óleo.

Mientras pintaba recordaba su infancia y se dio cuenta que siempre había sido así. Sus recuerdos estaban hechos con óleos, acuarelas y lienzos. Sus viajes siempre habían iniciado sobre una paleta cubierta con tonos claros y finalizaban en los páramos.

Así lo lograba. Así viajaba ella. Marlene recreaba paisajes a escala. Difuminaba, recreaba, pintaba. Creaba luces y sombras perfectas; tanto así, que los óleos dejaban de ser óleos para convertirse en pequeñas realidades cubiertas de páramo y neblina que siempre lograban sonrojarla.

Cuando era niña Marlene no tenía paletas, ni lienzos, ni libros de arte y mucho menos sabía sobre el naturalismo, el romanticismo o el realismo; no como lo definen los autores de las artes plásticas. Pero ella, sabía que eso era lo que le gustaba y que se quería dedicar por completo a retratar realidades con olor a fogón, a aguamiel y a café recién colado.

Desde muy pequeña Marlene retrataba pedazos de su vida y de su gente.

En sus inicios recuerda haber pintado sobre trozos de madera y pedazos viejos de teja. Ella se inspiraba y pintaba durante largos ratos, mientras creaba paisajes a su gusto.

A veces se asomaba a la puerta de su casa y veía unas enormes montañas acariciando el cielo y se daba cuenta como aquel verde combinaba con las calles empedradas de aquel pueblo en el que vivía. Entonces, buscaba una base y colores, y comenzaba a pintar aquello que tenía frente a ella.

No le importaba si para muchos aquellos eran simples garabatos; ella sabía que Ramona los aprobaría; entonces decidía regalárselos a su mamá.

Aquellas primeras creaciones iban a parar a la pared de su casa como si fueran trofeos y eso la hacía sentir orgullosa.

Sin saberlo, aquellos primeros cuadros guardaban mucho de ese naturalismo, ese realismo y ese romanticismo que ella ignoraba, pero que aun así, ya lo estaba aplicando en sus primeros dibujos.

Luego llegaron sus estudios en la universidad y las exposiciones de sus obras en varias ciudades del país y fue en ese tiempo cuando confirmó que su pasión estaba junto a un lienzo y sus creaciones con olor a pueblo.

Mientras pintaba, aquella tarde Marlene recordaba su vida y sus dedos índices continuaban aplicando detalles. Le gustaba lo que estaba viendo y continuaba con su tarea.

En aquel momento no le hacían falta los libros ni los reconocimientos.

“Los artistas siempre se hacen famosos después de muertos”, así que ella, todavía no tenía apuro.

Ella pintaba y su mente viajaba por sus propios recuerdos.

Pensaba en los murales que había hecho en el liceo de su pueblo y en como los estudiantes mantenían vivas a sus pinturas. O tal vez ¿Eran esos murales los que le daban vida al liceo? Eso no lo sabía, pero se sentía orgullosa por dejar una huella en aquel lugar.

Aquel espacio fundado en el año de 1974 posee un ambiente con olor a campo. Entre sus pasillos se puede inhalar la frescura del trabajo campesino, el ordeño de vacas, la cría de cochinos y gallinas ponedoras, la siembra de plantas y el trabajo del hombre riobobero. Episodios que Marlene se ha encargado de plasmar en los corredores de la institución.

Desde que llegó al plantel las paredes dejaron de lucir ese azul desteñido al que estaban acostumbradas y comenzaron a llenarse de luces y sombras con inspiración histórica.

Cada mural cuenta un pedazo de la realidad riobobera: un campesino de ruana y sombrero de paja protagoniza una de sus creaciones. Marlene decidió inmortalizarlo en el centro de una de sus pinturas, mientras este ordeña una vaca, de esas que llaman mariposa, y de las que abundan en la zona.

En otro de sus cuadros, Marlene resalta a relieve las características de una viejecita de vestido a tres cuartos, suéter de lana, gorra y bastón.

Se trata de “*Irma Polla*”, un personaje emblemático de la población que Marlene decidió retratar para evitar su olvido.

La entrada del pueblo, un arco hecho con piedras y tejas, también forma parte de una de sus inspiraciones. Este cuadro, que muestra al pueblo de hace unos 30 años, con menos casas y poca civilización, actualmente se exhibe en el terminal de pasajeros de su pueblo.

Y mientras Marlene recordaba todo aquello, continuaba pintando su obra. Ella quería algo especial. Quería que el resultado de este cuadro resumiera su vida y sus sueños. También quería que otros al ver sus pinturas se sintieran inspirados hacia el arte. Así como lo ha hecho con su pequeña hija Mariangel, a la que también le gusta expresarse a través del óleo y de las acuarelas.

Cuando ella la ve pintar piensa de inmediato en sus inicios. Por eso, le gusta apoyarla, pues le recuerda el apoyo que de niña tuvo de sus padres.

Mientras pintaba aquella tarde, también pensaba en Reinaldo, su papá, y en su cuadro favorito.

Su mejor cuadro es un viejito que decidió pintar en sus comienzos como artista profesional. Cuenta que le llevó tres años para conseguir el permiso para pintar ese retrato.

Marlene, que caminaba a paso lento, se detuvo al frente de un estudio fotográfico porque le llamó la atención la imagen de un hombre campesino. Por un largo rato se quedó observándolo, hasta que decidió entrar y preguntar por la fotografía.

La dueña del establecimiento le negó el permiso para prestarle la foto, debido a que aquella imagen era el logo del estudio. Pero Marlene siguió inquieta, quería pintarlo, sentía la necesidad de hacerlo.

Pensaba constantemente en los detalles del rostro, en la expresión de sabiduría que quería agregarle con los relieves que le aplicaría hasta lograr la perfección de las arrugas.

Pensaba también en la difuminación de los tonos claros para darle brillo a la mirada, en la aplicación de colores opacos en su vestimenta andina y en el contraste perfecto que haría esta mezcla con el verde que usaría en el fondo.

Su imaginación revoloteaba tanto que siguió insistiendo hasta que consiguió, tres años después, el permiso para obtener la foto y poder pintarlo a su manera, para expresar con la pintura entre sus dedos lo que le había llamado la atención de aquella imagen que recogió sin vida y que resucitó con el óleo.

Ese mismo cuadro se lo enseñó a su padre Reinaldo, muchos años después, y tal vez por casualidad, o por cosas del destino, su padre

quedó tan impresionado por la pintura que le pidió que se lo dejara, que sólo le dejara ese cuadro.

Ahora aquella imagen permanece colgada entre sus recuerdos como su mayor trofeo. Sobre todo porque le recuerdan a su padre.

Para ella, ver aquella pintura es recordar los momentos más especiales que vivió junto a él y que ahora sólo puede revivir a través del óleo de aquella imagen.

Cada vez que lo recuerda sus ojos se humedecen y la voz se le quiebra, pero de repente agarra fuerza y mira frente a ella aquel cuadro que está creando y sus ojos vuelven a brillar. Se da cuenta que aquel dibujo lo representa todo en aquel momento.

Aquel encuentro entre el lienzo y Marlene había resumido todo lo que ella era y quería ser. Era un trofeo más. Quizá, el mayor; o tal vez, aquella pintura era sólo el rompecabezas completo de todas sus obras.

Aquel cuadro guardaba su pasado, presente y futuro. También había mucho de ese naturalismo, ese realismo y el romanticismo, que alguna vez ignoró, dentro de su obra.

Marlene había hecho vivir aquel lienzo en blanco y aquel lienzo la había puesto a vivir a ella.

Una vez más, había viajado a través de la pintura. Lo había hecho de nuevo. Lo hacía cada vez que podía. No como todo el mundo. Cualquiera persona va hasta un terminal, compra un boleto, busca un destino y se monta en un autobús. Pero Marlene viaja de una manera diferente.

Ella ha descubierto que puede llegar a donde quiere, pero siempre va al mismo sitio. Agarra su paleta de colores, busca un fondo blanco, sin historia, sin volumen, sin luz, sin sombra, sin vida y comienza su viaje.

Siempre comienza sobre aquel lienzo que la espera silencioso para el próximo encuentro. Entonces, comienza a pintar.

Desliza su dedo por el lienzo en blanco y le da vida. Abundan las acuarelas verdes y azules. Crea ríos, bosques y páramos. La luz sobresale entre las cuatro montañas que rodean las diminutas casitas el fondo.

Con el dedo índice retoca las paredes de las casas coloniales, les dibuja tejas color naranja, columnas hechas con troncos extraídos de cedros y cínares. La gama de marrones es tan exquisita que se percibe el olor a madera recién cortada.

Entre círculos hechos con su dedo genera la sensación de frío. Difumina el color blanco, ese que baja desde las montañas y que deja

colar por las puertas y las ventanas de las casitas que se encuentran al fondo.

Seis calles resumen la vida de aquella población. Desde lejos se puede detallar cada una de las casas, los comercios alrededor de la plaza principal del pueblo. También se ve la iglesia frente a la plaza Bolívar.

El Río Bobo se asoma un poco, pero a lo lejos se observa la enorme montaña desde la que proviene su nacimiento.

Alrededor se ven muchas parcelas, curvas y las capillas al borde de los abismos. También hay espacios vírgenes, sembradíos, naturaleza, verde y más verde; y Marlene sigue ahí, sumergida entre aquel cuadro; observando los detalles, sonriendo con el resultado, sintiéndose dentro de aquel lugar tan lleno de calma, siendo un pedazo de óleo más dentro de aquella obra y se da cuenta que aquello que acaba de crear no está dentro de su imaginación.

Aquel cuadro es su vida entera. Allí nació y creció. Ahí mismo quiere seguir viviendo. De esos páramos son sus padres y de esas mismas montañas es su hija. Entonces, elevó la mirada y vio cada una de sus obras y se dio cuenta que su pasión no era aquel lienzo en blanco y estático que esperaba por ella. Su pasión era ver a su pueblo hecho arte.

Su pasión siempre fue recrear bajo el óleo a “San José de Bolívar”.

LAS RELIQUIAS DE UN NOVATO



La primera vez que entré tuve la sensación de estar en medio de un montón de basura. Había pedazos de chatarra amontonados en las cuatro esquinas de la sala: radios oxidadas, ropa vieja, planchas de carbón, lámparas de kerosén, pilones de piedras, telarañas, moho y polvo. Mucho polvo. El olor a guardado inundaba todos los espacios de la casa.

Yo sólo veía un montón de cosas viejas e inservibles amontonadas sin ningún orden, pero supongo que él veía mucho más que eso.

Enrique hablaba de su colección como si tratara de algún tesoro muy valioso que él había logrado conseguir y reunir entre las paredes de su casa, pero yo no dejaba de ver en aquello sólo basura acumulada.

Confieso que algunas de sus cosas me parecieron interesantes y llamativas, pero otras me dieron la impresión de ser absurdas y sin sentido, como el montón de piedras que atravesó en la entrada de su casa ¿Qué función podrían cumplir? ¿Qué valor especial podían tener? Y mientras en mi cabeza revoloteaban aquellos pensamientos despectivos, no me daba cuenta de lo emocionado que estaba Enrique al recibir una visita en su museo ¡Total, para eso tenía aquellas cosas guardadas, para mostrárselas a alguien más! Y en aquel momento, ese alguien era yo.

Entonces comencé a prestarle más atención a sus palabras y olvidé por unos instantes todo lo que había escuchado sobre su museo improvisado.

Recuerdo que durante aquel primer recorrido Enrique me mostraba un objeto tras otro y yo veía cómo se le inflaba el pecho con cada explicación. A cada cosa le sabía su historia.

En una esquina estaban las radios viejas y un poco más abajo guardaba la colección de planchas por época de uso. Entonces, él arrancaba con sus relatos, mientras yo me preocupaba por saber en qué temporada me encontraba en ese momento.

En su colección había objetos de todas las épocas, incluso guardaba un par de cosas algo nuevas. Sabía que en algún momento recobrarían valor histórico como el resto de los objetos que tenía.

Como se trataba de un museo improvisado en la sala de su casa, el recorrido no demoraba más de medio minuto, en el que los dos pares de huellas daban círculos alrededor de los recuerdos que Enrique tenía colgados en las paredes de su casa.

En aquella visita no había ninguna guía o patrón para realizar el recorrido por el pasado de los rioboberos. Él sólo tomaba en sus manos cualquiera de los objetos que tenía en frente y ahí iniciaba aquel viaje.

De repente, un par de maletas viejas y vacías nos trasladaron a la época de las Romero. Tan solo sus palabras me hacían viajar en el tiempo. Podía ver cómo aquel paisaje que tenía frente a mí se transformaba en colores sepia; un tono en el que hasta las telarañas estaban cobrando sentido.

Entonces Enrique se aclaraba la garganta mientras soltaba una tos seca y comenzaba a echar su cuento.

Él hablaba de las Romero como si en aquel momento las tuviese frente a él. Aquella escena me parecía fascinante. Sus ojos color grisáceo se enfocaban tanto en aquel recuerdo que se veían verdes; entonces, yo

imaginaba el paisaje que Enrique tenía frente a sus ojos y él me sumergía en aquella historia.

Casi podía ver cómo en aquellas maletas se podía recrear la historia de las hermanas Cándida y Eukaris; dos viejitas que vivían en la entrada del pueblo, en una casa de bahareque, tierra pisada y caña brava, y que eran conocidas por los rioboberos como grandes colaboradoras.

Ellas eran las encargadas de realizar los altares de la iglesia en las fechas patronales, durante la semana santa y en cualquier celebración religiosa. También decoraban las tumbas de los muertos para el rezo de la novena y les cocían las mortajas con las que estos iban a ser enterrados y era precisamente en aquellas maletas de cuero en dónde guardaban su material de costura y decoración.

En ese momento dejé de pensar en aquellas cosas viejas y con mal olor como si se trataran de simple basura acumulada y comencé a darles la importancia que se merecían. Me di cuenta de que en aquella casa había muchos recuerdos ¡Era historia viva! Y Enrique había logrado reunirla en un sólo lugar.

Enrique hablaba de las familias pudientes y mostraba parte de la vestimenta propia de aquellos tiempos y, para ser sincera, de no ser por el olor a rancio que tenían, me hubiese medido alguno de los velos que me mostró. Eran sobrios y elegantes. Se notaba por encimita que no cualquier mujer tenía acceso a ese tipo de trajes.

Él me explicaba que para poder entrar a la iglesia las mujeres debían tapar su cabeza con un manto y así oír la santa misa de los domingos. Aquel recorrido era como ver la historia de otra manera. Sus palabras dibujaban claramente las diferentes escenas que me contaba y yo me sentía como parte del reparto de aquella película a des tiempo, en el que podía ser capaz de saltar fechas y presenciar la historia de otros.

Mientras más cosas agarraba y más cuentos escuchaba, el lugar me parecía cada vez más interesante. Ya aquellos objetos no eran basura para mí, Enrique me había enseñado a verlos como un tesoro.

Una de las historias que más me llamó la atención y por la que regresé a aquel museo en varias oportunidades fueron aquellas anécdotas que Enrique contaba sobre las primeras elecciones de alcaldes de San José de Bolívar.

Aquella historia no era tan vieja a penas y se remontaba a mediados de los noventa, pero muchos rioboberos todavía desconocen los detalles y otros sólo recuerdan los resultados.

Enrique guarda en su casa muchos recuerdos de aquel primer sufragio riobobero, ya que las placas, trofeos y reconocimientos llevan su firma: *Enrique Chacón*.

Entre tantos recuerdos que cuenta, él protagoniza este.

El novato de las primeras elecciones

Enrique Chacón estaba en una esquina de la plaza Bolívar. Estaba pensativo, estaba nervioso. Las manos le sudaban. Su frente lucía brillante.

La política puede ser agobiante, puede robarles la calma a ciertos hombres de espíritu contrariado. Y Enrique, a pesar de no ser un amante politiquero, estaba perdiendo la paciencia. Poco a poco se iba envolviendo en todo el asunto de las elecciones.

Cuando no se agarraba las manos para tronarse los dedos, se le veía distraído caminando de un lado a otro.

A pesar de su nerviosismo y de su poca experiencia en el mundo de la política, se le veía sonreír de vez en cuando. A muchos se les escuchaba decir que estaba loco, pero sus amigos y allegados sabían que su risa no traía buenas noticias para los fanáticos de camisa verde.

“Algo se debe traer entre manos”, se murmuraba entre la muchedumbre que ese domingo decidió salir a la calle para elegir al primer alcalde de San José de Bolívar.

En ese entonces el pueblo más joven del estado Táchira contaba con un poco menos de tres mil habitantes y el término “política” se estaba estrenando, aquel día, en diciembre de 1995, con Enrique como candidato.

San José de Bolívar había pasado a ser municipio ese mismo año y hasta ese momento había dependido políticamente del municipio Jáuregui. Todas las decisiones políticas y administrativas habían estado a cargo de los griteños por años, por lo que aquel domingo tres novatos buscaban dirigir el destino de los rioboberos.

Enrique, que era uno de ellos, había dedicado su vida al ordeño de vacas y al trabajo de campo. Ignoraba cualquier tema político. No sabía que partidos tenían fuerza en el territorio nacional, ni que estrategias eran las adecuadas para ganar las elecciones municipales; tal vez por eso, muchos se burlaron de él desde el primer momento que intentó ingresar en la política de su pueblo.

Algunos lo llamaban pordiosero. Su peculiar manera de vestir tuvo mucho que ver con eso. Siempre llevaba botas de caucho, pantalones arremangados y el pelo desgredado, y muchos lo bautizaron como “El ánima sola”, pues su campaña era tan solitaria como su apodo.

Ordeñaba y arriaba vacas por las mañanas y en las tardes se iba de puerta en puerta con su discurso. Sus ideas resultaban ambiciosas para muchos y absurdas para otros.

Enrique quería asfaltar todas las calles del pueblo, cambiar las fachadas de las casas, construir más escuelas, crear empresas, quería hacer de San José *El pueblo del futuro*. “El mejor del estado Táchira”, decía.

Los políticos en plena campaña sueñan con hacer rasca cielos, construir autopistas nuevas, levantar edificios y hacer lo que otros no se atreven; y Enrique había caído en esas tentaciones, pero a diferencia de los otros candidatos, él no tenía dinero, ni experiencia, ni seguidores.

Su campaña fue muy pobre. No había grandes afiches en la vía, ni promesas de ayudas económicas. No contaba con asesores políticos, ni financiamiento. No sabía cómo hacer propaganda y mucho menos cómo aplicar encuestas. Y aun así, Enrique quería ser el primer alcalde de San José de Bolívar.

Sus amigos más cercanos le ofrecían su apoyo por amistad, pero estaban seguros de que perderían el voto. Los copeyanos ya olían a triunfo.

Los de la tolda verde contaban con dinero, ideas concretas y creyentes fieles. Caminaban por las calles del pueblo en manadas. Iban de una aldea a otra con carros rústicos y hacían favores al que se los pidiera. Todos daban como ganador al gran favorito: **Omar Rojas**.

En aquella época viajar para San Cristóbal o La Grita era toda una odisea. El viaje podía tardar de tres a cuatro horas si no había mal tiempo en la vía. Pero los rioboberos que querían realizar diligencias tenían que echarse ese viaje, pues en San José no había bancos, ni ministerios, ni consultorios médicos, ni oficinas de ningún tipo.

Los copeyanos, que no eran ningunos bobos, aprovecharon tales ausencias para ofrecer viajes gratis hasta la ciudad. Omar cargaba de 30 pasajeros diarios en su autobús y los llevaba hasta San Cristóbal para que hicieran sus diligencias.

Arrancaban desde muy temprano. Primero se estacionaban en la plaza Bolívar para llenar el autobús con futuros votantes; luego les daban una vuelta por las principales calles del pueblo, mientras sacaban la cabeza por la ventana para despedir a los que se asomaban desde sus casas para verlos pasar.

En ese entonces el pueblo respiraba verde. Había afiches del partido Copei en cada poste de luz y cada cinco pasos se observaba a alguien con una camisa o una gorra del mismo partido; ya en el pueblo las promesas de Omar habían sido creídas por muchos y sin darse cuenta, ya él daba órdenes en el pueblo.

No había discusión, San José ya tenía un ganador. Aunque nunca lo dijo, el copeyano se sentía seguro de su triunfo. Su rostro reflejaba la seguridad que tenía por su campaña. Hacía grandes labores, tenía un

equipo fiel y aplicaba buenas estrategias. Nada podría fallarle. El primer alcalde riobobero sería **Social Cristiano**.

Y mientras los de verde celebraban su inevitable triunfo. Enrique se iba de casa en casa a tomar café, agua miel con pan o simplemente a conversar un rato con las familias del pueblo. A veces hablaba de política, pero casi siempre contaba anécdotas de su vida o echaba chistes.

Enrique no entendía mucho de procesos electorales, partidos políticos, ni administración pública y la gente en plena campaña se había dado cuenta, pero como muchos, al igual que él, ignoraban el tema, preferían seguirle la corriente.

Basó su estrategia en favores. Él esperaba que las personas le devolvieran el agradecimiento en forma de voto, pero mientras esperaba acciones de buena voluntad, los contrincantes sumaban votos, llevaban estadísticas y seguían un proceso serio. Pero, aun así, Enrique quería ser el primer alcalde de San José de Bolívar.

En aquellos tiempos Enrique se ayudaba económicamente como taxi. Todos los días después de sus labores campesinas se iba con su camioneta y le hacía carreras a la gente de las aldeas que viajaban hasta San José para hacer sus compras.

El municipio Francisco de Miranda está dividido en cuatro aldeas, cada una con sus caseríos y la capital que es San José de Bolívar; y es

precisamente ahí en donde se encuentran los principales comercios de la población, por lo que las personas del campo que necesitaban hacer el mercado del mes, las compras de la finca o asistir a la misa de los domingos debían trasladarse hasta San José y regresar ese mismo día a su casa.

Enrique aprovechaba esa necesidad para obtener un dinero extra con que mantener a su hogar, pero durante las elecciones parecía que las personas del campo habían revertido la situación y ahora eran ellos los que se aprovechaban de Enrique para conseguir una carrerita gratis hasta el pueblo.

A pesar de que al candidato de la tolda blanca se le estaba acabando el dinero, él seguía confiado en aquellos votos y no renunciaba a su “fracasada campaña”, era como conducir directo al barranco, estar consciente de ello y no pisar freno.

El día de las elecciones Enrique caminaba de un lado a otro como sacando cuentas en su cabeza. En su mente iba creando su propia encuesta y entre un número y otro iba soltando grandes carcajadas. Tenía muchos amigos en el pueblo ¡Tanto adecos como copeyanos! Y todos le habían prometido sus votos. A pesar de que abiertamente apoyaban al candidato de la tolda verde, en secreto seleccionaban la ficha blanca.

A las 8:00 de la noche, ya el conteo estaba listo y para asombro de muchos la pelea había estado reñida. Tan sólo 19 votos hacían la

diferencia. Esa noche el gran novato de las primeras elecciones de San José de Bolívar había resultado ganador.

El Ánima Sola, El Pordiosero o “El gran novato de las elecciones”, se había alzado con el título mayor. Entonces los copeyanos habían dejado de oler a triunfo. De repente ya no había gorras ni camisas verdes desfilando por las calles del pueblo y en cambio habían aparecido un montón de franelas blancas orgullosas de aquel triunfo. Enrique Chacón había ganado las elecciones para ser el primer alcalde de San José de Bolívar.

Aquella historia me parecía fascinante, no podía imaginar cómo aquel coleccionista de reliquias en algún momento de su vida, hace unos 19 años atrás, también había sido el primer alcalde de San José de Bolívar.

Con aquella historia terminé aquel recorrido, pero tuve la oportunidad de visitar el museo en otras dos ocasiones y en mis tres visitas siempre conseguía historias nuevas.

Para cada visita que recibía Enrique tenía diferentes cuentos. Un relato más interesante que el otro. En aquel montón de chatarras ya estaba desapareciendo el óxido y en cambio sólo brillaban aquellas historias tan llamativas.

La historia de cómo planchaban los rioboberos, era para reírse. Ellos colocaban a calentar las planchas sobre los tiestos de hacer arepas y de ahí a la ropa. Entonces debían limpiar el tizne con esponjas o trapos húmedos para evitar quemar sus vestidos.

Enrique se las arreglaba para echar aquellos cuentos de una manera dinámica. Todo el que lo visitaba lograba sentir que podía viajar a cada una de esas épocas que él relataba.

Aquel novato de las primeras elecciones ya no parecía tan novato. Había pasado de ser el primer alcalde de San José de Bolívar a convertirse en el primer coleccionista del mismo pueblo; y aunque pocos veían en aquello una tarea seria, él lograba convencer con sus historias a los pocos afortunados que entraban en aquel museo improvisado.

Tal vez el espacio es el que le resta importancia a su labor. Su casa resulta algo pequeña para la gran cantidad de objetos que guarda. Incluso los olores a viejo y guardado se combinan con la humedad, lo que genera una sensación un tanto desagradable, por lo que al entrar hay que eliminar cualquier prejuicio y abrir la mente para entender lo que él quiere lograr con aquellos recuerdos.

Si tan sólo contara con un espacio nuevo, algo más apropiado; su colección podría tener más valor ante los ojos de los rioboberos. Incluso las escuelas podrían aprovecharse de aquellos elementos para

enseñarles a los niños la historia de San José y de sus cuatro aldeas de una manera más dinámica y divertida para los estudiantes.

Seguro con un nuevo orden entre sus cosas, aquella “*Ánima sola*” dejaría de ser tan solitaria y comenzaría a recibir nuevas visitas en su museo.

Las espadas, navajas y armas de guerras que cuelgan del techo de su casa se verían mucho mejor y más interesantes detrás de unos cristales de seguridad y con un historial escrito en la parte inferior derecha de su exposición.

Los instrumentos musicales no se verían tan desafinados como ahora lucen, colgados en la pared, y en cambio, dejarían sonar entre sus cuerdas aquel ritmo raspa canillas con el que muchos rioboberos disfrutaron durante sus años mozos.

Las piedras que expone en la entrada de su casa dejarían de lucir tan absurdas para muchos y comenzarían a verse como los objetos más importantes dentro del museo, pues muchos, entenderían que el valor arqueológico que poseen es único, pues guardan, dentro de sí, la manera en la que vivieron los antepasados rioboberos.

Aquel museo que Enrique ha logrado reunir en su casa, desde hace más 20 años, guarda la historia riobobera. Son piezas irreemplazables y con mucho valor, pues esconden el nombre de las

primeras familias que habitaron las tierras de lo que antiguamente se conoció como Valle del Espíritu Santo y que hoy se conoce como San José de Bolívar.

Por eso, ahora, cada vez que entro en aquel museo improvisado y me encuentro con Enrique, ya no tengo la sensación de estar en medio de un montón de basura. Ahora sé que me encuentro entre los recuerdos de un San José a destiempo. Entre las reliquias de un novato.

LOS CASTIGOS DE LA MAESTRA ANA



El niño llegó solo. La maestra Ana lo estaba esperando ansiosa. Tenía toda la tarde esperando por su llegada, hasta que por fin sonó un fuerte *¡Pum pum pum!* Y entonces ella se preparó para lo que le venía.

Cuando el pequeño se paró frente a la puerta, pensó por un momento en irse de aquel lugar y escapar. Tenía miedo. Ya había escuchado todo lo que tenían que decir sobre aquella maestra: ya sabía lo de los castigos para los niños que tienen mala conducta, también había escuchado lo estricta y perfeccionista que era; incluso llegó a oír que todo aquel que hiciera mal sus tareas debía arrodillarse sobre chapas o arvejas para reflexionar sobre su comportamiento.

¿Qué podía hacer? ¿Él no sería capaz de aguantar tanto? Quería irse, salir corriendo y pedirle ayuda a alguien más; tal vez, algún

compañero lo podía ayudar sin pasar por tanto sufrimiento. Sí, eso era. Saldría de ahí lo más pronto posible y buscaría ayuda en cualquier otro sitio.

Mientras el pequeño de camisa blanca y pantalón de gabardina pensaba todo aquello, sus piernas comenzaron a temblar aceleradamente y de su frente comenzaron a rodar enormes gotas de sudor que terminaban en el piso. Era obvio. No quería entrar, lo mejor era marcharse antes de que la maestra Ana se diera cuenta de su presencia.

Cuando se preparaba para salir corriendo, la puerta se abrió.

La maestra Ana Custodia estaba frente a él. Su presencia era intimidante. Sus enormes ojos negros estaban puestos sobre él. Ya no había nada que hacer. Aquel intento de huir *se había caído frente a sus narices*.

Y todo por culpa del tembleque de sus desaliñadas y nada atléticas piernas. Aquellas inútiles piernas de pollo lo habían condenado a entrar en aquella casa y ahora nadie podría salvarlo de aquella incomoda y desafiante tarde de lecciones.

Ahora ¿qué le vendría? No sabía a qué atenerse. Había escuchado tantos rumores sobre aquella maestra y nunca pensó en cómo prepararse cuando le tocara a él.

¿Cómo serían aquellos castigos? ¿Y si ahora, con el pasar del tiempo, tenía nuevos métodos y estos eran peores? ¿Qué iba a hacer? Ya estaba condenado. Entró, se hizo la señal de la cruz y cerró la puerta.

En aquella casa sólo se escuchaba el taconeo de la maestra Ana y un leve sonido que se escabullía detrás de ella. El niño no dejaba de verla con asombro. Era elegante. Tenía el cabello negro, corto y muy bien peinado. Seguro había pasado horas frente al espejo retocando aquellos 75 kilos de puros castigos rebuscados.

Pero, mientras él imaginaba todo aquel preámbulo ante su llegada, ella seguía su camino erguida hacía el final del pasillo. Nada la podía detener, ni siquiera la respiración agitada de aquel chiquillo al que le había dado el permiso de ingresar a su casa. No cualquiera podía hacerlo.

Si bien, ya muchos habían estado dentro de sus cuatro paredes, todos habían logrado salir por la puerta grande. Eso era lo que ella quería. Lograr grandes cosas con aquellos pequeños. Asustados o no, serían grandes. Muy grandes.

Aquel niño jamás se imaginaría la emoción que estaba sintiendo ella de tenerlo en su casa. A pesar de sus 70 años todavía la buscaban para seguir dictando clases. Era obvio. Si para el amor no hay edad, para continuar con su vocación tampoco. Seguía siendo la misma de hace 45 años.

Cuando empezó a dar clases no tenía aquella fama de profesora estricta y regañona; pero con el pasar de los años muchos niños le habían agarrado miedo. Algunos solo se asustaban por su gran presencia y otros, en cambio, por los chismes que corrían en el pueblo.

La maestra Ana Custodia siempre ha sido una mujer de masa corpulenta y enorme y a los niños eso les intimida.

Mientras estaban en la clase ella los amenazaba con castigos fuertes para que todos cumplieran con sus labores y el que hacía las cosas mal debía quedarse en el salón hasta tarde, por lo que al día siguiente todos comentaban sobre los terribles castigos que seguro habían recibido aquellas pobres almas inocentes.

Así, poco a poco, todos los niños del pueblo se fueron enterando de los castigos de la maestra Ana y le agarraron tanto miedo, que muchos comenzaban a salir bien en la escuela, sólo para que no los enviaran a las clases de la maestra Ana Custodia; que en ese entonces era la encargada de ayudar a los niños con dificultad en el aprendizaje y también ponía a caminar derechos a los más rebeldes.

Esa tarde, mientras caminaba por aquel pasillo no dejaba de ver cómo temblaba aquel pequeño y ella sólo sonreía hacía sus adentros. Era como una media sonrisa prohibida. No podía demostrar aquel gesto en público. El pequeño debía continuar con aquella imagen que tenía en su cabeza, sólo así lograría toda su atención. No había de otra.

Seguro aquel niño ya había escuchado todo lo que decían de ella. Era claro que la mente de aquel pequeño no se encontraba con ella caminando por el pasillo. Se le veía muy distraído ¿En qué estaría pensando? ¿Por qué sus piernas temblaban tanto? Ella no comía gente, sólo era una maestra con algunos métodos un poco estrictos, eso era todo.

Los niños tenían tanta imaginación. Durante años había tenido cientos de estudiantes. Los primeros en la escuela de Michelena, luego en el caserío de San Rafael y ahora en su casa en San José de Bolívar y siempre tuvo que lidiar con la curiosidad y el ingenio de los pequeños.

Tenía tantas historias por contar sobre sus niños y aquellos niños tenían tantas historias sobre ella que a veces parecía que había vivido por siglos.

Alguna de aquellas anécdotas la hacían reír mucho. La imaginación de los niños no tenía límite y ella había sabido utilizar aquello para su beneficio. Durante toda su vida utilizó aquel miedo que reflejaba para mantener la disciplina en su salón.

Mientras caminaban ella lo seguía mirando; pero, sólo lo hacía de reojo, no quería que el pequeño se diera cuenta de que ella también estaba preocupada por aquella tarde de lecciones. El resultado de aquel día determinaría si seguía siendo tan buena como de costumbre. Si sus métodos seguían siendo tan eficientes como siempre lo habían sido.

Entonces apresuró la marcha. Mientras más rápido empezara todo aquello era mucho mejor.

Al final del pasillo los esperaba una enorme mesa de comedor, ella sería la única testigo de todo lo que les esperaba aquella tarde. No les quedaba de otra, sólo podían confiar en aquel trozo de madera viejo. Total, aquella mesa tenía muchos años en el mismo lugar y de seguro había servido, por años, como cómplice de sus técnicas y de las travesuras de todos sus estudiantes.

Si aquella mesa hablara de seguro ambos podrían adivinar lo que les esperaba aquella tarde.

El tesoro del segundo piso

Diego soñaba todas las noches con la segunda planta de la casa. Imaginaba las cosas más locas. De seguro allá arriba su profesora escondía un cuarto secreto. A lo mejor ahí era dónde castigaban a los niños de peor conducta. Sí, seguro era eso, allí arriba era dónde los torturaba.

Todos los días asistía a la clase pensando en lo que había en ese segundo piso. La maestra Ana Custodia lo tenía entre sus reglas. Nadie

podía subir hasta aquella parte de la casa. La clase se dictaba en la sala y los niños no tenían por qué subir a esa zona prohibida.

Entonces, Diego ya lo sabía. Había descubierto su secreto. Era en ese segundo piso donde guardaba los peores castigos y él quería saber de qué se trataba todo aquello. Pero ¡él no era de los que se portaban mal en la clase! ¿Cómo podría entonces conocer los secretos del segundo piso? ¿Cómo conseguiría subir sin ser castigado?

¿Y sí no había ningún cuarto de castigos? Si, por el contrario, había premios para los mejores estudiantes; entonces, él podía aspirar a uno de esos regalos. Se portaba bien y aprendía rápido. Sí, seguro era eso, en el segundo piso había un cuarto repleto de juguetes y la profesora Ana los estaba escondiendo para dárselo sólo a los mejores.

Por eso era tan estricta. Por eso exigía tanto. Por eso los regañaba cuando hacían las cosas mal; ella lo único que quería era que fueran buenos alumnos para que se llevaran aquellos premios secretos. Pero, no aguantaba más. La curiosidad no lo dejaba en paz. No iba a esperar a que terminara el año para averiguar si era uno de los afortunados en recibir alguno de los tesoros del segundo piso.

Entonces lo decidió. Se atrevió a subir sin permiso. Por primera vez iba a romper las reglas de su maestra y subiría hasta la segunda planta cuando ella se distrajera.

Él corazón le bombeaba muy fuerte, casi podía ver como le saltaba del pecho. Las piernas se le movían solas y las manos las tenía tan sudadas que tuvo que limpiárselas con la camisa. Si no lo descubría en aquella gracia, seguro lo iba a regañar por ensuciarse la ropa. Pero todo aquel alboroto no le importaba en lo absoluto, pues en aquel justo momento la profesora se había ido a la cocina y los había dejado resolviendo un par de ejercicios. Aquella era la oportunidad perfecta.

Se paró del pupitre sin que sus demás compañeros se dieran cuenta y caminó directo a la escalera. No lo podía creer, estaba a punto de descubrir ese montón de juguetes. ¿Y si había alguno con su nombre? Seguro podría jugar con él un par de minutos.

Que tontos eran sus compañeros. Ninguno iba a saber que él había subido hasta aquel cuarto mágico y había jugado con aquel tesoro. Mientras ellos resolvían aquellas sumas y restas tan complicadas, él estaría saboreando su triunfo en secreto. Total, no estaba haciendo nada malo, él se portaba bien y tenía derecho a recibir su premio.

Mientras pensaba en todo aquello se dio cuenta que sólo un escalón lo separaba de la cima y cuando la terminó de escalar se encontró con muchas puertas cerradas ¿Cuál de todas sería? O tal vez, ¿Eran dos los cuartos secretos? ¿Uno para castigos y otro para los premios? Sí, seguro era eso. No aguantaba más, abrió todas las puertas. Ninguna tenía llave. Sería tan fácil. Los juguetes nuevos esperaban por él.

La maestra Ana Custodia regresó a la clase y Diego no había regresado. Ya sabía dónde podía estar. Subió hasta el segundo piso y lo bajó de inmediato. Diego nunca encontró el cuarto mágico, tampoco vio ningún escondite de torturas.

Aquellas habitaciones estaban vacías. Eso era todo. Entonces, subir hasta el misterioso segundo piso le había regalado su primer castigo por mala conducta y la decepción de no encontrar aquel cuarto mágico. Aquel que tanto había soñado.

Aquel pasillo, casi infinito, por fin se había acabado. Entonces, la maestra Ana Custodia se sentó en una de las sillas de aquella mesa de comedor y lo invitó a hacer lo mismo. El pequeño se acomodó rápidamente en la silla vecina y sacó sus utensilios de escuela.

Llevaba una cartuchera entre las manos y un cuaderno y un libro amarillo debajo del brazo.

Aquel encuadernado que dejaba leer la palabra Mi Jardín, en su carátula, tenía impresos varios dibujos para que a los niños se les facilitara el aprendizaje: la A es la del avioncito, la E está junto a un elefante morado y para la letra I los editores decidieron dibujar una iglesia. Sin embargo, la maestra decidió cambiar este dibujo por el de un fósforo.

“Recuerda, la I es la del palito con la cabeza”, le dice con voz fuerte la maestra Ana, mientras que su uña dejaba marcada una línea sobre la vocal abierta.

Aquella línea imaginaria había logrado colocar más nervioso al niño. Tal vez, si él hacía las cosas mal lo iban a mandar derecho para el rincón de las chapas ¿Qué iba a hacer? ¿Por qué no había salido corriendo cuando pudo? ¿Qué sería de su futuro con una cicatriz en las rodillas?

Mientras el pequeño pensaba en su propio drama, la maestra perdía la paciencia. Sentía que la imaginación del niño revoloteaba tanto que su concentración se había desenfocado del libro y que ahora vagaba por ahí, en cualquier parte; menos con ella y con sus lecciones.

Entonces, decidió tomarse un descanso y preparar un jugo para los dos. Tal vez, con ese gesto el niño podría entrar en confianza de nuevo y retomarían la clase.

Mientras la licuadora hacía lo suyo en la cocina, la maestra Ana no dejaba de recordar que eso mismo era lo que ella hacía cuando daba clases en San Rafael.

Cuando la asignaron como profesora de ese caserío; a penas y llevaba cuatro años como maestra en un pueblo del Táchira llamado

Michelena, por lo que, fue en San Rafael donde se estrenó como maestra, en todos los sentidos.

Durante 20 años dio clases en una vieja casa alquilada que quedaba en la parte alta de una montaña. Aquella estructura de paredes escamadas contaba con dos habitaciones, un baño, un patio, una cocina y una sala grande que servía de salón improvisado. Ahí tenía 40 pupitres bien distribuidos para que todos pudieran prestarle atención.

Aquellos 40 asientos eran compartidos por los 60 estudiantes que a diario debían caminar grandes distancias para llegar al salón de clases.

Los niños de ese entonces, recuerda la maestra Ana Custodia, se quejaban menos que los de ahora. A ellos no les importaba atravesar ríos, montañas ni barrancos con tal de recibir educación; y a pesar de no contar con libros nuevos ni internet, los pequeños se las arreglaban para resolver las tareas que dejaba asignada la maestra Ana.

Ella, además de ser la profesora de aula, era la encargada de impartir el catecismo y preparar el desayuno y almuerzo de los niños. También servía como bedel, pues debía encargarse de limpiar la escuelita y en ocasiones, también se ocupaba de llevar hasta sus casas a los niños a los que le daba clases.

Las escenas de su vida como maestra en San Rafael llegaban tan de repente a su cabeza que parecía más real que el jugo que estaba preparando en aquel momento.

“¿Quién quiere ser el maestro hoy?”, decía la maestra Ana en voz alta. De inmediato un grupo de niños saltaban del pupitre. Se paraban con la punta de los pies mientras sus dedos índices peleaban por ser seleccionados; entonces, la maestra escogía al más aplicado del día para que se encargara del resto del grupo mientras ella les hacía la comida.

Así era todo los días. Ella debía repartir su horario de clases para cumplir con todas aquellas labores sin desmejorar la calidad de educación que brindaba. Quizá, ella le deba a su experiencia en San Rafael el respeto que se ha ganado de los rioboberos. Tal vez, por eso, todavía y con sus 70 años de edad la siguen buscando para que imparta clases.

En aquel entonces, las escuelas de San José de Bolívar y de sus aldeas no contaban con grandes dotaciones de libros, ni computadoras, ni muchas herramientas de trabajo; por lo que cada maestro debía resolver sus propias carencias.

La maestra Ana recuerda que contaba con una pequeña colección de libros que los niños debían memorizar, pero después de varios años de leer las mismas historias se hacía necesario cambiarlos por otros nuevos. Así los pequeños aprenderían a descubrir todo lo que había detrás de aquellas enormes montañas que los rodeaban y de las cuales, aquellos niños, jamás habían salido.

El gordito sentado al final del salón ya no se sorprendía cuando Caperucita le preguntaba al lobo de pantuflas, anteojos y vestido de anciana: "...abuelita, abuelita ¿Por qué tienes los dientes tan grandes?" Y la niña de trenzas tampoco gritaba cuando este le respondía: "...son para comerte mejor".

Ya todos sabían que las casas de paja y de palo de dos de los tres cerditos se iban a caer y que Cenicienta recupera su zapatilla y se casa con el príncipe; por eso la maestra Ana resolvió comprar libros nuevos, sin importar que el dinero saliera de su propio bolsillo. Pues como siempre ha repetido: "...el trabajo de un maestro no debería ser el quince y el último, sino la satisfacción de ver como sus estudiantes alcanzan, cada vez, mas y mayores metas".

Mientras pensaba todo aquello iba sirviendo tres vasos de jugo. Uno para ella, otro para su pequeño estudiante y un tercero para una visita que en silencio presenciaba aquella clase.

En su descanso el niño jugaba con las gallinas que la maestra tenía en el patio. Él también había escuchado que a veces como premio, la maestra Ana dejaba ir a sus estudiantes hasta la parte de atrás de su casa a recoger huevos y les regalaba uno; entonces, él quería seguir con esa tradición. A lo mejor, si se portaba bien y hacía sus tareas, conseguiría llevarse aquel extraño premio.

Cómo copiarse un dictado y morir en el intento

Gustavo estaba nervioso. Apenas y lograba sostener el cuaderno entre sus dedos. La profesora les había hecho un dictado y los había sentenciado a todos. No quería recibir una mala calificación. El que tuviera mala ortografía sacaría un cero y un pase derecho al rincón de la clase.

Él no quería que lo castigaran de nuevo. Su mamá era colega de la maestra y si salía mal, segurito le iría con el chisme ¿Qué iba a ser? Con la caligrafía que tenía ya era suficiente para que lo regañaran.

Entonces tomó una decisión muy arriesgada. Se iba a copiar el dictado de alguno de sus compañeros. Él jamás había hecho una cosa de esas, pero sabía que el riesgo valía la pena.

Cuando estaba en la fila esperando a que le corrigieran su dictado se fijó en Iván (su compañero de en frente), quien emocionado alardeaba frente a sus amigos el resultado de su trabajo. Seguramente sacaría una reluciente y brillante A y aprovecharía de burlarse un rato de los niños castigados, pues por primera vez, él no estaría en aquella penosa situación.

Hoy, Iván, quien normalmente era castigado por portarse mal, sería el niño de la buena ortografía. Por fin, se salvaría de aquellos feos castigos y en cambio, tenía planeado quedarse hasta el final para ver quienes tendrían que repetir aquel dictado tan largo y fastidioso.

Gustavo, después de ver todo aquel alboroto, ya sabía qué hacer. Se copiaría la tarea de Iván. No había de otra. Entonces, sólo le quedaba sacarse una enorme A y salir victorioso de aquella guerra entre comas y acentos.

Iván no lo pensó dos veces. De manera generosa le prestó su dictado y juntos regresaron a sus pupitres para borrar el trabajo que él había hecho. Mientras Iván le servía de cortina, Gustavo revisaba ambas tareas y se dio cuenta que la suya era muy diferente a la de su compañero.

Su caligrafía comparada con la de Iván sólo eran un montón de tachones combinados con jeroglíficos. Era obvio, Iván tenía la tarea mejor que él.

Las aches (*H*) no existían en aquel texto. Iván no había dejado espacio para letras mudas. Tampoco había acentos sobre las vocales. Ahora aquellas rayitas sobre el cuaderno de Gustavo empezaban a verse inútiles.

Antes de cada *B* y *P*, Iván había puesto una muy bien trazada *N*. Entonces, Gustavo comenzó a borrar lo que había hecho y lo sustituyó por el trabajo de su compañero.

Disimuladamente regresaron a la fila y esperaron por su turno. Los dos se veían en complicidad y se tapaban la boca para que la maestra no escuchara el estruendo de aquellas risas. Seguro, ella jamás se imaginaría aquella gracia tan tentadora. Gustavo sacaría una remarcada *A*, mientras que Iván continuaría con su buena racha de niño tremendo; pero esta vez, sin ser descubierto.

Iván pasó primero. Total, el crédito de aquel dictado era suyo y tenía la obligación de celebrar primero su victoria, así que Gustavo tenía que esperar por él.

Cuando pasó Iván, la sorpresa de Gustavo fue otra. De esquina a esquina la maestra Ana Custodia le estaba dejando una enorme equis. Aquello era un desastre. No había acentos ni sangrías. Iván había intercambiado todas las *B* grandes por las *V* pequeñas.

También se había comido todas las aches (*H*) y en vez de agregar comas y puntos había dejado un río de palabras sin pausa, por lo que era imposible de leer. Entonces, Gustavo comenzó a sudar.

No podía volver a borrar la tarea porque ya venía su turno y tampoco podía decirle que él la tenía bien antes de aquella gracia porque

sería peor. ¿Quién lo había mandado a copiarse la tarea? Ahora ¿quién le creería que de verdad, él era bueno en ortografía? Su cuaderno indicaba lo contrario. Entonces, no le quedó de otra que acompañar a Iván en su castigo y hacer de nuevo aquel dictado eterno.

Ese día Iván y Gustavo salieron muy tarde de la casa de la maestra Ana Custodia.

Para Iván, aquello sólo fue un castigo más, total ya estaba acostumbrado, pero con aquella gracia, Gustavo aprendió a copiarse un dictado y también a morir en su intento.

Cuando el pequeño se terminó de tomar el jugo, la maestra retomó la clase.

El niño saltó de las vocales a las consonantes y de ahí a la terrible y, a la vez, hermosa primera oración que debe leer todo ser humano: “*Mi mamá me ama*”. Por un largo rato, ambos unieron artículos con sustantivos y estos con adjetivos y verbos. Hasta que el niño no aprobara las seis primeras lecciones del libro no terminaría su tarde de lectura. Una lección por año de vida. Así el trabajo sería justo para ambos.

Luego empezaría su media hora de escritura, para después culminar con los ejercicios de matemática. La maestra trataba de dividir su

tiempo para que el niño recibiera bastante contenido y se fuera muy preparado para su casa.

Al pequeño no le quedó de otra que meter su nariz entre los libros para hacer las cosas bien. Así que, por un largo rato no volvió a subir la mirada de su cuaderno.

La maestra Ana se estaba sintiendo cada vez más satisfecha de aquella tarde. El niño poco a poco se iba enfocando en sus tareas y por muy pocos momentos desvariaba de lo que hacía. Se estaba demostrando, una vez más, que cuando tenía un propósito hacía lo que podía hasta lograrlo.

Aquella escena se acercaba mucho a cualquiera de las abuelas, de ahora, que intentan ayudar a sus nietos con las tareas mientras sus padres trabajan, pero recibir clases de la maestra Ana Custodia en San José de Bolívar significa mucho más que eso.

Ella ha formado a las últimas generaciones de rioboberos. Durante cuatro décadas ha coleccionado los rostros de los integrantes de todas las familias del pueblo. Una vez terminaba el año escolar, la maestra Ana Custodia le pedía a cada uno de sus estudiantes una fotografía renovada que iba a parar hasta el cristal de su escritorio.

De esta manera, ella iba registrando las caras jóvenes de cada uno de los niños que en algún momento serían los padres y abuelos que continuarían dándole vida a San José de Bolívar.

A esta maestra también se le debe la creación de la escuela de San Rafael.

Después de 20 años de dar clases en aquella escuelita improvisada, la maestra Ana, a través de un programa de renovación de escuelas que tenía el Gobierno de aquel entonces, logró conseguir la construcción de una sede propia y la asignación de nuevos maestros para la misma.

Cuatro años después de su inauguración con equipos y herramientas de trabajo totalmente nuevos, salió jubilada. Ya su trabajo en San Rafael estaba culminado

Por lo que se dedicó, durante 20 años más, a la educación riobobera desde su propia casa y, aunque hoy, esta estructura luce un tanto diferente y callada, hace uno años, mantenía a más de 60 niños, de 5 a 12 años, divididos por turnos. Eran 30 en la mañana y otros 30 en la tarde.

Y el que se quedaba dormido en clase...

Cuando se despertó se dio cuenta que todos se estaban burlando de ella. Los demás se estremecían sobre sus pupitres y le daban golpes a la madera mientras la señalaban y María no entendía lo que estaba pasando ¿De qué chiste se había perdido? Seguro, mientras dormía alguien dijo algo muy gracioso, pero ¿por qué la estaban señalando? Era obvio que la cosa era con ella.

Pensó en reírse con los demás. Pero ni siquiera podía abrir la boca para templar los dientes. La cabeza se le había puesto muy caliente y las desleales mejillas ya las tenía rojas. Ya no tenía chance de disimular.

No le quedaba de otra que preguntar qué era lo que les parecía tan gracioso. Pero, antes de que pudiera hacerlo, algo salió disparado de su silla y cayó en el piso. Entonces, aquellas risas ya iban a tumbar las paredes de la casa.

María voltio muy rápido la mirada hacia el suelo y vio como cayó un pedazo de algo extraño, color marrón y muy arrugado. Qué vergüenza ¿Acaso se había hecho encima de los pantalones y no se había dado cuenta? ¿Cómo había pasado? Ella, ni siquiera sentía ganas de ir al baño y la comida tampoco le había caído mal ¿Qué estaba pasando? Cómo iba

a explicar que eso no era de ella, si se había caído de su asiento. No sabía qué hacer. Se soltó a llorar y se tapó la cara con las dos manos.

Entonces, recordó que la maestra Ana Custodia tenía la costumbre de hacerles esas bromas a todos los niños que se quedaban dormidos. Así que, respiró. Aquello no era de ella, sólo era una broma pesada, para que aprendiera que en clase se va a estudiar y no a dormir.

El niño ya había culminado con sus tareas. Había leído, luego había escrito un par de planas sobre su cuaderno doble línea y también había resuelto algunas sumas y restas sobre un montón de hojas cuadriculadas.

Como era el único en la clase no tuvo que hacer cola para la corrección de su tarea, tal y como estaban acostumbrados todos los estudiantes que pasaban por la casa de la maestra Ana Custodia, pero si algo salía mal debía quedarse a repetir aquellas lecciones en las que estuviese equivocado.

Mientras la maestra preparaba su lápiz para tachar los errores y aprobar sus aciertos, el niño no dejaba de mover las piernas. Otra vez estaba nervioso. Se preguntaba ¿Cuáles castigos serían para él? Tal vez, iba a parar sobre aquellas arvejas crudas ¿Por qué en vez de cocinarlas, la maestra las utilizaba para castigar a los niños? Y ¿De dónde sacaría tantas chapas?

Su cabeza imaginaba las peores cosas. Una regla partida en su espalda, toda una tarde mirando hacía un rincón vacío o tal vez; Diego tenía razón, aquel cuarto de castigos lo estaba esperando en el segundo piso. Seguro nadie lo había estrenado y aquel cuarto esperaba por él desde hacía años ¿Que iba a hacer? No le quedaba de otra que esperar el resultado de aquella tarde.

La maestra se mantenía concentrada corrigiendo aquellos trabajos y por unos instantes perdió de vista al niño. Se sentía contenta. Se estaba estrenando con una nueva generación de rioboberos.

Aquel niño sería el comienzo de una nueva década. Nuevas fotos en su álbum improvisado, nuevas lecciones y tal vez, nuevos castigos. Total, ella era conocida por eso mismo. Aquellas clases eran recordadas, por todos, como los castigos de la maestra Ana. La maestra de los rioboberos.

Cuando terminó de corregir, el niño salió victorioso de la casa. Tenía un par de errores que la maestra le perdonó y le pidió que corrigiera en las próximas tareas.

No tendría que arrodillarse sobre chapas ni arvejas. Tampoco pasaría la tarde mirando hacia el rincón y mucho menos le partirían una regla en la espalda.

Ese día la maestra no le había puesto ningún castigo. Entonces pensó: ¿Sería mentira todo eso que dijeron de la maestra? ¿Era todo, parte de la imaginación de los otros niños? No sabía que responderse, pero esa tarde, aquellas mismas piernas de pollo que entraron obligadas a la casa de la maestra Ana Custodia, salieron triunfantes y por la puerta grande, pero sin la más remota idea, de que aquella tarde de lecciones era solo la primera de todas las que le esperaban por venir.

Si aquellas historias de los castigos de la maestra Ana eran ciertas, ahora era que le quedaba tiempo para descubrirlo.

¡A su salud, doña Victoria!



¡Salud mana Victoria! Así recuerdo que le dijo mi prima mientras nosotros jugábamos kikinbol. Yo había agarrado distancia para darle duro a la pelota, pero la pateé mal y se elevó, entonces uno de mis primos la atajó en el aire. Era out seguro. En ese momento apareció ella y tuvimos que darle espacio para que pasara. La jugada tendría que repetirse.

Cuando pasó por en medio de la cancha ficticia que improvisamos en la mitad de la calle, se le escapó un eructo y fue ahí donde mi prima salió de impertinente con la típica frasecita: ¡Salud mana Victoria! Ella, educadamente, respondió con un: “Gracias” y entró a su casa.

Poco recuerdo de ese día, sólo sé que me dio mucha risa ver la cara enrojecida de mi prima después de expulsar aquella impertinente frase impulsiva y el rostro sonriente de doña Victoria al ver aquella muchachada.

En ese tiempo recuerdo oír que mucha gente le decía entre burlas: ¡Salud mana Victoria!, pero lo que yo admiraba no era el cacareo incesante de los rioboberos por repetir algo que sonó gracioso sólo la primera vez que lo dijeron, sino la manera en que ella lo tomaba. Nunca se molestó. No hacía caso a chismes. Seguía su camino y se hacía de oídos sordos.

Doña Victoria siempre fue una mujer educada. De gesto tímido. Antes de responder a cualquier cosa, primero sonreía y de inmediato marcaba una especie de confianza con quien hablaba. A mí me intimidaba un poco. Pero, me gustaba hablar con ella. Parecía de esas personas que saben mucho y no tienen la necesidad de demostrarlo.

Desde que recuerdo sufría de dolores de estómago. En las mañanas podía verla desde mi casa. Ella asomada desde su ventana y yo desde la mía. Ahí permanecía largos ratos y saludaba a cuanta persona pasaba por la calle. Todo el mundo la conocía y ella conocía a todo el mundo.

“Todo el mundo” en un pueblo como San José de Bolívar se resume en unos cinco mil habitantes. Un poco menos, tal vez un poco más. Y todo el que pasaba frente a su casa la saludaba amablemente.

Esa casa. La misma en la que ha vivido desde que tiene 18 años. La misma incluso de cuando se casó con don Julio Vivas; esa de hace muchos años y muchas arrugas atrás, está frente al terminal de pasajeros de San José de Bolívar, por lo que, siempre hay movimiento de gente en la cuadra; y doña Victoria desde su ventana ve como la gente sale y entra del pueblo y entre un saludo y otro, yo podía ver como ella se sobaba la barriga. De allí, supongo, que algo no andaba bien. Pero como ella decía: “... nada que un bebedizo bien cargado de hojas de guayabo, no quite”, por lo que suponía, no había problema.

En los pueblos es normal ver como los más viejos curan las enfermedades con plantas medicinales y un poco de fe. Según sus recetas, hervir dos hojas de retoño de un árbol de guayabas con dos tazas de agua es perfecto para curar los dolores de estómago.

De recetas sí sabía doña Victoria. Eso recuerdo. Pero no eran medicinales, ella cocinaba almuerzos y desayunos. Ella misma entre sus cuentos relataba que todo el que llegaba a San José de Bolívar comía en su casa.

Hacía comida para obreros, turistas y profesores. También les cocinaba a los sacerdotes y seminaristas. Hasta los políticos almorzaban

en la vieja casona. En un tiempo, incluso, llegó a vender almuerzos a un bolívar.

De eso mantuvo a su familia por años. Incluso todavía desde su cocina se desprenden olores con sazón riobobera. A veces hasta sale humo por el escape del fogón de leña. No es que cocinen muy seguido en ese armazón impregnado de tizne; pero, dicen que la comida sabe distinto. Que es parte de la magia de su cocina. Que es pura cocina riobobera.

Y sus hijos parecieran haber recibido esa herencia gastronómica. Virginia la mayor todavía vive con ella y cada vez que puede hace comida para vender. Carmen su otra hija, abrió una hamburguesería a una cuadra de su casa y aprovecha el espacio para también vender dulces típicos, y Adrián, el único varón, también se dedicó al negocio de la comida. Pero, él no vive en San José. Desde hace años vive en Pregonero (un pueblo vecino).

Pero, como ese día era especial, su hijo Adrián la visitó. Ella que había pasado una noche larga por los benditos dolores de estómago, se contentó de ver tanta gente en su casa y hasta se le olvidó que estaba cansada y que tenía que guardar reposo.

La noche anterior le había costado dormir. En los últimos meses tratar de agarrar sueño se había convertido en un procedimiento largo y absurdo para ella.

Esa noche había permanecido despierta hasta bien entrada la madrugada y a pesar de la hora, la televisión se mantuvo encendida hasta tarde la noche. Doña Victoria rodaba, uno a uno, los 40 canales de mala programación y después de darle varias vueltas, apagó el aparato y el cuarto quedó en tinieblas.

A los minutos comenzaron a aparecer un montón de sombras y siluetas por todas las paredes de la habitación. Ella sin sueño, ni mucho que hacer, se quedó mirándolas por un largo rato, como para agarrar un poco de sueño ¡Pero qué va! Los intentos fueron en vano.

Al rato se paró y se fue hasta la ventana que da a la calle principal del pueblo, así tendría una excusa para ver si su nieto regresaba a dormir, pues un par de horas antes había salido con sus amigos y todavía no había llegado ¡Hasta que él no llegara, ella no se iba a dormir! Pero, después de un rato las puntadas aparecieron de nuevo. Ya el medicamento no le estaba haciendo efecto y los dolores se hacían cada vez más insoportables. Por lo que se volvió a acostar.

Luego de un rato, de dar vueltas en la cama, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, hizo lo de siempre: se levantó muy tranquila y se fue al baño, se lavó los dientes, se bañó y se vistió. Todo parecía parte de la rutina a la que ya estaba acostumbrada. Incluso pudo ayudar un rato en la cocina y cuando terminó de preparar el almuerzo se sentó a comer con su hija Virginia.

Ese día, ella, había decidido sentarse en la sala de su casa a descansar toda la tarde; pero fue en ese momento cuando su hijo Adrián la sorprendió con su visita.

Con él, llegó su otra hija y sus demás nietos (los que no viven con ella). También llegaron sus hijos adoptivos, sus amigos y vecinos. Yo también fui.

Al rato, de estar compartiendo con ella, aparecieron dos hombres de chaqueta de cuero negra. También tenían pantalón beige y zapatos elegantes. Estaban muy bien vestidos. Eso recuerdo.

Cada uno iba preparado con un cuatro en la mano y apenas entraron a la casa de doña Victoria comenzaron a tocar canciones en su honor.

Los temas tenían un ritmo entre guacharachero y melancólico. Sé que apenas comenzaron a sonar las primeras melodías, las lágrimas rodaban por las mejillas de quienes ese jueves la estaban acompañando. Yo no lloré, pero los ojos se me aguaron un poco. El momento fue conmovedor y me deje contagiarse. Era extraño. Era como sentirse triste y alegre a la vez.

A pesar de los dolores que tenía, doña Victoria aplaudía y cantaba con los músicos las estrofas que recordaba. Estaba feliz. Yo podía verlo en su rostro. Sonreía todo el tiempo y abrazaba a sus hijos y nietos.

Los demás tomaban vino de rosas y comían galletas con crema y huevo de codorniz con salsa. Recuerdo que el ambiente parecía de celebración. Por un lado, se veían las botellas de miche (aguardiente), vino y refrescos. En una esquina estaban las galletas con la crema y en el centro una vela encendida iluminaba la imagen de una mujer dibujada en medio de un decorado hecho con azúcar y clara de huevo.

La imagen era la de doña Victoria que ese jueves cumplía sus 87 años de edad.

Dos días después...

Es sábado por la tarde y doña Victoria está en la entrada de su casa recibiendo a todo el que entra con un abrazo y un beso.

Lleva puesto un vestido azul sin mangas y con cuello, zapatos cerrados y su cabello corto desnuda la nuca de donde descuelgan una camándula y un escapulario.

El peinado que luce refleja varios minutos de trabajo frente al espejo, como para evitar el friz que padecen sus mechones color caramelo y su cara se ve más sonriente que la de hace dos días.

Mi familia y yo, fuimos invitados. También mis primos de en frente. En la casa de doña Victoria había personas de toda la cuadra y también de otros sectores. Estaban casi todos sus hijos adoptivos. *Si, ese día me enteré que había criado a un montón de muchachos.* Para ella, todos eran iguales. Como hijos de sangre. Y ese día estaban **todos** con ella.

Sus nietos también la acompañaron. También estaban: El fotógrafo, el sacerdote, el turista al que alguna vez le hizo almuerzo y que con el tiempo se fue a vivir a San José. El profesor al que le dio posada en su casa (además, de los almuerzos, doña Victoria también le alquilaba habitaciones a los maestros que venían de la ciudad a enseñar a los jóvenes rioboberos), el obrero, el vecino al que le mató el hambre en alguna ocasión, el albañil, el doctor y el político, todos juntos la estaban acompañando en la celebración de sus 87 años.

Aquello, más que un cumpleaños, parecía, una fiesta de graduación o matrimonio. Había gente de todos lados. Y todos se agruparon en diferentes mesas a hablar de doña Victoria. Ella era la protagonista ese día.

Recuerdo que escuché que en una mesa comentaban que había sido huérfana. También recuerdo que lo decían con orgullo: “Fue huérfana de padre y madre y cuando se casó ella criaba muchachos ajenos. Doña Victoria es todo un ejemplo”, algo así decían.

Luego yo misma aproveché y le pregunté si era cierto.

A los días de ir a su cumpleaños la visité en su casa y me dijo que a los tres años murió su mamá y que a los siete había muerto su padre. Me sentí afortunada de tener a los míos vivos. Eso era lo que inspiraban sus palabras.

También me dijo que desde muy pequeña trabajó en los quehaceres del hogar. Una vez quedara huérfana fue adoptada por los esposos Pulido Paz. Una gente muy distinguida y respetada por la época y doña Victoria debía encargarse de lavar, planchar, cocinar, limpiar y atender al hijo de la familia.

Ahora ya entendía aquel orgullo con el que hablaban en la fiesta. Doña Victoria fue siempre una mujer trabajadora. Un ejemplo de mujer riobobera.

Su hermana estaba en el cumpleaños. Recuerdo que estaba sentada a su lado. A mí no se me parecían físicamente mucho, pero sus gestos eran iguales.

Los papás de doña Victoria: Efigenia Vivas y Román Márquez tuvieron diez hijos: Benigno, Pío, Eleticia, Pedro, Cleodomiro, Eloisa, Rosa Elena, Ramona, Ana y ella: Victoria. Y ese día era Ramona la que estaba junto a ella.

Mientras yo las observaba hablar, escuché, desde mi mesa, que alguien mencionó la casa. Aquella casa. Al mismo tiempo señaló el fogón de leña. Entonces, sólo entonces; entendí que ¡Ahí estaba la magia de su vida!

Ahora el fogón luce más nuevo y todavía se enciende. Sólo a veces. Pero, cuando doña Victoria lo prende pareciera que en aquella acción le da vida al recuerdo riobobero.

Es como si entre ella y ese símbolo de la gastronomía riobobera existiera una especie de complicidad. Un lazo sobre el cual se puede reconstruir el pasado de un pueblo.

Una vez lo enciende, la leña seca comienza a arder y de inmediato el olor se expande por toda la casa. Es un olor diferente. Es olor a pueblo. A aguamiel en la mañana y a café recién colado. Ese olor pone a viajar a cualquiera.

Entonces uno recuerda sus dulces de lechosa, de higo y de cabello de ángel y su caldo de papás con arepa, queso y huevo frito. También se viene a la mente su sopa de arvejas. Tenía un sabor único.

“Y ni hablar del cochino horneado”, escucho que dicen en la mesa de al lado. “Doña Victoria lo preparaba con leche y lo acompañaba con arroz, puré, tajadas o ensalada. Eso era una comilona”, decían.

Todos sentados desde sus mesas hablaban de sus recetas y doña Victoria solo sonreía. A ratos yo la veía distraída. Como pensando en aquellos tiempos. Como reconstruyendo su pasado a través de los recuerdos de aquel fogón.

Entonces yo sonreía con ella mientras intentaba imaginar el sabor de aquellos platos y el rostro de satisfacción de cada turista después de probar sus recetas. Supongo que de ahí se debe el que muchos viajeros, después de pisar San José de Bolívar, más nunca regresaron a sus ciudades y pueblos de origen y se quedaron a vivir entre rioboberos.

Ella, fascinada, cuenta la historia de muchos hombres y mujeres que entraron al pueblo para conocerlo y que ahora son más rioboberos que ella misma. Y mientras ella escuchaba a los demás hablar sobre su vida, yo me le acerqué y la entreviste por un largo rato.

Ese día me enteré de muchas cosas. Yo ignoraba que ante los ojos de esa experta en gastronomía riobobera. Esa que en aquel momento tenía frente a mí. Se había construido un pueblo. Se había construido lo que es hoy San José de Bolívar.

Ella y el fogón de leña que continúa parado con firmeza desde su cocina son testigos fieles de como San José de Bolívar dejó de ser un pueblito escondido entre cuatro montañas para convertirse en uno de los pueblos más turísticos del Táchira ¡Cuidado y no de Venezuela! Bueno, eso pienso yo.

Doña Victoria vio como reconstruyeron, bloque a bloque, la iglesia del pueblo. Ella cuenta que un terremoto sacudió a San José de Bolívar en el año 1929 y logró derrumbar el templo de la parroquia. Entonces, ella sabía cuál era su labor.

Se despertaba a penas y cantaban los gallos. Aunque el cielo todavía estaba oscuro, ella sabía que era la hora indicada para preparar el desayuno de los obreros. Mientras mejor alimentados estuvieran, el resultado sería más fascinante.

Después de 31 años. Luego de muchas madrugadas, días de lluvia y otros de mucho sol. **Año 1960.** Ella dejó de hacerles comida y ellos dejaron de construir la iglesia. La estructura ya estaba lista. Y se elevó tanto, que hasta el momento es la edificación más alta de San José de Bolívar.

Junto a ellos también se sentaron a la mesa de doña Victoria los constructores de la casa cural (lugar en donde vive el sacerdote del pueblo). Esta vivienda permanece hoy intacta y es un ejemplo de las casas coloniales de la época: amplios ventanales, portones, un corredor y

un patio central, el aposento (habitación principal), cuartos alrededor del patio, la cocina hasta atrás de la casa, un patio trasero y los baños al final.

Ella me iba contando todo como si aquello hubiese sucedido ayer y yo fascinada escuchaba sus relatos como si fueran parte de un cuento.

“Yo les hice de comer a los que hicieron la escuela primaria. La que queda aquí atrás de la casa. También les preparé comida a los maestros y a muchos estudiantes que venían de otros pueblitos a recibir educación aquí. A todo el mundo mi hijita”, relataba.

Cada vez que terminaba una historia e iba a arrancar una nueva, ella soltaba una sonrisa tímida. Aquel gesto parecía una pausa para agarrar impulso y seguir recordando.

Yo comparaba aquello con mi experiencia al utilizar una máquina de escribir. Recuerdo que me llegaba la inspiración y hundía un montón de teclas sin descanso, hasta que la línea se me acababa y era ahí cuando me tomaba una pausa para volver a arrancar, mientras hundía el espaciado y saltaba a una línea nueva.

Así era ella. Así fue ese día conmigo. Me contaba una historia y de repente soltaba una media sonrisa. Entonces yo sabía que hasta ahí llegaba ese relato y me preparaba para el próximo.

A veces no era buena con las fechas. Le preguntaba un año y se quedaba pensativa y me decía que no recordaba y cuando pasaba un rato largo, más tres cuentos nuevos, recordaba y entonces regresábamos a la vieja historia para ponerle fecha.

Ese día me dijo que le hizo de comer a los que hicieron la prefectura y el hospital del pueblo. También a los que construyeron el acueducto regional y a todos los obreros que ayudaron a crear las vías de acceso a San José de Bolívar.

Todos preferían su comida. Ella era la encargada de hacer que aquellos hombres se enamoraran del pueblo e hicieran bien su trabajo. Hay quienes dicen que el amor entra por el estómago. A veces creo, que eso hizo doña Victoria: “los enamoró con la sazón de sus manos”.

De repente, alguien interrumpió la conversación. Era Virginia su hija mayor que fue a avisarle que ya iban a picar la torta. Entonces ella se levantó.

Cuando nos acercamos a la torta, me fijé que también habían dibujado su foto. Y que al igual que dos días atrás, la vela iluminaba la imagen de doña Victoria, que en ese momento celebraba 87 de años de vida. Una vida llena de trabajo. De cocina riobobera, de olor y sabor a pueblo. Una vida que se reflejaba en la experiencia de sus manos y que al final de la casa lo confirmaba la escultura de un fogón de leña.

Aquel día todos sonreían y cantaban el cumpleaños feliz, mientras ella y sus pulmones hacían lo suyo frente a un reflejo hecho con azúcar y clara de huevo.

Mientras escribo recuerdo ese cumpleaños. Los dos días de celebración. También recuerdo el abrazo cubierto en llanto de Virginia su hija mayor, cuando me abrazó el 31 para darme el feliz año. Sabía que algo no estaba bien. Que alguien le hacía falta.

Hoy pienso en aquel mismo reflejo comestible, pero ahora detrás de un altar e iluminado por otra vela. A ese reflejo ya no le queda nada de azúcar. Ahora reposa detrás de un cristal, mientras todos se le quedan viendo.

Doña Victoria ya no está. Ahora solo quedan un montón de historias escondidas en un fogón de leña que también se quedó huérfano. Pero, que todavía conserva algo de esa sazón en sus herederos.

Ya doña Victoria no se asoma en la venta para esperar a su nieto. Y hoy le doy gracias por pasar en medio de aquella jugada de kikinbol cuando apenas y era una niña.

“Se repite la jugada”, dije de manera astuta, mientras todos distraídos se reían de aquel momento inoportuno para el equipo contrario. Volví a patear y metí un *home run*. El único en mi vida.

Por eso hoy mismo, entre un recuerdo y este teclado, yo brindo por usted y por aquel *home run* **¡A su salud doña Victoria!**

Dedicado a Victoria Márquez, quien muriera a causa de un cáncer en el estómago, el 13 de diciembre de 2013, luego de un año y 10 meses de haber iniciado este trabajo de investigación.

EN LA ANTIGUA PANADERÍA DEL CENTRO



A cuadra y media de la plaza Bolívar, tres calles más allá de la entrada del pueblo está la vieja casona. Espléndida y dominante como siempre. Parada con firmeza sobre sus dos pisos. Luce un estilo retro para los tiempos de ahora, pero era vanguardista para los años en que funcionaba la antigua panadería.

Hace varias décadas en San José de Bolívar funcionaba una vieja panadería en lo que hoy solo se conoce como una tienda de variedades. Ahora las vitrinas lucen pequeñas figurillas de porcelana que son vendidas para turistas y visitantes, pero hace unos años en ese mismo espacio se hacían paledonias y bizcochuelos.

Los rioboberos de entonces visitaban la panadería ubicada en pleno centro del pueblo para comprar el pan que ahí preparaban y los habitantes de pueblos cercanos se echaban largos viajes para adquirir este producto que era 50% riobobero y 50% carmeliano.

El sabor era único, tenía los condimentos del pueblo más el ingrediente secreto. El aroma del pan era como respirar el aire del campo. Olor a finca, a ordeño y a leña recién cortada y su sabor era el producto de la sazón que tenía doña Carmen García, la encargada de crear toda la magia.

Hoy, una tarde lluviosa de mayo, ella permanece entre estas paredes, pero no se encuentra preparando pan, en su lugar intenta cocinar un atol de arroz para después compartirlo con el trozo de pan de leche que acaba de comprar en la nueva panadería del centro.

El ambiente de la casa continúa siendo el mismo. La pintura desteñida de las paredes evoca el recuerdo de la vieja panadería y el suelo rústico lo confirma.

Una enorme puerta de madera separa la antigua casona de la calle principal del pueblo. Un pasillo ancho da la bienvenida a todo el que ingresa en el viejo recuerdo de levadura y al fondo se encuentra una pared vacía.

Después de un par de pasos hacia el frente, un cruce a la derecha y un medio giro a la izquierda, continúa un largo pasillo. Mientras este se desvanece, varias habitaciones aparecen a ambos lados de la casa y desde la planta baja se pueden ver las puertas de un piso superior, posiblemente sean más habitaciones que se esconden entre el rayo de luz que se cuela por la hendidura del machimbre.

Al final se encuentra un reloj de péndulo que acaba de interrumpir el silencio de aquel martes con el sonido irritante de un ¡Tic tac! Puntual a las cuatro de la tarde. A su lado un clavo oxidado sostiene la imagen de un hombre dibujado a mano, es Don Pánfilo Guerrero, quien fuera el esposo de doña Carmen desde 1948.

Debajo de los accesorios se encuentran unos muebles de madera con cojines rojos y unos centímetros a la derecha, dos escalones y una puerta vieja conducen a la cocina.

El ambiente aquí es el más cálido de toda la casa. Una mesa de madera aparece primero y luego le continúan las viejas máquinas de moler. De las paredes descuelgas varios platos y pocillos de peltre y más abajo un fogón de leña apagado sirve para sostener algunas ollas.

Frente al fogón está la cocina a gas, que por años lo viene sustituyendo y al final se encuentra la escultura de un horno viejo y pálido. Hoy varias alpargatas mojadas se secan sobre su base.

En medio del paisaje añejo se encuentra doña Carmen, tratando de sobrevivir a la guerra onomatopéyica que deja el goteo constante de la lluvia sobre el patio y el absurdo minuterio del reloj de péndulo.

Cuando regula el fuego, doña Carmen devuelve sus manos hasta la andadera que ahora la ayuda a caminar y a mantener en equilibrio su postura encorvada. Sus sandalias, marca Cross, color gris, dan un par de pasos sobre el piso rústico y luego ella se sienta en la silla de madera que está en la cabecera de la mesa de comedor.

Ahí sentada espera un par de minutos para continuar preparando el atol de arroz. Esta tarde lleva puesto un vestido negro con flores rosadas, un suéter tejido color morado y un pasamontañas del mismo color del que se le escapan algunos mechones de cabello plateado.

Mientras espera en silencio le da un mordisco al pan de leche. Este no tiene el mismo sabor ni el aroma a los que se preparaban en la vieja casona, pero no puede esperar mucho. La nueva panadería del centro no es como la antigua panadería del centro. En la nueva, los panes no se venden calientes y la antigua es solo un recuerdo.

Como el atol de arroz todavía no está listo, comparte el pan con un sorbo de café cerrero y mientras se devora las migajas de aquel pan foráneo saborea sus 93 años. El 20 de agosto serán 94.

Cuando la antigua panadería del centro era el boom de la época; San José de Bolívar no era más que tres calles de tierra, unos cuatro abastos y el transporte se hacía a pie o en bestia.

Como nadie traía el pan de otros lugares, ella era la encargada de surtir a las bodegas de San José, Queniquea y San Pablo.

Doña Carmen, además de hacer pan, contaba con una pequeña posada dentro de su casa y le ofrecía techo a todo el que venía de lejos a visitar el pueblo y no contaba con un lugar en donde pasar la noche.

Al mismo tiempo era una de las pocas ayudantes de parteras o comadronas que tenía el San José de antier. Cuando las embarazadas presentaban dolores agudos acudían a ella para que las sobara y les acomodara a la criatura en el vientre. Ella resolvía el problema inmediato y las enviaba para la casa de María Angélica, que era como se llamaba una de las parteras de entonces.

También vendía almuerzos a real y medio y les ofrecía comida gratis a los que no tenían un plato que comer. Ella, además de cumplir con las labores hogareñas, hacía el trabajo que normalmente les tocaba a los hombres. Buscaba la leña para cocinar, recolectaba café y cargaba bultos de guineo al hombro desde los matorrales hasta su casa.

A pesar de que hacía muchas cosas, doña Carmen no disfrutaba tanto su tiempo como cuando preparaba el pan. Pasaba horas en su cocina. Pero hoy, el tiempo pasa distinto.

El minuterio que cuelga de la pared va rodando lentamente mientras sus ojos se pierden entre algún recuerdo y los círculos que forman las gotas de agua que caen sobre los charcos y mientras el reloj de péndulo sigue marcando los nuevos minutos, afuera de la vieja casona; San José luce algo diferente.

Las calles del nuevo pueblo no son de tierra, en su lugar están asfaltadas con una especie de tapiz de piedras que le dan un toque rustico y merideño en pleno corazón del Táchira.

El centro sigue estando en el mismo lugar de siempre: a los alrededores de la iglesia y de la plaza Bolívar; pero las cuatro bodegas fantasmas de antier dejaron de existir y ahora crece una zona de comercio en su interior.

Ahora hay bancos. Solo dos; pero los hay. También supermercados, no como las grandes cadenas, pero si lo suficientes para alimentar a la población de ahora. También se encuentran zapaterías, carnicerías, pizzerías, tiendas de ropa y ahí, en medio de tanto bullicio, está la nueva panadería del centro.

La nueva panadería no se parece en nada a la antigua. No funciona en una vieja casa colonial, solo es una venta de pan dentro de un local comercial.

Dentro de la nueva panadería tampoco huele a pana recién horneado, porque no hay un horno panadero dentro de ella y la ausencia de doña Carmen hace que el recuerdo de la antigua panadería del centro esté muy lejos de lo que es la nueva panadería. Pero dos cuadras más arriba de la nueva estructura se encuentran la verdadera magia.

Dentro de aquel viejo paisaje, que confunde el tiempo real con el recuerdo de hace varias décadas, se esconden aquellas recetas únicas.

El estilo carmeliano es una herencia de su madre. Doña Maximina García le enseñó el arte de preparar pan y desde entonces ella mantuvo a su hogar gracias al trabajo que hacían sus manos.

Sus siete hijos: Emerio, Luis, Freddy, Víctor, Marcos, José Gregorio y Carmen Teresa crecieron entre palodonnias, bizcochuelos, mojicones, semas y quesadillas.

Para su preparación doña Carmen agarraba una ponchera grande y le echaba guarapo fuerte, afrecho, panela y una migaja de sal y dejaba reposar la mezcla hasta que fermentara.

El proceso se hacía algo lento, pues por muchos años dentro de la antigua panadería del centro no existía la levadura, por lo que usaban un producto llamado afrecho, que cumplía la misma función, pero de forma demorada.

Una vez el guarapo estuviera fuerte doña Carmen debía averiguar si el afrecho había crecido ya lo suficiente y de inmediato le agregaba los aliños que no eran más que mantequilla, manteca, huevos y un poco de sal. Poco a poco los iba agregando con agua tibia, después los dejaba reposar un rato y de ahí hacia el horno.

Una hora después la sema ya estaba lista.

Las viejas vitrinas y mesas de madera de la antigua panadería del centro no solo vendían semas. Doña Carmen hacía diferentes tipos de pan que iban a parar a los únicos cuatro comercios del pueblo de entonces.

Los rioboberos sin falta acudían a las bodegas para comprar el pan que preparaba doña Carmen.

Cuando los gallos cantaban y la jornada del día debía empezar, lo primero que aparecía sobre las mesas de comedor de las casas de San José de Bolívar era un plato repleto de pan hecho en la panadería del centro. Ese que tenía el sabor único. El del 50% al estilo riobobero y el otro 50 al propio estilo de doña Carmen.

Entonces; Las mañanas rioboberas arrancaban con un sorbo de café cerrero y un trozo de pan carmeliano.

Para las paledonias la receta se hacía más sencilla. Bastaba con equilibrar la cantidad de panela con el agua para que la mezcla no quedara muy espesa. Después de eso venía la harina, la mantequilla, la manteca, un huevo y un poco de bicarbonato. De este último sólo hacía falta una “pizca”.

Toda la mezcla se amasaba hasta que quedara una tela muy fina y listo. El resultado se cortaba con un molde redondo y de ahí al horno.

Cuando se trataba de los mojicones, que era una especie de pan en forma de bolitas, doña Carmen no le agregaba el afrecho; solamente era la harina y a sobar. Una vez listo, el pan más popular entre los rioboberos se iba al horno.

Hoy, unos 30 años más tarde, el horno sigue ahí, pero ya no se hacen panes en su interior; y en cambio doña Carmen se encuentra saboreando las mezclas de otro panadero. Uno que pareciera no hacer semas ni mojicones, solo panes largos de leche, maíz y a veces de mantequilla.

Y mientras ella termina de comer, recuerda la olla que puso a fuego lento con el atol, entonces decide pararse con la ayuda de la andadera, bate un poco la mezcla, le echa tres tazas de agua, espera que cocine un

poco y lo apaga, mientras llega alguien con una panela para endulzar aquel atol de arroz.

De nuevo se sienta a la cabecera de la mesa y permanece varios minutos en silencio.

En el San José de ahora, en el pueblo nuevo y diferente, muchas personas la visitan y casi siempre la consiguen sentada en la cocina de su casa y ella siempre les ofrece una taza de café y un pedazo de pan más varias historias del pasado riobobero.

Hoy una grabadora guarda algunas historias.

Sobre la mesa de comedor está el aparato de cintas magnéticas recogiendo las memorias de esta antigua panadera, que en un pasado también fue cocinera y hasta comadróna.

Después de tantos años, doña Carmen continúa en la vieja casona, sentada en la misma silla de madera en la cabecera de la mesa de comedor, contando historias de su vida, mientras los turistas entran a comprar estatuillas de porcelana ignorando todo el pasado de aquel lugar.

En la antigua panadería del centro el horno permanece apagado, todavía sobrevive como un símbolo de la gastronomía del pueblo y todo el que entra a la casa de doña Carmen tiene la oportunidad de ingresar en

un paisaje al propio estilo sepia en el que esta especie de estatua contiene recuerdos con sabor a paledonia, mojicones y semas y matizados con afrecho y guarapo fuerte.

Entonces doña Carmen dijo “Cuando vuelva a visitarme traiga un papel y un lápiz para que escriba las recetas de los panes y no se le olvide todo. Yo le voy a enseñar a hacer pan” y la muchacha de la grabadora se fue de la casona mientras se despedía del recuerdo de la antigua panadería del centro.

EL ATELIER DE MAMALENA



En la habitación permanece encendida una luz tenue, todo está prácticamente en tinieblas. Apenas y se logran distinguir tres siluetas que rodean las facciones desgastadas de un cuarto cuerpo.

Entre la penumbra brilla una cabeza cubierta con hilos de plata que se despide de una herencia perdida en algún lugar de aquel pueblo. Es *Mamalena* que yace sobre una vieja cama dentro del recuerdo de un atelier.

“Bienvenida sea María al trono de nuestra casa”. Unas tres voces repiten a coro una oración. “Entre todas las mujeres es María llena de

gracia”. En el fondo de la habitación una voz suave responde a la plegaria.

Es domingo 29 de mayo de 2011. También es de mañana, hace frío y la neblina roza el asfalto empedrado de San José de Bolívar. Hoy *Mamalena* tiene 98 años. Dentro de muy poco estará cumpliendo un siglo de vida.

De cómo recibió su herencia...

Durante los años 20 San José de Bolívar era tan sólo un caserío pequeño, repleto de potreros y matas de café. No había comercios, ni supermercados. Tampoco existían grandes industrias y mucho menos tiendas de ropa ni de cualquier otra cosa.

Los rioboberos de entonces se las arreglaban por producir ellos mismos sus propios alimentos y vestidos y el viejo atelier de la nona Carmela era de los pocos espacios que existían en el pueblo en dónde confeccionaban productos de uso hogareño.

El taller era de lo más improvisado. No contaba con un espacio propio. Las confecciones se hacían en la mitad de la sala, en el patio o en

la cocina; por lo que las máquinas de coser, tejer, moler o simplemente crear estaban regadas por toda la casa.

Aquello era un completo desorden. En medio de la sala de estar estaba el aparato con el que hacían las velas benditas. El redondete de hierro a veces se confundía con un candelabro lujoso, a pesar de los pedazos de pabilo de colgaban de él; pero aun así, hacían juego con el estilo campestre que tenía la casa de bahareque y caña brava. Entonces, sólo hacía faltaba agregar la mezcla para hacer las velas.

Mamalena, que a penas y era una niña de ocho años, era la encargada de confeccionar muchas de las piezas que allí se hacían. Ella mezclaba los residuos de viejos velones con cera de miel y carbones encendidos y los vaciaba sobre los pabilos del redondete y así creaba las velas con las que muchos se alumbraban en sus casas.

Desde muy pequeña su mamá Carmela le enseñó el arte de crear, por lo que desde muy chiquita ya estaba preparada para recibir aquella extraña herencia con la que su familia se había mantenido por años.

Cuando terminaban de crear sus productos los intercambiaban por huevos, leche, carne o cualquier otro alimento que les hiciera falta. Así se manejaba la economía de la época y así sobrevivían ellos a las condiciones de aquellos tiempos. Entonces, *Mamalena* ya tenía su futuro asegurado.

Una vez se casara, ella recibiría el negocio de la familia; pero mientras eso pasara, ella debía seguir practicando sus destrezas para perfeccionar cada una de las cosas que se hacían en aquel viejo atelier.

Las tres siluetas susurran oraciones alrededor de *Mamalena*. La que lleva el escapulario en la mano es su hija menor. Las otras dos son amigas de la familia. Cuando terminan de rezar entra una quinta figura a la habitación; es Amparo que les trae algo de comer.

Entre sus dos hijas la levantan de la cama. Ahora varias almohadas le hacen soporte a la espalda mientras se termina el caldo. Ya lleva 18 años acostada y sus articulaciones son tan débiles que deben darle la comida en la boca.

Cuando sorbe la última cucharada continúan rezando.

De cómo conoció a su esposo...

Los rioboberos de hace muchos años dormían sobre catres, que era una cama hecha con tablas que resultaba dura y fría; por lo que en el

viejo atelier preparaban una especie de colchón que evitaba el contacto directo con los tablones.

Estos amortiguadores eran conocidos como esteras y chingaleas y juntos daban la sensación de suavidad y comodidad que los rioboberos buscaban a la hora de dormir.

Para su preparación *Mamalena* debía ir a pie hasta La Costa (un caserío del pueblo que quedaba a una hora de camino), por lo que siempre se llevaba a Pedro, un niño que vivía en frente y al que le doblaba, en ocho años, la edad.

Todas las mañanas subían juntos hasta el caserío a buscar las matas de junco y enea que necesitaban para crear las esteras y chingaleas; y mientras jugaban por el camino se hacían cada vez más amigos.

Pedro acompañaba a Elena a cambio de que ella le enseñara todo lo que sabía y ella emocionada le iba enseñando todas las labores que se hacían dentro del atelier.

Para tejer las esteras, debían agarrar primero cinco hojas de enea y comenzar el tejido. Entonces Pedro y *Mamalena* cruzaban las hojas secas con el pabilo y le iban dando fuerza y forma al primer colchón.

Cuando terminaban el tejido arrancaban con la chingalea que estaba hecha de junco y resultaba más suave y fina. Esta última iba sobre la estera y sobre ambas colocaban tendidos hechos con retazos de trapos viejos.

Los tejidos de las esteras y chingaleas se hacían con una misma máquina que estaba hecha a mano y con materiales naturales. El aparato no era más que dos tablones de madera (uno arriba y otro abajo) en los que varias puntillas clavadas cumplían la función de guía y soporte.

El pabito se amarraba en las puntillas y las hojas de junco y enneas se entrecruzaban hasta quedar resistentes. En eso pasaban sus ratos *Mamalena* y Pedro, mientras se les iban las horas, los días y hasta los años.

Hasta que en 1948, cuando *Mamalena* había cumplido 36 años de edad y Pedro 28; decidieron casarse. Ese mismo año nació su primera hija, Amparo y tres años más tarde llegó Teotiste. Un tercer hijo, Pedro Nicolás, llegó a la familia, pero tan sólo vivió 22 días.

Desde entonces *Mamalena* recibió su herencia. Ya aquel espacio había dejado de ser sólo un viejo y desordenado taller para convertirse para siempre en el atelier de *Mamalena*; y Pedro ya no era sólo Pedro, desde entonces se convirtió para toda su familia en Papapedro.

Sobre el espaldar de la cama reposa la figura de una virgen. *Mamalena* es su devota. A pesar de que el cuadro lleva más de 30 años colgados sobre la misma pared, la mujer del retrato se sigue viendo tan impecable como nunca.

Su vestido cada vez está más blanco, no tiene manchas ni desteñidos; es cómo una túnica de seda repleta de encajes decorativos y el velo azul cada vez se hace más celeste. Es la Inmaculada Concepción y hoy las peticiones se hacen en su nombre.

De las otras cosas que se hacían en el taller...

Cuando la familia se amplió todos ayudaban en el atelier. A pesar de que los años habían transcurrido, San José seguía siendo un pueblo sin comercios y con pocas bodegas; entonces el negocio familiar seguía en pie.

Ahora Teotiste y Amparo ayudaban a crear cada pieza única de artesanía.

Cuando no preparaban las velas hacían el aceite para las lámparas. Este aceite era conocido como aceite de pipa y estaba hecho con una planta llamada tártago.

También preparaban el almidón para planchar, el cual sacaban de la yuca. *Papapedro* preparaba las máquinas para hacer el almidón con los anuncios publicitarios de los políticos de la ciudad.

Estos carteles estaban hechos de aluminio y una vez terminaban las campañas, él descolgaba las propagandas y las convertía en una especie de rayo hecha con agujeros improvisados. Como los carteles eran más grandes que los rayos caseros, la yuca se rayaba mucho más rápido.

Con el material que les sobraba de las esteras y las chingaleas confeccionaban sombreros para los hombres y cofres para las mujeres. La vestimenta masculina de los rioboberos se caracterizaba por un pantalón kaki a tres cuartos con camisa blanca de botones, más el sombrero de junco que tejían en el atelier de *Mamalena*.

Papapedro también era el encargado de crear las cruces de los muertos en el cementerio; por lo que preparó con hierro un molde estándar para que todos los difuntos del poblado tuviesen el mismo modelo de cruz en sus tumbas.

Con conchas de plátano y tabaco preparaban el chimú. *Mamalena* y *Papapedro* recolectaban hojas de tabaco y las extendían en el piso hasta hacerlas secar. Una vez listas las colocaban a cocer con agua y cuando estaban desechas le exprimían un jugo, al que llamaban “amiche”, que era cocido después a fuego lento.

Al terminar de cocer se aliñaban con hojas secas de plátano que se molían y el resultado tenía que ser una ceniza color negro.

Mientras las tres siluetas continuaban con sus oraciones, en el closet se escondía algo.

Unos días atrás *Mamalena* le había ordenado una encomienda a su hija menor y le había prohibido contárselo a alguien más. Teotiste obedeció y escondió el mandado dentro de su propio closet.

Dentro de las montañas de ropa de sus hijos y nietos guardaba lo que sería la mortaja de su madre: una túnica blanca de seda con encajes decorativos y un velo azul celeste.

De la muerte de Papapedro...

En San José de Bolívar muchos le temen a “la pelona”. Se dice que una vez muere alguien dentro del pueblo le continúan unas siete personas seguidas; por eso, cada vez que las campanas de la iglesia avisan la muerte de un riobobero, la gente se vuelve precavida y cuidadosa.

Eso mismo pasó en diciembre de 2009. “La pelona” venía agarrando gente por un camino ya marcado. De una misma calle se habían muerto ya varios; pero esta vez la temida “pelona” tenía algo en particular.

Arrancó en la carrera tres de uno de los sectores del pueblo llamado El Cedro y en menos de 15 días se llevó a tres de la misma cuadra. El primero se llamaba Rafael y dejó viuda a la que fuera su esposa, llamada Elena.

A los días el vecino también murió y Elena, que era como se llamaba su esposa, enviudó. Por la cuadra todavía quedaba una Elena y un esposo vivo, pero al cabo de un par de días, la tercera Elena, **Mamalena**, también enviudó.

Luego de tomar un vaso de agua *Mamalena* subió su mano derecha hasta la frente de su hija Teotiste y la bendijo: “En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Amén”.

De inmediato sus ojos comenzaron a buscar algo más dentro de la habitación. En eso una de las otras dos acompañantes salió a buscar a Amparo que había salido.

Cuando Amparo llegó *Mamalena* le pidió que se agachara hasta quedar a su misma altura y le echó la bendición.

De la agonía del atelier...

Cuando murió *Papapedro* la cosa empeoró para *Mamalena*. Ya llevaba varios años en cama y el atelier había quedado en desuso desde entonces. Ya sus hijas no preparaban el almidón, ni tejían sombreros ni cofres.

En San José de Bolívar ya habían bodegas y traían el chimú desde La Grita y las velas también eran echas en otros pueblos; entonces, el viejo atelier de *Mamalena* no parecía tan rentable.

Los Rioboberos dejaron de dormir en catres y comenzaron a comprar colchones y los muertos en el cementerio estaban utilizando crucifijos de madera y no las cruces de concreto que los distinguían de los difuntos de otros lados.

El atelier de *Mamalena* había dejado de formar parte de una herencia familiar que cambiaba de nombre cada vez que cambiaba de dueño y desde ahora sólo sería el eterno atelier de *Mamalena*, su última artesana.

Cuando *Mamalena* terminó de bendecir a Amparo, pidió que la acostaran en el suelo; ellas lo dudaron por un segundo, pero terminaron cumpliendo con su petición.

Cuando su cuerpo estuvo totalmente sobre el piso, puso los pies juntos y con un gesto fuerte apretó los labios, entrecruzó sus dedos y cerró los ojos.

Mamalena murió ese día. La mañana fría de ese 29 de mayo. Antes de cumplir un siglo de vida y dos años después de que *Papapedro* muriera.

De cómo luce el atelier de *Mamalena*...

Muy pocas cosas quedan de aquel viejo atelier. Algunas máquinas sirven de decoración en las casas de sus hijas, pero ninguna está en uso y la mayoría ya desapareció.

Ya no se hacen velas ni se tejen sombreros. Ya en San José no hay quien guarde aquellas esteras y chingaleas que por años fueron tan imprescindibles.

Los jóvenes del pueblo muy poco saben de aquel atelier improvisado y los más viejos parecen haberlo olvidado.

Ya aquella herencia parece estar perdida en algún lugar del pueblo; Tal vez en el recuerdo de algunos pocos, pero sigue ahí en alguna parte, esperando que en algún momento alguien retome las viejas costumbres del riobobero de antier.

En la casa de *Mamalena*, donde funcionaba el atelier, todavía reposa el cuadro de la Inmaculada Concepción. Permanece colgado en la misma pared de siempre, y sus hijas cada vez que pueden repiten en voz alta la oración que ella les enseñó: “Bienvenida sea María al trono de nuestra casa”.

Aunque la voz que responde no es la misma de *Mamalena*, en el fondo de la habitación se escucha casi como un susurro: “Entre todas las mujeres es María llena de Gracias”.

La urna de madera en la *Mamalena* fue
enterrada estaba hecha en honor a la Inmaculada Concepción.

Cuando sus familiares la compraron
no se fijaron en ese detalle.

LAS IMÁGENES DE MI PUEBLO



Una vez por semana siento mucha nostalgia. A veces me gustaría estar cerca de aquel pueblo que me adoptó como suya y en el que todavía siguen viviendo mis padres, algunos tíos, primos y muchos amigos del pasado, pero me caigo muy fácil de la nube y veo a mi alrededor. Entonces me doy cuenta que no estoy ahí. Estoy muy lejos.

Cuando me detengo a observar lo que me rodea me encuentro con una enorme cola de carros que hacen sonar sus bocinas porque, tal vez hoy, también llegarán tarde a sus trabajos.

A mi derecha veo un carro pequeño, creo que es un Aveo, no estoy muy segura; pero dentro de él una pareja joven está discutiendo. Lo sé, porque el joven que conduce suelta el volante para manotear en el aire, mientras la mujer a su derecha se seca algunas lágrimas del rostro.

Delante del Aveo gris está un camioneta tipo encava y a todo volumen va sonando una salsa erótica. La canción dice algo así como: “Ya no siento amor por su hija, siento el amor por su mamá” y dentro del transporte público varios usuarios corean sus estrofas mientras que esperan que el chofer pise el acelerador y se adelante un par de metros.

También veo como las mamás se bajan apuradas en medio del tráfico. Ya la Caracas-La Guaira quedó atrás y si se camina por la subida hacia Catia, se puede llegar fácil a la estación del metro de Plaza Sucre. Seguro muchas piensas que si se bajan y caminan podrán ahorrar varios minutos de la mañana para llegar más rápido a sus destinos; entonces, caminan a zancadas entre los carros mientras los pequeños de camisa roja pasan casi volando entre la gente.

Aquí las personas empiezan sus mañanas con el pie izquierdo. Es raro ver a alguien con una sonrisa a las seis de la mañana, mientras espera que llegue un vagón, medio vacío, para poder subirse al metro.

Para la mayoría de caraqueños, pagar un taxi no es una opción. Los precios son impensables. La tarifa de una carrera desde Gato Negro hasta la Universidad Central de Venezuela en Ciudad Universitaria podría costar 500 Bs y como toda estudiante venezolana solo cuento con 50 Bs

disponibles para cualquier emergencia, más los tickets estudiantiles con los que pienso pagar hoy mi pasaje.

Mientras veo todo aquello a mi alrededor me pongo a pensar en San José de Bolívar y en las ganas que tengo de estar allá. En aquellas montañas del Táchira la gente se estresa menos. Muchos no tienen la necesidad de agarrar transporte para ir a sus trabajos. Todo queda tan cerca que se trasladan de un lado a otro a pie.

La vida en ese pueblo parece un sueño. Todo es tranquilo y seguro; pero como toda persona del interior me vine a la ciudad para poder estudiar y sacar una carrera profesional y cuando pienso en eso, en que no soy la única que dejó la vida en el campo para buscar camino en la ciudad, me relajo un poco.

Ahora mismo muchos rioboberos seguro están pasando por lo mismo que yo; y todos tenemos algo en común.

En Caracas un Riobobero se conoce fácilmente. Si uno visita la casa de cualquier persona de San José de Bolívar lo primero que va a ver en la sala de su casa es una fotografía del pueblo colgada en la pared.

Las imágenes pueden ser diferentes. Algunos tienen la entrada del pueblo, otros el terminal, algunas calles, la iglesia o la plaza Bolívar, pero todas las imágenes están marcadas bajo una misma firma: **Antonio Narváez.**

Antonio es fotógrafo y riobobero y por años se ha encargado de registrar a San José de Bolívar a través de imágenes.

Él también fue de los que salieron del pueblo a la ciudad y que pasaron por el estrés de vivir en Caracas. Pero él, como muchos, prefirieron regresar a sus tierras y evitar la nostalgia que deja vivir lejos de los suyos.

Por eso, desde que regresó comenzó a tomar fotos de los paisajes que extrañaba cuando estaba lejos. Hay quienes dicen que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde y tal parece que este lugar común resulta muy cierto.

Muchos comenzamos a valorar aquel paisaje andino cuando nos vemos entre edificios, avenidas y enormes avisos publicitarios. Y hoy es uno de esos días. Hoy me toca la cuota de nostalgia de la semana y a penas y es lunes por la mañana.

Cuando salí de mi casa me di cuenta que ya no estaba colgada la foto del pueblo que por años había decorado la pared y en cambio había quedado un enorme espacio vacío al que todavía se le notaba el recuerdo del viejo portarretrato “¿Cómo haría un riobobero perdido en la ciudad sin el recuerdo de sus orígenes?”, pensé.

Como muchos, cuando estoy “en esos días” hojeó el viejo álbum familiar y gracias al trabajo que por años ha coleccionado Antonio, me dejo llevar hasta aquellos paisajes.

Antonio Pollito, como todos le dicen en el pueblo, ha hecho un gran trabajo. Por casi 20 años ha registrado los cambios de San José de Bolívar y aquel viejo álbum es una muestra de eso.

Mientras viajo por el metro aprovecho la media hora de camino hasta la universidad para revisar aquellas fotos y recordar.

La primera foto es una réplica exacta de la imagen que colgaba en la pared de mi casa hasta esta mañana. Es la panorámica del pueblo. La imagen muestra a un San José de Bolívar con pocos habitantes, las calles son más cortas y las casas todavía mantienen su estructura original.

Ahí, entre Gato Negro y Agua Salud, reviso cada detalle de la imagen.

En esta imagen se ve poca civilización, las posadas todavía no han cobrado vida en esa foto vieja. No existe un complejo ferial. La plaza Bolívar todavía luce los enormes pinos que daban sombra en los 90 y el cedro, emblema de uno de los sectores del pueblo, todavía luce sus hojas verdes.

Hasta el Río Bobo se ve más joven, su caudal es amplio y bravío. No hay emisoras de radio, ni antenas para señal de celular. El terminal aquí es una casa en la esquina de la plaza principal de la población y los buses todavía se guardan en las casas de los dueños. El verde es más verde, el azul más intenso y el blanco se cuele por las puertas de las casas.

Imagino que esta es una de las primeras fotos que tomo Antonio Pollito sobre el pueblo. Por algo es la primera foto del álbum y por eso mismo, esta misma fotografía se encuentra en muchas de las casas rioboberas que conviven fuera de su Río Bobo.

En la segunda imagen Antonio enfocó sólo algunas calles de San José de Bolívar. La foto muestra un sector del pueblo al que muchas personas entre burlas llaman *La República Independiente del Topón* y que Antonio pollito conoce como “su patria chica”.

Él se crío entre esas mismas calles.

El álbum muestra paisajes y momentos rioboberos y cada imagen ha sido tomada bajo el foco de Antonio Pollito. Su trabajo ha hecho que muchos de los rioboberos que viven fuera de sus tierras se sientan más cerca de aquellas montañas.

Otra de las fotos se trata de una réplica diminuta de la iglesia. La imagen muestra en detalle el muro de piedras y los escalones de

terracota que la elevan un par de metros sobre el suelo. También dejan ver las tres puertas de madera en forma de arco que sellan su fachada, los ángeles que resguardan su segundo piso y sobre el machimbre la cúpula que conduce a su campanario.

En este momento confundo la voz de fondo que dice: “Estación Caño Amarillo” con el sonido de las campanas de la iglesia. Supongo que Antonio Pollito lo hizo a propósito; seguro él sabía el poder que tienen las fotos para trasladar a la gente y por eso tomó esa imagen, para que los rioboberos que viven por fuera puedan trasladarse hasta San José de Bolívar a través de los sonidos y olores que evocan sus imágenes.

De repente aparece la Laguna Río Bobo, la cual alimenta, en casi su totalidad, al estado Táchira; entonces, mi mente viaja muy rápido hasta el páramo Sumusica (el favorito de Antonio para fotografiar), e imagino la vestimenta del fotógrafo cada vez que sube.

Cada vez que Antonio va a La Cimarronera cambia su particular manera de vestir por un vestuario propio de la zona paramera. Su típico pantalón de vestir kaki y su camisa de botones es sustituido por un pantalón deportivo y una ruana y guantes para poder soportar los grados centígrados que en este espacio acarician el cero.

Su cabello entre plateado y negro es escondido con un pasamontañas que sostiene los anteojos cuadrados que acostumbra a usar y su cámara va más preparada que nunca para registrar aquellos paisajes mágicos ante su lente obturador.

El álbum guarda muchas fotos de este parque natural. Antonio ha subido unas doce veces desde el año 2000 y con sus imágenes ha dado a conocer estos lugares a muchas de las personas que no pueden subir hasta estos parajes debido a su condición física y estado de salud.

Mientras observo aquellos paisajes andinos repletos de neblina y frailejones, el vagón se detiene en Capitolio por un retraso normal a esta hora de la mañana.

Por unos minutos la neblina y el frío del páramo andino dejan de seducirme y en cambio empiezo a sentir los bochornos de estar en medio del metro en plena hora pico.

Cuando me vuelvo a concentrar en las imágenes de mi pueblo veo como Antonio ha capturado cada una de las bellezas naturales de este parque. En el álbum hay fotos de cada una de las lagunas que él ha visitado, de los lugares de parada de los excursionistas que visitan La Cimarronera, de la vegetación, del cielo, del camino, de todo y no alcanzo a imaginar cómo fue capaz de fotografiar cada lugar con su primera cámara.

Sin ganas de hacer publicidad, su primera cámara fotográfica fue una marca kodak muy pequeña que a penas y tenía las funciones básicas para sacar fotos.

Con esa cámara no podía crear efectos, capturar distancias ni jugar con el diafragma y las velocidades, pero fue con esa misma cámara con la que descubrió que la fotografía era su pasión de vida.

Su primera foto la tomó en febrero de 1998 y desde entonces este fotógrafo no hay parado de registrar bajo su lente imágenes de San José de Bolívar. Fotografías que hoy me trasladan desde un vagón del metro que se despide de la estación La Hoyada hasta un pueblo escondido entre cuatro montañas.

Cada sitio turístico ha pasado por su lente: la cascada en la aldea Los Paujiles, El Balneario en Mesa de San Antonio, Las fincas ganaderas de la zona, las capillas de cada una de las aldeas y cada paisaje, que le evoca a su Riobobo está registrado con su cámara.

Mientras el vagón se desliza rápido por las estaciones Parque Carabobo, Bellas Artes y Colegio de Ingenieros me detengo en la foto de una plaza de toros. Ahora el álbum trae todo un apartado de tradiciones del pueblo.

Antonio Pollito guarda fotos de los momentos más importantes de los pobladores de San José de Bolívar.

Cada año los rioboberos celebran sus fiestas patronales en honor a San José y entre las fiestas la cámara de Antonio está presente en las misas, las corridas y hasta en la elección de la soberana del pueblo.

Cuando termino de ver esta parte del álbum, la voz omnipresente de fondo me indica que llegue a Plaza Venezuela, entonces me bajo del vagón y hago mi transferencia hasta la Ciudad Universitaria.

Al fondo del templo ahora reposa una pareja. Ella vestida de blanco y él de traje. Una sortija de oro se va introduciendo lentamente en el dedo de la joven y una lágrima va recorriendo su mejilla, así parece por la huella de agua que se va marcando desde su ojo y que perfectamente se enfoca en la fotografía que tomó Antonio.

Ambos sonríen y lagrimean en la foto y el micrófono que sostiene el sacerdote deja imaginar algunos votos de amor pronunciados por la pareja.

El álbum también contiene el recuerdo de una boda bajo la mirada de este fotógrafo. El momento del sí, el abrazo familiar, el arroz volando a la salida del matrimonio, el primer brindis, la fiesta, la torta, el primer baile, alguno que otro tras cámara y así revivo aquel momento guardado en un cuaderno de fotografías.

Después de varias fotos sobre la boda, el recuerdo cambia. Las sortijas, el buqué y las arras fueron sustituidas por teteros, pañales y chupones. La fotografía muestra el bautizo del primer hijo de la pareja y en la parte inferior de la imagen se sigue leyendo: **Antonio Narváez.**

Este fotógrafo además de captar los paisajes de San José de Bolívar le ha dado rostro a cada uno de los recuerdos que toma. Las familias rioboberas de los últimos tiempos han ido creciendo delante de la cámara de Antonio Pollito.

Él ha tomado las fotos de la unión familiar con la boda, luego en un par de años ha sido protagonista del bautizo del hijo de la misma pareja y hasta ha estado presente en la primera comunión del niño que fotografió cuando fue bautizado.

El álbum es grueso. Muchos recuerdos se esconden entre aquellas imágenes; pero cuando me doy cuenta me encuentro ya en Ciudad Universitaria y debo bajarme para asistir a clases.

En el camino pienso en todos esos rioboberos que viven lejos de San José de Bolívar y que cómo yo, hojean de vez en cuando las fotos que Antonio Pollito ha tomado del pueblo y que muchos guardan entre sus pertenencias.

A lo mejor él ni se imagina lo que significa su trabajo para los rioboberos que viven lejos de su Río Bobo. Sus imágenes trasladan a cualquiera hasta aquellas tierras.

Ver aquellas fotos es poder oler a campo y a fogón de leña. Es escuchar las campanas de la iglesia que anuncian que hay misa. También es recordar tiempos pasados y pensar en el futuro.

Gracias al trabajo de este fotógrafo la vida en Caracas resulta menos estresante para los rioboberos que saben que un pueblo los espera con las puertas abiertas cada vez que decidan visitarlo.

Y hoy gracias a las fotografías hechas por Antonio Pollito, el fotógrafo oficial de San José de Bolívar, yo tuve un viaje ameno, en plena hora pico, en el metro caraqueño.

Quizá yo fui la única persona que sonreía entre apretujones y empujones, pero las fotos me hicieron sentir como en mi hogar, me hicieron sentir como en San José de Bolívar, en donde la vida es más tranquila y en donde quise estar cuando salí de mi casa y vi el espacio vacío de la pared

Y mientras yo pensaba en todo aquello y extrañaba aquel cuadro, las dos manos que habían retirado la fotografía vieja y manchada de la pared la estaban sustituyendo por una más nueva.

En esta nueva foto se ven más casas, las calles parecen haber crecido un poco. Ya hay posadas y un complejo ferial. En la plaza Bolívar los pinos fueron recortados y el cedro, emblema de uno de los sectores del pueblo, ya es sólo una rama seca que pareciera pelear con la naturaleza para continuar parada sobre su base.

Ahora el Río Bobo luce como un museo de piedras y las montañas dejan ver las antenas de las emisoras radiales y de la cobertura para teléfonos móviles que no existían en la vieja fotografía.

En esta imagen se ve la estructura de un terminal al propio estilo colonial. Aquí el verde sigue verde, el azul continúa intenso y el blanco se sigue colando por las puertas de las casas.

Las manos de este riobobero fuera de su Río Bobo cuelgan la foto de un San José de Bolívar más nuevo para seguir recordándolo a distancia.

Hace unos meses este riobobero visitó a la población y decidió comprarle una imagen al fotógrafo que se para todos los fines de semana en el primer banco de la plaza Bolívar, es Antonio Pollito que vende los recuerdos de un pueblo que muchos han llegado a comparar con *Macondo*, aquel pueblo que describe Gabriel García Márquez en *Cien Años de Soledad*.

Márquez describe: “Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y caña brava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas y enormes como huevos prehistóricos”.

Pero ahora la fotografía de aquel pueblito de pocas calles que crecía a la orilla del Río Bobo es sólo un recuerdo guardado en un baúl y

en su lugar la pared luce la imagen de un pueblo que dejó de ser Macondo para convertirse en una imagen actual colgada en la pared de cualquier riobobero que viva lejos de su San José de Bolívar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes impresas

Libros

- Agudelo, D. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- Arias, F. (2006). *El proyecto de investigación introducción a la metodología científica*. (5ta ed.). Caracas: Episteme.
- Carretero, M. (2006). *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. España: Anagrama.
- Claret, A. (2009). *Cómo hacer y defender una tesis*. (12ª ed.). Caracas: Texto.
- Dragnic, O. (1993). *La entrevista de personalidad*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- Halperín, J. (1995). *La entrevista periodística. Intimidades de la conversación pública*. Buenos Aires: Paidós.
- Herrera, E. (1991). *La magia de la crónica*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- Herrera, E. (1997). *Periodismo de opinión. Los fuegos cotidianos*. Caracas: Littere.

- Hippolyte, N. (1993). *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción en la entrevista*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Leñero, V. y Marín, C. (1986). *Manual de periodismo*. México: Tratados y Manuales Grijalbo.
- Marín, J. (2001). Ensayos periodísticos: *Periodismo y literatura*. México: Bahía Blanca.
- Márquez, A. (1976). *La Comunicación impresa. Teoría y práctica del lenguaje periodístico*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Martínez, J. (1974). *Redacción periodística, los estilos y los géneros en la prensa escrita*. España: A.T.E.
- Martínez, T. (2006). *La otra realidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, H. (1982). *Monografía de San José de Bolívar*. Bogotá: Antares.
- Pacheco, C.; Barrera, L. y González, B. (2006). *Nación y literatura: Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Ex Libris.
- Pulido, J. (2012). Ensayo de una memoria de papel. San Cristóbal: Biblioteca de autores y temas tachirenses.
- Pulido, J. (2013). *Memorias de agua, barro y café*. San José de Bolívar: BATR.
- Revista Soho. (2008). *Revista de crónicas colombianas*. Colombia: Aguilar.
- Rivadeneira, R. (2007). *Periodismo, la teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*. (5ta ed.). México: Trillas.

- Samper, D. (2003). *Antología de grandes colombianas*. Colombia: Aguilar.
- Seminario de periodistas: “El pulso y el alma de las crónicas”. (2007). *Desvelos y devociones. El pulso y el alma de la crónica en Venezuela*. Caracas: Bigott.
- Sims, N. (2002). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Colombia: Áncora.
- Ulibarri, E. (2009). *Idea y vida del reportaje*. México: Trillas.
- Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (2011). *Manual de trabajos de grado de especialización y maestría y tesis doctorales*. (4ta ed.). Caracas: Fedupel.

Artículos en revistas especializadas

- Halbwachs, M. (1991). Fragmentos de la memoria colectiva. *Revista de Cultura psicológica*. 01 (01). 02-11.
- Pérez, O. (2013). La revista como medio de enseñanza de la historia local del municipio Francisco de Miranda. *Tierra de manantiales*. 01 (01). 02-25.
- Pulido, J. (2009). Cronología Riobobera del siglo XX. *Riobobense. Revista de divulgación cultural*. 36 (50), 16-19.
- Pulido, J. (2009). San José de Bolívar, la segunda Fundación. *Riobobense. Revista de divulgación cultural*. 36 (50), 13-14.
- Pulido, J. (2010). “La cimarronera” un pedacito de cielo que es nuestro. *Riobobense. Revista de divulgación cultural*. 36 (51), 16-17.

- Pulido, J. (2010). San José de Bolívar. Un pueblo envuelto en agua y neblina en el páramo tachirense. *Riobobense. Revista de divulgación cultural*. 36 (51), 4-8.
- Vivas, I. (2009). Fragmentos históricos de la música de Río Bobo. *Raíces Rioboberas. Revista de historia*. 20 (01), 10-11.

Fuentes electrónicas

Foro de discusión

- Brito, P. (30 de julio de 2012). *Relatoría del taller de crónica con Jon Lee Anderson “La barranquilla de García Márquez”*. Dirigido a: reddeperiodismocultural.fnpi.org
- Salcedo, A. (23 de noviembre de 2011). *Quince reflexiones sobre periodismo narrativo para compartir con los estudiantes*. Dirigido a: bicentenario.fnpi.org
- Salcedo, A (6 de junio de 2012). *Romper el balón: diez consejos (arbitrarios) para el trabajo de campo en la crónica*. Dirigido a: bicentenario.fnpi.org

Artículos de revista electrónica

- Bolívar, W. (2003). El cronista en Venezuela. *Presente y pasado, revista de historia* [Revista en línea], 11-19 (08). Consultado el 16 de agosto de 2012 en: www.saber.ula.ve
- Guerriero, L. (2007). ¿Dónde estaba yo cuando escribí esto? *Malpensante*. [revista en línea], 1-6 (82). Consultado el 16 de agosto de 2012 en: www.elmalpensante.com

Libros en línea

- Latorre, V. (2009). *Periodismo narrativo: Cuando la realidad se apoya en la ficción*. [Libro en línea]. Consultado el 16 de agosto de 2012 en www.saladeprensa.org
- Luengo, A. (1984). *El aporte del nuevo periodismo*. [Libro en línea]. Consultado el 16 de agosto de 2012 en www.comunicacionymedios.uchile.cl
- Salcedo, A. (2006). *La crónica: El rostro humano de la noticia. Pasos esenciales del género, desde la selección del tema hasta la escritura final*. [Libro en línea]. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: bicentenario.fnpi.org

Tesis en línea

- Cairati, E (2012). *El periodismo narrativo peruano: Gorriti y las trayectorias híbridas de la no ficción*. [tesis en línea]. Università degli Studi di Milano. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: www.lai.su.se
- Gil, J. (2004). *La crónica periodística. Evolución, desarrollo u nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo* [tesis en línea]. Universidad de Sevilla, España. Consultado el 16 de agosto de 2012 en : gmje.mty.itesm.mx

Periódicos en línea

- Alvarado, H. (2008). Luis Tejada: nuestro primer gran cronista. *Ciudad Viva*. [periódico e línea], 1-3. Consultado el 16 de agosto de 2008 en: www.ciudadviva.gov.co
- Ferri, L. (2010). “La vocación y la realidad me llenan”. *Página 12*. [periódico en línea], 1-3. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: www.pagina12.com.ar

- Guzmán, I. (2009). Luis Tejada, maestro de la crónica. *“Letras del sol”*. [periódico en línea], 1-3. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: www.elmundo.com

Artículos en Blogs

- Caparrós, M. (2012). Pamplinas: Por el estilo. [blogs en línea], Consultado el 16 de agosto de 2012 en: blogs.elpais.com
- Donado, D. (2011). Diferencias entre reportaje y crónica. Periodismo virtual. [blogs en línea], 2-5. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: periodismovirtual.Blogspot.com
- García, L. (2009). De juglares y cronistas (1). *El espectador.com*. [blogs en línea], 1-4. Consultado el 16 de agosto de 2012 en: blogs.elespectador.com

ANEXOS

Anexo A. Imágenes de San José de Bolívar, municipio Francisco de Miranda, estado Táchira



Imagen 1. Vista de San José de Bolívar



Imagen 2. Entrada de San José de Bolívar



Imagen 3. Antigua entrada del San José de Bolívar



Imagen 4. Estatua Francisco de Miranda



Imagen 5. Escultura en la entrada del pueblo



Imagen 6. Carrera principal de San José de Bolívar



Imagen 7. Plaza Bolívar de San José de Bolívar



Imagen 8. Vista panorámica de la plaza Bolívar



Imagen 9. Iglesia San José de Bolívar



Imagen 10. Santo patrono San José

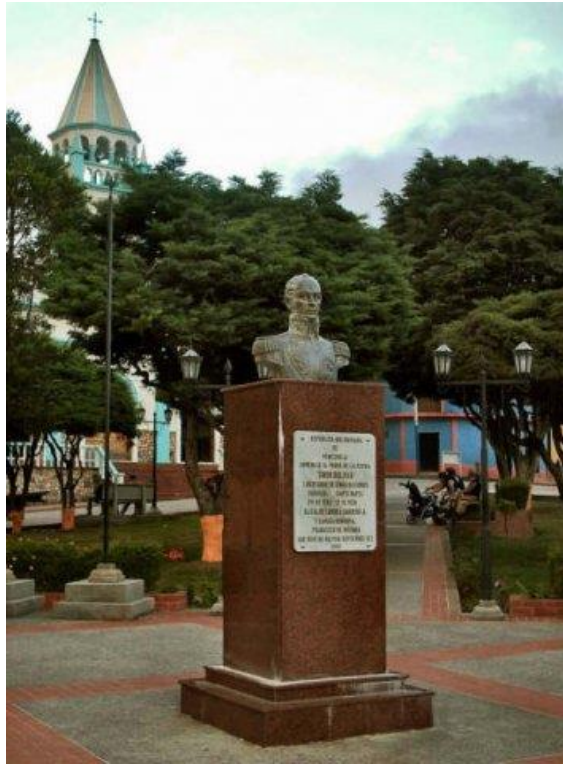


Imagen 11. Estatua del libertador Simón Bolívar, ubicada en la Plaza Bolívar

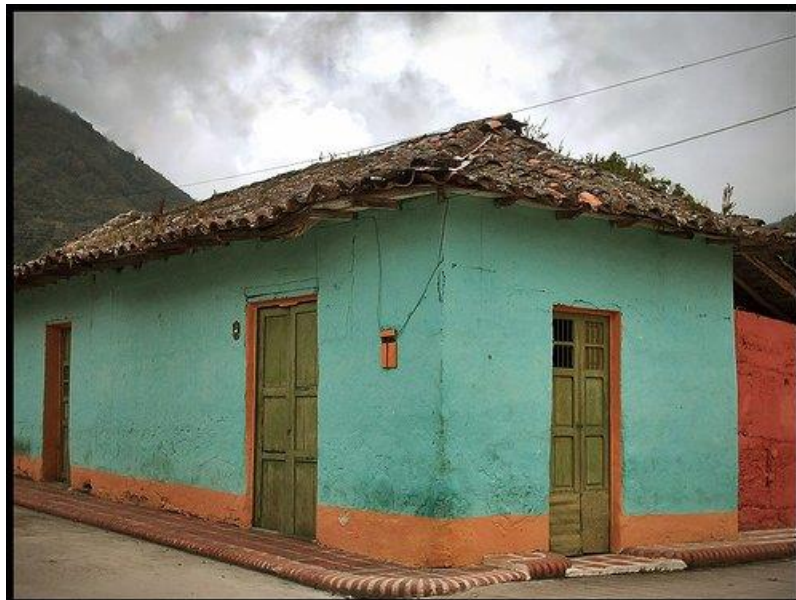


Imagen 12. Casa coloniales (fachada).



Imagen 13. Casa colonial (Vista panorámica).



Imagen 14. Piscina de San José de Bolívar.



Imagen 15. Balneario “Las Mesitas”, ubicado en la aldea Mesa de San Antonio



Imagen 16. Vista del balneario desde los kioscos familiares.



Imagen 17. Laguna Riobobo, ubicada en el parque La Cimarronera



Imagen 18. Laguna La Ciénaga, ubicada en La Cimarronera



Imagen 19. Piedra El Sapo, lugar de campamento La Cimarronera

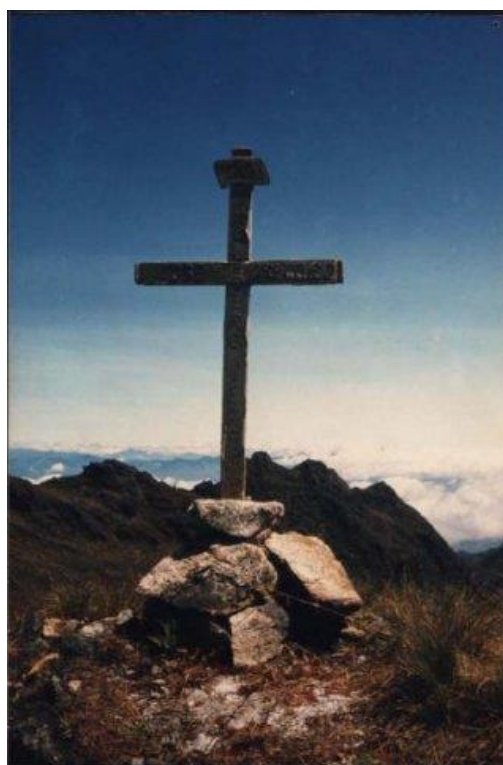


Imagen 20. Cruz del Emparamado. Monumento ubicado en La Cimarronera



Imagen 21. Carrozas navideñas (tema: tradiciones rioboberas).



Imagen 22. Sede Alcaldía municipio Francisco de Miranda.



Imagen 23. Panorámica de San José de Bolívar en Oleo



Imagen 24. Entrada del pueblo en oleo



Imagen 25. Terminal de pasajeros



Imagen 26. Terminal de pasajeros en oleo



Imagen 27. Objetos del museo de Enrique Chacón



Imagen 28. Vista desde la cúpula de la iglesia



Imagen 29. Campanario



Imagen 30. Horno de la antigua panadería de doña Carmen García



Imagen 31. Casa Cural



Imagen 32. Desfile tradicional por la calle principal

Anexo B. Cd con grabaciones